

La última frontera tenía barrera

Oscar Rión

—Hola guapo, ¿Quieres pasar un buen rato?

Él la miró fingiendo que no tenía interés. Últimamente le costaba fingir que no le interesaba nada relacionado con el sexo. No es que fuese manco, pero echaba de menos el calor de un cuerpo humano contra el suyo y el contacto de la piel suave de una mujer.

Esta, en concreto, parecía ser una mutante. O quizás se había operado para hacer un homenaje a aquella película del s. XX, la de la prostituta con tres pechos. Justamente para atraer a descorazonados expilotos del ejército espacial obsesionados con la cultura pop de ese siglo. Maldita ciencia ficción, cuánto daño había hecho a la sociedad y a su estúpido cerebro embotado por el alcohol extraterrestre.

Brian Brown levantó la vista sin dejar de fingir indiferencia. Volvió la cara a su copa de forma manifiestamente teatral, como había aprendido de los galanes de sus queridas películas de hacía ya cinco siglos.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Solo dos mil créditos, cielo.

—¿¡Qué?! — El elevado precio hizo que Brian casi escupiese la bebida. —¿¡Dos mil?! ¿Pero qué pasa? ¿Las tetas son de rodio, o qué?

—Oye chato —protestó ella, ofendida.— Soy una especie en peligro de extinción con tres implantes mamarios, cosa que me hace aún más especial, y eso se paga ¿sabes? Si no te interesa, me largo.

Pensándolo fríamente, tenía razón. Pero claro, el razonamiento de la prostituta convertía a Brian en otro individuo en peligro de extinción, y él no iba por ahí pidiendo dos mil créditos a otros miembros de su casi extinta especie. Aún así...

—Joder, está bien... Pero que sepas que es la primera vez que hago esto— dijo con un repentino arrebató de dignidad, mientras transfería el dinero a la mujer.

Ella lo miró con desdén durante unos segundos.

—Sí, claro, eso dicen todos— replicó al fin la mujer de tres pechos.

En realidad Brian decía la verdad. Quizás la mujer venía de otras zonas del espacio, donde las colonias de seres humanos eran más comunes, pero él vivía en los asfixiantemente calurosos dominios Riawlent, conformados mayoritariamente por diferentes sistemas estelares que orbitaban alrededor de dos estrellas supermasivas, sin contar las colonias. En la mayor parte de los planetas Riawlent que podían albergar vida las temperaturas mínimas no bajaban de los 15 °C en los polos y durante el día podían superar los 60 °C en otras regiones, cosa que era mortal para cualquier ser humano. Brian iba casi todo el día embutido en un traje de trabajo térmico autorrefrigerado, pero no todas las personas que quedaban podían soportar esas condiciones de vida, así que por esas regiones del universo los seres humanos eran especialmente raros de ver.

Aparte de los dos mil créditos Brian tuvo que pagar las cuentas de ambos. Más valía que ese fuera el polvo del milenio, porque estaba claro que iba a tener un problema con Taren, su agente de vigilancia alienígena. Podía soportar no tener casi para comer durante dos meses terráneos hasta que cobrase el salario mínimo para especies no reptilianas, pero no tenía claro si podría soportar los reproches de la agente durante todo ese tiempo. Al menos, no en un estado de sobriedad.

La prostituta se levantó y le hizo una seña para que la acompañara. Brian siguió a la mujer, hipnotizado por el movimiento ondulante de su cabello rojo, mientras se dirigían a una zona reservada. Brian siempre había tenido debilidad por las pelirrojas y, aunque la prostituta parecía teñida, no es que importara mucho en el actual estado de embriaguez de él. Concluyó para sí que ese debía ser el motivo por el que acababa de pagar por sexo por primera vez en su vida, y además, por un precio espectacularmente alto para un bolsillo como el suyo.

Llegaron a una sala precariamente iluminada y con unos pocos muebles: una mesita de noche minúscula con una lámpara de extrañas formas puntiagudas y una rudimentaria cama al estilo reptiliano, lo cual significaba que para ellos iba a ser especialmente incómoda. La mujer empezó a desvestirse con la más absoluta indiferencia y hastío que era capaz de destilar, mientras Brian la miraba sin poder dejar de pensar que no le parecía que ella se estuviese ganando muy bien el dinero que le había pagado.

Como si le leyese la mente, la mujer posó en él sus hermosos ojos verdes -¿Eran verdes hace unos minutos?- y se acercó insinuante.

—¿Eres tímido? ¿Quieres que te desnude yo, guapo?

—Ehm... Bueno.— logró articular Brian.

Ella empezó a quitarle la ropa lentamente, casi de una forma tierna y a la vez excitante. En ese punto Brian tenía la impresión de que debería tener dificultades para contenerse. Tras años sin sexo, probablemente lo adecuado en esta situación sería tener un arrebato de pasión y, quizás, coger a la mujer en volandas y dirigirse sin más hacia la cama, pero no era así. Brian se sentía excitado, sí, pero también como abotargado, y no podía hacer más que mirarla como si ella fuese un espejismo. Las facciones de la mujer no parecían las mismas bajo esa luz, e incluso le parecían familiares.

—Oye —dijo—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Liz.

—¿Liz? ¿De Elizabeth?

—Claro. ¿Y tú?

—Brian

—Bueno, Brian, pues ya estás desnudo —dijo con una risilla picarona—. Y parece que no va a hacer falta que haga mucho antes de empezar—. Dicho esto, se tumbó en la cama en pose sugerente.

Él no se movió. Era cierto que la deseaba con todas sus fuerzas pero su metabolismo estaba demasiado acostumbrado a las grandes ingestas de alcohol y le estaba ganando la partida al aguachirri que le habían vendido como tequila reptiliano. Brian notaba que, en las profundidades de su cráneo, su subconsciente se había puesto a gritar con horror. Ese nombre. Ese pelo. Ese trío de...

—Vas a venir, ¿o qué? —Liz, luciendo un adorable mohín, parecía estar impaciente por terminar con ese asunto.

Un sudor frío empezó a bañarle el cuerpo. Parpadeó un par de veces pero en el breve transcurso de ese parpadeo la escena que tenía delante se volvió macabra: Donde antes había habido unas piernas bien formadas, ahora había un par de fauces abiertas que terminaban en una especie de pinzas de insecto, justo donde antes estaba su vagina. Los tres pechos se habían convertido en tres grupos de ojos compuestos y los brazos parecían haberse dividido en seis miembros peludos y llenos de articulaciones.

El enorme insecto enseguida se dio cuenta de que Brian le estaba viendo tal como era y no como quería que le viese y reaccionó saltando encima suyo con las fauces abiertas.

Brian se apartó justo a tiempo emitiendo un grito y rodó por el suelo para alejarse del Telépata hasta chocar contra la mesita de noche.

—¿Qué te pasa Brian? ¿No quieres follar con Lizzy? —bromeó el monstruo en tono jocoso y con una voz gutural que poco se parecía a la agradable voz femenina que había tenido momentos antes, al menos para Brian —Tengo curiosidad, ¿quién es? ¿Alguien muy importante para ti?

—¡¡Vete a tomar por culo, hijo de la gran puta!!

—Sería entrañable si no le hubieras añadido esa teta de más.

El monstruo alargó una de sus extremidades peludas, logrando agarrar a Brian y poniéndolo a su merced.

—Antes de devorarte necesito que me pongas nota. Me obliga la agencia, ¿sabes?. Y también que me digas en qué ha fallado mi manipulación mental. ¿Ha sido lo de la tercera teta? Sé que era poco factible, pero parecías desearlo de verdad.

—¿¡Me estás haciendo una puta encuesta de satisfacción?!

—¡Vamos hombre, colabora un poco! La competencia para los cazarrecompensas es muy feroz hoy en día, y la mente humana es algo compleja de leer para mi especie. El sistema límbico humano está hiperdesarrollado en comparación al mío... Siempre tengo muchos problemas a la hora de engañar y matar a alguno de vosotros ¿sabes? Sois unos pequeños mamones sensibleros.

—¡Te pongo un diez sobre diez en cabronazo! —gritó Brian dejándose llevar por un estado mental que rozaba la histeria.

—¡Muchas gracias por colaborar! —dijo el monstruo justo antes de bajar las mandíbulas al cuello de Brian para cortarle la cabeza.

Justo cuando estaba a punto de cerrar las fauces, el telépata notó un agudo dolor en el abdomen. Entendió demasiado tarde que, tras su primera embestida, Brian había agarrado la lamparita y le estaba apuñalando con ella.

— Siento clavártela así, pero... ¡Quien paga manda!

Brian apartó al insecto muerto de encima suyo, maldiciéndose por recordarse involuntariamente al protagonista de *El Increíble Hombre Menguante*. Tras resbalar y caer un par de veces entre las tripas, vomitar todo el alcohol, y ver su propia sangre entre el mejunje, decidió que era hora de salir de ahí.

—¿¡Pero qué ha pasado aquí!? —exclamó una voz desde la puerta.

Brian se giró inmediatamente y levantó la lamparita para apuñalar al intruso, pero por suerte se dio cuenta a tiempo de que la voz pertenecía a su agente de la condicional, Taren, y frenó en seco.

En esencia, Taren era una lagartija. Tenía patas cortas, deditos sin uñas, ojos grandes que siempre le daban aspecto de asustada y escamas pardas. Eso sí, era una lagartija enorme para los estándares humanos, ya que le llegaba a Brian aproximadamente a la altura del pecho. Teniendo en cuenta que Brian medía aproximadamente 1,85 m, eso convertía a Taren en una criatura digna de una peli mala de ciencia-ficción de la década de 1950.

Taren era la encargada de guiar a Brian en su proceso de reinserción social, pero en la práctica ambos lo sentían como si ella fuese su niñera. Él llevaba casi seis años en el programa y, a pesar de que casi había acabado el plazo para completar su adaptación, no parecía haber avanzado nada. Taren estaba desesperada, y se notaba.

—¡¡Me cago en la puta, Brian!!

—Ahí la tienes —balbuceó él débilmente mientras soltaba la lamparita y señalaba al bicho destripado, bañado en vómito de tequila.

—¡¡Sabía que no podía dejarte solo!! ¡¿Qué ha pasado aquí?! ¡¿Qué hace este Insecto de serie Z muerto en el suelo?! ¡¿Dónde está tu pulsera de monitorización...!? Y lo que es más importante...

¿¡Por qué estás desnudo y empalmado...?! — Añadió Taren desviando la vista con un rictus de disgusto.

—Es insecto de clase Z, la serie Z es... —intentó explicar Brian. Luego hizo un gesto vago con la mano.- Bah, déjalo. Era un cazarrecompensas... Ha intentado follarme y luego matarme. Por suerte, no ha conseguido ninguna de las dos cosas.

—¿Ha intentado matarte? Pues no hacía falta que se esforzara mucho. ¡Solo tenía que esperar a que te matase la bebida!

Él puso los ojos en blanco, pero no dijo nada. Taren siempre le reprendía por beber, por hacer el vago, por pasarse la noche visionando películas antiguas, por llegar tarde, borracho o con resaca al trabajo, por hacerse pajas... Y bueno, por cualquier otra cosa que no coincidiese con los estándares de comportamiento Riawlent.

Brian empezó a estirar el traje autorrefrigerado de debajo del telépata muerto para recuperarlo y ponérselo.

—Por cierto, ¿cómo me has encontrado? —preguntó mientras daba tirones.

—Porque te has quitado tu pulsera de monitorización, imbécil —soltó Taren—. Cuando te la quitas, me salta un aviso en rojo y un zumbido insoportable porque el sistema lo interpreta como que estás escapando o muerto. Y también me manda la última ubicación en la que has estado.

«Es decir...» pensó Brian «... que si realmente hubiese sido una puta nos habría pillado follando». Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Menuda puta mierda —dijo.

—¿Sí? Pues imagínate para mí, que ya estaba durmiendo —dijo Taren.

—Oye, que no ha sido mi culpa, que me la ha quitado ella —aclaró Brian, a la defensiva. Taren no necesitaba saber que había sido con su consentimiento, ya estaba bastante cabreada. Afortunadamente, aún no se había dado cuenta de la cuestión de los dos mil créditos...

Ella suspiró y miró la escena con aspecto lastimero. Movié la cabeza en un gesto de negación.

— Voy a tener que avisar a Gekko por esto.

— Estás de coña.

— No.

— Taren, por favor...

—¡No me repliques!

—¡Joder Taren! ¡Este cabronazo me ha engañado para traerme aquí y ha intentado comerme vivo! ¡Hace treinta y cinco jornadas un robot asesino intentó meterme por el culo una aspiradora industrial encendida para sacarme las vísceras y después de eso una babosa gigante consiguió colarse en mi cama mientras dormía e intentó ahogarme en babas! ¡¿Y aún soy yo quien tiene que dar explicaciones?!

— El servicio de inteligencia del ejército lo está investigando, Brian.

—¡Y una mierda! Si fuese un Riawlent ya tendrían algún sospechoso, pero solo soy un espécimen en peligro de extinción —rezongó sarcásticamente.

—¡Pues tiene delito que te quejes de eso cuando todo el mundo sabe que tú mismo eres el culpable de que casi os extingáis! —le soltó Taren con irritación.

Se cernió sobre ellos un silencio pesado solo roto por el rumor de los ruidos fatuos del cadáver, armonizando con el barullo del bar.

Brian se vistió en silencio con la ropa sucia de vómitos, sangre y entrañas. Recogió la pulsera monitorizadora y se la colocó a Taren en las palmas de las manos bruscamente.

— Me voy a casa. Si Gekko tiene que detenerme que vaya allí a buscarme. Ya sabe dónde vivo.

Faltaban tres horas terrestres para el inicio de una jornada que duraba cuarenta y ocho y el termómetro ya marcaba 25 °C, pero Brian no podía dejar de temblar y le era imposible pegar ojo. Estaba destemplado, se encontraba débil y los efectos de la adrenalina se habían desplomado justo cuando estaba en la cabina de descontaminación, provocando que perdiese el equilibrio y se diese de cara contra el suelo. Aún con todo, seguía erecto.

Vivía en una minúscula cueva situada justo por debajo de la cima de una pequeña loma, propiedad de la empresa para la que trabajaba, que a su vez era de propiedad gubernamental. Un agujero en el suelo era lo que entendían los Riawlent por “Vivienda digna” pero lo cierto es que no estaba tan mal si no te importaba mucho el polvo. Además, el pequeño habitáculo disponía de todas las comodidades, incluyendo aire acondicionado para evitar que Brian muriese de un golpe de calor. Todo un detalle.

Se sentó en su incómodo sillón de piedra al que había añadido unos cojines rellenos de arena fina y se propuso dormir un rato mientras esperaba la llegada del Teniente Gekko, de la división de investigaciones y control alienígena del Ejército Riawlent. Básicamente, era el siguiente escalón después de Taren en la interminable jerarquía militar de esa especie, y controlaba las acciones de Brian cuando no se portaba “según lo esperado”. Gekko llevaba varios casos de vigilancia a peligrosos delincuentes alienígenas en el planeta, pero Brian se enorgullecía de ser el que más problemas le causaba. Taren sería una burócrata pero Gekko era un capullo.

Como pasaba el rato y le era imposible conciliar el sueño, se puso las gafas de realidad aumentada y Amy, la IA del sistema, apareció delante de él con aspecto servil, delicado y humano.

—Hola, Brian, bienvenido a casa —saludó en tono meloso— No puedo leer tu estado fisiológico. ¿No llevas tu pulsera puesta?

—Se me ha roto —mintió con un gruñido. No soportaba el carácter complaciente de aquella inteligencia artificial. Los Riawlent la habían capado tanto que parecía imbécil.

—Entiendo. He abierto automáticamente una solicitud de reemplazo en logística.

—Anúlalo, joder. Era una broma.

—Solicitud anulada —dijo con una serenidad exasperante.— Por tu tono de voz deduzco que experimentas irritabilidad. ¿Deseas activar un protocolo de relajación? También puedo sugerirte: Ejercicios de respiración 6, 4, 6; Ayudarte a iniciarte en el *mindfulness*; o simplemente hablar de lo que te está irritando.

—Cállate, coño. Tengo que bajar esta puta erección de una vez. Reproduce *Desafío Total* de 1990, a partir del minuto cincuenta y dos.

El avatar de Amy parpadeó ante la petición y estuvo procesando una respuesta durante unos o dos segundos más de lo que era habitual.

—No dispongo de un protocolo para el problema con la erección —dijo muy despacio.

Se quedó en silencio medio segundo antes de añadir:

—Pero puedo reproducir la película.

La reproducción comenzó en el exacto minuto que había pedido Brian y, justo en el momento en el que Arnold Schwarzenegger entraba en el bar para encontrarse a la prostituta de los tres pechos, el Teniente Gekko entró por la puerta con teatralidad involuntaria y acompañado por dos soldados armados.

Ante la escena, Brian tuvo que sonreír. Mismo porte, mismos dotes actorales.

A ojos de Brian, Gekko era muy parecido a Taren, pero aún más bajito y enclenque. Gekko tenía muy mala leche y, peor aún, era de gatillo fácil. También era muchísimo más incompetente que Taren. Y a pesar de ello, había llegado a lucir capa de Teniente.

La mayoría de reptilianos no usaban ropa, o usaban la mínima. Gekko llevaba siempre una capa púrpura de Teniente, que mantenía reluciente y en perfecto estado.

—Brian Brown, quedas bajo arresto domiciliario preventivo por el asesinato del Insectoide de clase Z, William Shatner —soltó Gekko.

—¿Qué? ¿William Shatner? —Brian paró inmediatamente la reproducción de la película con un gesto de la mano.

—Así se llamaba la forma de vida multicelular a la que has asesinado. Supongo que una más no te importará, pero estimamos que ese cazarrecompensas tenía más de ocho mil hijos a los que alimentar y...

—Tío, era un nombre falso. Shatner fue un actor conocido sobre todo por una serie terrícola de ciencia ficción y que vivió hace más de quinientos años. ¿De verdad eres tan inútil?

Gekko lo miró de hito en hito mientras procesaba la información recibida.

—¿Por qué iba un insecto Telépata de clase Z a estar registrado con el nombre de un actor de la Tierra de hace tanto tiempo?

—¡Pues vamos a ver! —gritó Brian levantándose de su sillón.— El robot asesino de hace dos meses era de la marca Takei, la babosa espacial se llamaba Nichols y ahora William Shatner... ¡Va, te doy cinco minutos para que hagas la búsqueda por internet, *P'atagh*!

—¡A mí no me hables en ese tono, escoria! —Gekko no sabía klingon pero no era tan tonto como para no darse cuenta de cuándo le estaban insultando. Apuntó con su arma láser a Brian, temblando de pura rabia.

Brian se quedó muy quieto. Tras haber recibido en el pasado un par de tiros de aviso de Gekko prefería no abusar de su suerte y esperar a que el estúpido militar reptiliano hiciera su trabajo más allá de buscar registros de identidad falsos en los archivos galácticos. Por desgracia, tener que recordar lo poco que sabía de un idioma ficticio, el síndrome de abstinencia, una erección mal disimulada y la ineptitud policial estaban empezando a provocarle un penetrante dolor de cabeza.

Gekko movía una pata en el aire mientras buscaba en el sistema informático implantado en su cerebro información sobre la serie original de *Star Trek* en internet para confirmar lo que le decía Brian, pero sin dejar de apuntarle con el arma.

—Pero los actores principales eran seis.

—Sí.

—Así que tienen que venir otros tres cazarrecompensas más.

—Depende de si siguen con *La Nueva Generación*. Podrían ser más.

—Es decir, más futuras víctimas inocentes.

—¡¿Pero cómo que inocentes?! —Brian no pudo contenerse— ¡El tío de esta noche se ha colado en mi cerebro, me ha hecho verle como a mi jodida exnovia con tres tetas y ha intentado comerme

mientras me lo follaba! ¡¡Inocente, mis cojones!! ¡¡Lo raro hubiese sido que no me lo hubiese cargado!!

Gekko le disparó en un brazo.

—¿Sabes qué pasa? Que no te creo —dijo con prepotencia mientras Brian se examinaba la quemadura con expresión de dolor—. Taren vigila los datos de tu pulsera de monitorización, y como no la llevabas puesta no podemos leer los registros de tu actividad cardiovascular ni hormonal, con lo cual no podemos estar seguros de que haya sido en legítima defensa. ¿Y por qué ibas a quitarte la pulsera entonces? Pues para no dejar pruebas de que en realidad disfrutas matando. Jaque mate.

Brian se masajeó por encima del puente de la nariz con la mano del brazo que no estaba herido, intentando no comenzar una pelea en la que claramente saldría perdiendo.

—Suponiendo que de verdad fuese un psicópata... ¿no te parece muy extraño que siempre vaya a por tíos de especies diferentes con nombres de los actores de *Star Trek*, que casualmente se encuentran alrededor de donde vivo y trabajo? ¿No crees que es posible que alguien con conocimientos sobre la cultura popular terrícola esté intentando quitarme de en medio por algún motivo?

—Es normal que la gente quiera matarte, yo mismo estoy tentado ahora mismo —confesó Gekko—. Pero lo que digo es que las muertes de esos cazarrecompensas no fueron en defensa propia. Creo que ellos intentan acecharte para matarte, tú los descubres y disfrutas asesinandolos... El cuento del cazador cazado.

Brian se rindió ante la estupidez y se sentó de nuevo en su sillón. Hablar con Gekko era como intentar razonar con un ladrillo.

A través de las gafas podía ver a Amy escuchando pacientemente toda la conversación desde una esquina y la ventana de reproducción de la película en pausa. Tenía tres mil quinientas veintinueve notificaciones procedentes del email y las redes sociales en una esquina, incluyendo noticias sobre asuntos que involucraran a seres humanos. Así como ofertas en artículos hechos por y para terrícolas, que deseaba comprar pero nunca tenía el dinero suficiente. Si Gekko y Taren supiesen cuánto echaba de menos su planeta natal, a su familia, a sus amigos...

—No puedes demostrarlo —apuntó tras un rato de silencio.

—No puedo demostrarlo —repitió Gekko afirmando con la cabeza—. Pero tus antecedentes dicen que ya has matado a más de diez mil millones de personas y más de ciento cincuenta mil reptilianos. Además de provocar daños y destrozos por miles de billones de créditos al destruir la Tierra, que era propiedad Riawlent, como bien recordarás.

Brian y Gekko se aguantaron la mirada durante varios segundos.

—No tienes ni puta idea —escupió Brian al final.

—¡JA! Por supuesto que la tengo —rebatía Gekko, triunfal. Luego adoptó una postura amenazante y se fue acercando a Brian a medida que hablaba—. Durante un tiempo fuiste el peor enemigo de la raza reptiliana y el peor enemigo de tu propia especie. Un traidor, un degenerado, un asesino de masas. Y ten por seguro que todo el mundo lo recuerda bien, Brown. Apuesto la cola a que la Tierra es el motivo de que alguien quiera quitarte de en medio. Y no voy a lamentarlo cuando por fin lo consiga.

A esas alturas del discurso, la escamosa cara del Teniente Riawlent estaba a sólo unos centímetros de distancia de la de Brian, así que le fue imposible anticiparse al chorro de semen que le salpicó por la cara, el pecho y hasta su bonita capa púrpura.

—¡¡AGH!! ¿Pero qué...?

—Oooooohhhhhh... ¡Por fin, joder! Empezaba a doler.

—¡¡MALDITA SEA!! ¡¡ME HA ENTRADO EN UN OJO!! —gritaba el militar mientras los dos soldados que le acompañaban se debatían entre echarse a reír o abrir fuego.

— Que conste que tú has disparado primero —. Le acusó Brian luciendo una sonrisa burlona.

Gekko le golpeó con la culata del arma en la cara con toda la rabia que era capaz de reunir en sus bracitos escuálidos. La poca fuerza física que poseía fue suficiente para abrirle una pequeña brecha en un pómulo.

—¡¡Quedas suspendido de empleo y sueldo y bajo arresto domiciliario hasta que se termine de investigar el asunto de William Shatner!! ¡¡Y ya te aviso de que si ninguno de esos cazarrecompensas consigue acabar contigo lo haré yo mismo, sucio simio apestoso!! —escupió con odio.

Tras esta declaración de intenciones salió por la puerta ondeando la capa salpicada en semen y seguido por los soldados que le acompañaban.

Cuando abrió los ojos le costó unos segundos recordar la noche anterior. El persistente dolor de cabeza y el escozor de las múltiples heridas que había recibido le ayudaron a situarse en el presente.

Como se había quedado dormido con las gafas de realidad aumentada puestas, enseguida vio que había estado unas cinco horas durmiendo y que Amy seguía de pie en el mismo rincón donde se había quedado cuando Gekko se había marchado cubierto de su esperma.

Tenía el vago recuerdo de que entre sueño y sueño Taren había pasado por su casa. Debían ser recuerdos reales ya que tenía restos de pomada cicatrizante en las heridas más recientes. Además, la pulsera había vuelto a su muñeca limpia y reluciente como si fuese nueva.

Sin quitarse las gafas, se levantó dolorido del incómodo sillón y torpemente se dirigió al aseo. Volvió a su asiento mientras comprobaba el correo electrónico y se servía una taza de un brebaje que se podía considerar una especie de café, aderezado con unas gotas de un brandy de fabricación extraterrestre procedente de una botella que hacía días que tenía por el suelo, siempre cerca de sus pies.

En su correo se encontraba el comunicado oficial de que estaba bajo arresto domiciliario por orden del Teniente. Estar buscado por una panda de asesinos y no poder moverse de casa era una condena a muerte en la que la única incógnita real era cuándo vendrían a por él. Decidió que puestos a esperar, empezaría malgastando sus últimos días de vida revisionando las diferentes series y películas del universo *Star Trek*.

A pesar de haberlas visto varias veces, y a diferencia de alguno de sus amigos, no se consideraba un gran fan. De hecho, prefería la primera trilogía de *Star Wars*, ya que siempre le había fascinado el personaje de Han Solo.

—Llamada entrante del señor Testudo —dijo Amy de pronto, materializándose justo delante de él. Normalmente, Brian la hacía aparecer con el bikini de la Princesa Leia en Tatooine, pero la tenía configurada para que, además, bailara el *Diva Dance* de *El Quinto Elemento* cuando recibía una llamada. Brian reconocía que era un poco marrano, pero ella acataba la directriz con resignación programada.

—¿Qué? Pero si estoy suspendido de empleo y sueldo, no...

Antes de que Brian terminase la frase, Amy descolgó a traición, sin que él se lo pidiera. El rostro pardo y con cara de muy pocos amigos de su jefe apareció delante suyo.

—Brown, llega tarde al trabajo.

—Oye, Testudo, yo no...

—¡Es *señor* Testudo para usted, Brown! ¿Cuántas veces tengo que repetírselo? —el jefe continuó antes de que a Brian le diese tiempo a contestarle la impertinencia que ya se le formaba en los labios

—¿Es consciente de que su turno ha empezado hace dos horas? ¿Es que está usted indispuerto, o qué tripa se le ha roto?

—No, pero...

—¿Entonces qué está haciendo que no está en el trabajo?

—Gekko me dijo que estaba suspendido de empleo y sueldo.— se explicó Brian.

—¿Trabaja usted para el Teniente Gekko? —dijo Testudo con un ceño tan fruncido que parecía que su cara de tortuga se le iba a meter hacia adentro por el entrecejo.

—Me han mandado una notificación de...

—¿Está sordo o es que es usted imbécil? Le he preguntado si trabaja para el Teniente Gekko.

Hubo un silencio cargado.

—No.

—Entonces vístase ahora mismo y preséntese *ipso facto* en el centro de trabajo. Ah, y recuperará el tiempo que ha perdido hoy mismo, al final de su jornada.

Testudo colgó justo antes de que Brian le dedicase una preciosa retahíla de sus mejores insultos. Cuando terminó de escupir bilis, decidió llamar a Taren.

—¿Qué? —lo interpeló ella con impaciencia—. Habla deprisa, me pillas conduciendo.

—Tú, el **Señor** Testículos ha llamado y me ha dicho que tengo que ir a currar, pero Gekko dice que no. ¿Qué cojones hago? ¿Me duplico por mitosis?

—No llames al Sr. Testudo así —lo reprendió con indulgencia—. ¿No te ha llegado una notificación?

—¿Una de las que enviáis hasta para informarme de cuándo puedo ir a mear? Por supuesto.

—¿Y qué dice?

Brian abrió la ventana del email.

—Pues que estoy bajo arresto domiciliario.

—Eso es que puedes ir a trabajar. Pero SOLO ir a trabajar. Nada de ir al bar después. De casa al trabajo y del trabajo a casa.

—¡Joder! Yo que pensaba que podría tocarme los cojones en casa todo el día hasta que viniese Leonard Nimoy a matarme... ¡Manda huevos! —exclamó Brian mientras saltaba del sillón y se abalanzaba hacia el armario donde guardaba el traje autorrefrigerado.

—¿Crees que podrás ir solito al hangar o te tengo que llevar de la manita? —dijo Taren con sorna desde el otro lado de la línea.

—Creo que puedes irte a tomar por culo.

Y colgó.

Según la teoría de la relatividad, existen diferencias en el tiempo transcurrido al ser medido por dos observadores distintos, es decir, comparando mediciones. Esto puede ocurrir en dos supuestos:

1. Por una diferencia de velocidad entre un observador inmóvil y otro en movimiento, o

2. Por una diferencia gravitacional que actúe entre ambos observadores.

El fenómeno se conoce como Dilatación del Tiempo y se consideró demostrado como cierto en algún punto de la segunda mitad del siglo XX.

Más o menos desde ese momento hasta el año 2523, el común de los seres humanos coincidía en que la “Dilatación del Tiempo” podía ser también definida como “Jornada de trabajo”.

Brian estaba, entonces, justo en el ecuador de lo que sería una *dilatación temporal* en toda regla. Aunque como había llegado tarde, tenía que añadir un par de horas más en el sistema horario Riawlent.

Un chorro de líquido limpiador industrial se deslizó lentamente por encima de la carrocería de la nave, como si esta provocase una importante deformación en el continuo espacio-tiempo. Acto seguido, Brian pasó una mopa con suavidad por la superficie, antes de que el detergente se secase y dejase una fea marca. La zona quedó tan limpia, pulida y reluciente que Brian pudo ver reflejada su cara, aún estando dentro del espantoso traje autorrefrigerado.

Tenía un aspecto horroroso: con ojeras de no haber dormido, el cabello oscuro, lacio y sudado pegado a la frente y la barba larga, despeinada y apelmazada del propio sudor. El traje era autorrefrigerado, pero Testudo le obligaba a mantener la temperatura del interior por encima de los 28 °C. Según él, esa decisión formaba parte del plan planetario de ahorro de energía. Según Brian, la decisión estaba motivada por “la imperiosa necesidad de tocarle los cojones”.

El dolor de cabeza y los pinchazos en el estómago, cortesía de la resaca y de los nervios de la noche anterior, potenciaban una expresión de disgusto que solo hacía que volverse más amarga a medida que pasaban los minutos. Poco ayudaba que detrás de él, Testudo le hiciera la pelota a un lagarto de escamosas franjas verde chillón que era casi tan alto como Brian. Modromus era el conductor habitual del vehículo que estaba adecentando, y Testudo no paraba de soltar frases al estilo: “Por supuesto, Comandante Modromus” “Lo que usted mande, Comandante Modromus” “Es usted muy agudo, Comandante Modromus”.

— Méteme la polla hasta la garganta, Comandante Modromus —murmuró Brian con sorna, imitando a su jefe.

Uno de sus compañeros, un robot de limpieza aeronáutica modelo X4000, pasó por encima suyo en ese momento, dirigiendo sus sensores ópticos hacia él con atención. Brian le devolvió la mirada con recelo. No se podía confiar en los robots, eran unos chivatos.

Repitió la operación de limpieza por el siguiente tramo sucio de la superficie de la nave solo para descubrir que lo que pensaba que era suciedad, en realidad eran rascaduras. ¿Qué le habría hecho el jodido comandante ese al pobre vehículo?

—Eh, Comandante —Brian interrumpió la conversación entre Testudo y el Comandante Modromus. Un pequeño sentimiento de satisfacción le embargó al ver la cara de su jefe contraerse en una mueca de fastidio—. Estos desperfectos no los hemos hecho aquí, que conste.

El Comandante Modromus se acercó y echó un vistazo.

—Ah esto... —dijo con aire pensativo—. Esto fue por culpa de una operación fallida en territorio Oleysiano. Esos malditos bastardos ni siquiera saben lo que es un proyectil láser, pero pueden abatir una buena nave Riawlent con cualquier trozo de roca espacial.

—¿Una operación fallida? ¿Pero esto no es un vehículo de recreo? —preguntó Brian, frunciendo el ceño.

Testudo intervino con nerviosismo.

—¡No es de tu incumbencia el tipo de vehículo que sea, Brown! ¡Dedícate a limpiar, que es lo tuyo!

—Testudo siempre trataba a Brian de tú cuando se encontraba delante de algún cliente.

—Eh, si se ha comido a otra nave al venir de las playas de los dominios exteriores y se ha inventado esa historia para quedar guay, a mí me la sopla. Yo lo que quiero es que no me digan que esto lo he hecho yo. Luego me lo quitan del sueldo, y ya bastante justo voy este ciclo.

Modromus observó a Brian con gesto de interés mientras Testudo volvía a regañarle.

—¿Cómo sabes que ha sido contra otro vehículo? —preguntó cuando los gritos cesaron.

—He sido piloto, he visto hostias —confesó Brian levantando los hombros—. También he sido militar, y he visto destrozos de las armas de los Oleysianos. De verdad, más vale que te inventes otra historia, porque un “trozo de roca” de esa gente os habría partido por la mitad a la nave y a ti.

Contra todo pronóstico, Modromus sonrió.

—Brown es un triste caso de delincuencia cosmológica que está en pleno programa de reinserción alienígena —explicó Testudo—. Nuestra base está altamente automatizada, pero debido a que somos de propiedad gubernamental, de vez en cuando acogemos a tipos despreciables como este. Aquí se les da un empleo y se les ayuda a volver a ser ciudadanos Riawlent de provecho.

Brian giró los ojos. Según su punto de vista, media jornada limpiando naves de gerifaltes y soportando los gritos de su jefe eran motivo suficiente para volverse loco y querer destruir el planeta entero.

Modromus no pareció impresionado por las explicaciones de Testudo.

—¿Cuál es tu nombre y número de identificación, exsoldado y piloto?

—Brian Brown. ETH373790AUS —dijo con reticencias pero con la presión de la mirada asesina de Testudo taladrándole la cara.

El comandante buscó en su Sistema Informático Integrado los datos de Brian. Al ser un militar de alto rango le costó menos de un segundo encontrar la ficha que andaba buscando.

—Piloto de combate Brian Brown. Rango militar: Alférez del Ejército Riawlent en el Sistema Solar Terrícola. División de combate aeroespacial en sector Oleysiano, luego pidió un traslado a la científica... A las órdenes directas del mismísimo Capitán Albert Hilbert... ¡Qué interesante! Siempre he querido conocerle en persona, ¿sabes? Tiene una mente brillante, para ser humano. Casi parece uno de los nuestros.

—Es un gran tío, y un frikazo aún más grande —aportó Brian sin que se lo pidiesen.

—Y finalmente —continuó leyendo Modromus sin hacerle caso— fuiste expulsado en consejo de guerra por la destrucción de una localización militar estratégica... ¡Menudo currículum! —exclamó Modromus.

—Gracias, me costó lo mío —admitió Brian con sarcasmo.

—Parece un poco cruel tener a todo un veterano limpiando naves. Supongo que no te deben dejar probar ninguna por riesgo de fuga, ¿verdad?

—Seh.

—Bueno, entonces espero que te quede claro que el sitio de la escoria como tú es limpiando la mierda de los verdaderos ciudadanos —dijo el comandante con más altivez que malicia—. Así que espero que la próxima vez que venga al planeta Riaw-58 y deje mi carísima nave de recreo en este hangar seas más delicado y no rayes la carrocería.

Hay momentos en la vida de una persona en los que es inevitable que se pregunte cómo ha acabado en una situación concreta. También hay teorías de cosmología física que aseguran que podría haber infinitos mundos en los que hay un duplicado de cada uno de nosotros viviendo vidas totalmente distintas a la nuestra. Esto nos podría hacer sentir mejor, siempre que nos pongamos egoístas y

decidamos creer que hay una versión nuestra por ahí que ha tomado aún peores decisiones que nosotros.

Brian tenía la sospecha de que cualquier otro Brian que pudiera o pudiese haber existido en una realidad alternativa y que hubiese tomado peores decisiones que él, era un Brian que ya estaba muerto.

Por otro lado, más que una decisión, pegarle un puñetazo al comandante Modromus se podía considerar más bien un impulso. Pero era un impulso propiciado por el hecho de que el Brian de la actual dimensión había tomado decisiones que le habían llevado a perder demasiadas cosas... y sin embargo, el orgullo es algo a lo que es difícil dejarse de aferrar.

Modromus cayó al suelo de culo cómicamente, y eso hizo que el alma le doliese más que el morro, que era donde Brian le había golpeado.

La escena pudo haber pasado a cámara lenta si esta hubiese formado parte de una película (otro ejemplo más de “dilatación temporal”): Brian golpeando a Modromus, Modromus cayendo al suelo de culo de forma patética y emitiendo un gritito demasiado agudo. Testudo comenzando a gritar absolutamente alarmado, contrariado y enfurecido por los acontecimientos que estaban teniendo lugar enfrente mismo de sus salidos ojos de tortuga... Y un leve sonido acompañado por la aparición repentina de un pequeño agujero humeante en el casco de la nave, justo donde segundos antes había estado la cabeza de Brian, en línea con la de Modromus.

Tanto Brian como el comandante reptiliano se dieron cuenta enseguida del disparo, en parte porque podía haberlos matado a los dos si no hubiese sido por el puñetazo. Modromus se apresuró a reptar miserablemente hacia un punto situado a cubierto bajo la nave.

Fue mucho más inteligente que Brian.

Brian saltó sobre Testudo. Y más tarde, en un punto incierto del futuro que puede definirse en años terrícolas, reptilianos o incluso en medidas de tiempo superiores que puedan usar otras formas de vida más extrañas y acostumbradas al absurdo¹, se preguntaría amargamente por qué tuvo ese impulso.

El proyectil láser atravesó el traje autorrefrigerado y le rozó el brazo izquierdo.

Gritó un improperio.

Y Testudo le gritó a él. Lo apartó de encima suyo con un gesto de furiosa indignación.

El francotirador erró el tiro y acertó a Testudo entre los ojos, justo donde hacía dos segundos había estado la nuca de Brian.

Brian rodó por el suelo lo más rápidamente que le permitía su ahora inútil traje y se escondió justo al lado de Modromus, cubriendo el agujero lo mejor que pudo con la mano derecha. Con el dedo índice de la mano izquierda, intentó llegar a pulsar el botón de emergencia de su pulsera monitorizadora, que llamaba directamente a Taren. Lo consiguió a duras penas.

—¡¡Un ataque terrorista!! —gritó el comandante en estado de histeria.

Brian sopesó la posibilidad y luego negó con la cabeza. Intentó asomarse fuera del refugio para descubrir al asesino, pero un par de proyectiles láser le hicieron desistir en el intento.

—Creo que es un cazarrecompensas —dijo Brian al comandante aterrado.

—¿Cómo que un cazarrecompensas? ¿¿Y qué quiere de mí??

¹ Como los Británicos

—¿Y yo qué sé? —dijo Brian, quien tenía cierta experiencia en lidiar con altos cargos reptilianos que venderían a su madre si le pusieras un precio de venta recomendado a su cabeza —Quizás es el tío que te ralló la nave —dijo presa del más absoluto sarcasmo.

—¡¡Fue en una columna del hangar!! —chilló Modromus.

—Así que la columna... —apuntó Brian con rencor—. No hay columnas en los hangares.

Modromus tuvo la decencia de parecer culpable.

—Eso es una rascada con otra nave, colega, estoy seguro de que...

—¡¡No fue mi culpa!!— le cortó el comandante con exasperación —¡¡La plaza era muy estrecha y casi no hay luz!! ¡¡Y deberían poner protectores sónicos también!!

—Sí, claro. Y que te la chupen mientras aparcas, no te jode...

—¿Qué te qué?

Oh sí. Claro... Qué aburridos eran los reptilianos.

—Da igual —respondió—. Lo importante ahora es quitarnos de en medio a ese hijoputa.

La frase, que salió de forma casi automática y que, sin duda era producto de horas y horas de visualización de películas de acción norteamericanas, pareció insuflar un poco de valor en el comandante reptiliano. Modromus asintió ligeramente en un gesto de complicidad. Era más de lo que Brian habría esperado de cualquiera de esos capullos escamosos.

—Alguno de los dos debe distraerle por un flanco y el otro atacarle por el otro —propuso el reptiliano.

Brian se lo pensó bien antes de contestar.

—Te persigue a ti —mintió—. Deberías hacer tú de cebo y yo atacarle por la espalda.

—¡Estoy seguro de que nadie a quien le hayan rayado la nave contrataría a un cazarrecompensas!

—No sé, no sé. He visto a gente muy loca...

—¡Quiero decir que debe ser otro el motivo por el que me vengán buscando! Quizás los Oleysianos hayan contratado a alguien... O los Triaunuki... O mi suegra...

—Mira, vamos a dejarlo —sentenció Brian perdiendo la paciencia. Hacía rato que todo estaba muy tranquilo, y eso era malo. Muy malo—. No podemos guardar esta posición mucho tiempo, tenemos que salir.

—Cierto.

—Vale.

—Tú haces de cebo.

—¿Qué? No. Ni hablar.

—No sabemos si me viene buscando a mí —razonó por fin Modromus.

—¡Tú eres el Comandante! Pues claro que te va buscando a ti —Brian hizo todo lo que pudo por sonar indignado y convincente.

—Pero tú eres un tarado que destruyó el Sistema Solar Terrícola.- contraatacó el reptiliano.

—Sí, pero...

—Cucú —dijo el francotirador.

Brian se impulsó con todas sus fuerzas antes de siquiera mirar, y el traje facilitó que se deslizase por el suelo empapado de la manera más rápida posible. Tras de sí oyó el disparo láser y una especie de

sonido sordo bastante desagradable. Notó una punzada de remordimiento durante un segundo. Había empezado a encariñarse con aquel comandante imbécil. La adrenalina borró rápido la sensación cuando, al salir de debajo de la nave de recreo, un proyectil láser estuvo a punto de impactar sobre su rótula izquierda.

—No te escondas, Brian Brown —siseó el francotirador con un tonillo cantarín digno de un asesino de *slasher* de los buenos—. Esto es inevitable.

—Déjame adivinar... ¿Leonard Nimoy?

Sonó un disparo por respuesta. Brian avanzó cuidadosamente alrededor de la nave, rodeándola lo más sigilosamente que le permitía el traje, que perdía rápidamente el aire frío del interior.

Intentó abrir la puerta de la cabina de mando de la nave de Modromus, pero un calambre le recorrió el brazo. Recordó tarde que le tenían vetado el libre acceso a cualquier cosa que pudiese ser considerada como vehículo.

—¡Agh! Mierda. Hijos de puta... —murmuró. Subió el volumen de la voz para seguir interrogando a su perseguidor y avanzó alrededor de la nave—¿Entonces quién eres? ¿Doohan? ¿Eres James Doohan?

—No sé de qué me estás hablando —admitió el francotirador, irritado.

Brian hizo un breve recuento de actores al tiempo que conseguía situarse silenciosamente detrás de aquel tipo, que parecía bastante perdido.

—¡¡Ni de coña!! —bramó de pronto Brian. Le propinó una patada al cazarrecompensas en la zona en que un humano habría tenido el culo. Contra todo pronóstico, el francotirador perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Brian aprovechó el momento para retirar el rifle de un puntapié y ponerse a horcajadas sobre el tipo.

—¿¡McCoy!? —le gritó.— ¡No pienso dejar que me mate el puto Bones! ¡¡Siempre me ha caído como el culo!!

El cazarrecompensas era un Oyeahlita e iba a cara descubierta, excepto por unas potentes gafas de gran aumento que se le habían resbalado hasta el cuello al caer. Los Oyeahlitas eran, por lo general, gente bastante maja, a no ser que fueses terrícola. Con ellos eran unos cabrones rencorosos desde que por la década de 1950, los militares de Roswell se empezaron a poner creativos con el cadáver de uno de sus máximos dirigentes. El pobre tío había ido a la Tierra a firmar un tratado de paz y había cometido el terminal error de no llevar consigo un traductor.² Desde entonces los Oyeahlitas se habían dedicado a abducir, introducir sondas anales y hacer experimentos terribles con cualquier cosa que caminase sobre la Tierra. Ni las vacas se habían librado.

—¡No sé de qué me estás hablando! —exclamó el Oyeahlita, poco convencido.

—¡Seguro que no! ¡¡Seguro que si busco en los registros galácticos no me saldrá una ID falsa con el nombre del pobre DeForest Kelley!!

El tipo lo observó un momento con cara de asco.

—De acuerdo, lo has acertado. ¿Qué quieres? ¿Un premio? —confirmó, sarcástico.

—¿¿Quién te ha contratado!? —preguntó Brian, furioso.

—Ni idea, yo trabajo por agencia.

—¿¿Qué puta agencia le pone nombres de *Star Trek* a sus cazarrecompensas, joder!?

—No sé qué es *Star Trek* —admitió Kelley—. Pero imagino que es una estupidez de los humanos. Suena humano a más no poder.

²Y de no haber girado a la izquierda en Albuquerque.

—Es una franquicia que empezó en la segunda mitad del siglo... —comenzó Brian.

—Humanos —sentenció Kelley con la expresión de alguien que descubre una cucaracha en su sopa—. Mira, yo soy un freelance ¿de acuerdo? Es la agencia la que tiene todos los datos de los clientes y nos recomienda según puntuación y según lo que haya pagado el cliente en cuestión. Pero una cosa te voy a decir, Brian Brown: si un cliente se está esmerando en hacer que cada efectivo que te manda tenga el nombre de otro humano es que te está enviando un mensaje.

—¿De verdad? Joder con el Sherlock Holmes alien —rezongó Brian cínicamente—. Dime el nombre de tu agencia.

—¿El nombre?

—Seh.

—El nombre es... —dijo Kelley en voz baja.

—¿Cuál? —preguntó Brian acercándose instintivamente.

No se percató del error hasta después de notar el cuchillo de sierra militar clavándose en la carne que le quedaba justo por encima de su clavícula derecha. Por supuesto. Cualquier francotirador que se precie debía llevar un cuchillo escondido aparte del rifle.

Su primer reflejo fue apartarse, dando un manotazo al brazo de Kelley, que soltó el cuchillo. Acto seguido golpeó al cazarrecompensas en la cara con el puño del brazo derecho, que sólo tenía la rozadura de hacía un rato y no estaba tan malherido como el izquierdo, que había sufrido un tiro de Gekko la noche anterior.

La cara del Oyeahlita era blanda, carente de huesos propiamente dichos. El cráneo era como de silicona y el interior de éste tenía la textura de un saco de bolas de gel. Era como pegarle a una pelota antiestrés. Daba gusto calentar a ese tío.

Brian tuvo que parar deliberadamente antes de hacerle mucho daño... Al fin y al cabo, aquello a lo que estaba pegando llevaba el nombre de uno de los actores protagonistas de una de sus series favoritas.

—¿Cómo se llama tu agencia!?

—¡Argh!

Brian le pegó de nuevo, mucho más suavemente. El calor se había colado en el traje y la herida del cuello le estaba sangrando de manera escandalosamente profusa.

—¡¡La puta agencia, coño ya!! —consiguió bramar.

—El nombre comercial es Lobo —suspiró Kelley con impaciencia.

—¿Lobo como el personaje de cómic, o lobo como el animal?

—Lobo como el “no lo sé, ni me importa”.

—Ah...

—Es el proveedor de asesinos a sueldo más accesible que hay en el mercado actualmente. La agencia se encarga del papeleo legal y tienes el derecho a rechazar el encargo que se te asigna si, como asesino, tienes algún vínculo personal con la víctima o piensas que el dinero no es suficiente.

—Genial —atinó a decir Brian, que comenzaba a sentirse bastante débil.

—Te estás muriendo —le informó Kelley mientras Brian comenzaba a tambalearse ligeramente.

El Oyeahlita salió de debajo suyo y lo mandó al suelo de una patada técnica en la cabeza, que hizo que Brian viera más estrellas que las que había en el centro de la Vía Láctea.

El mundo se había vuelto borroso y mucho más oscuro, pero el sonido de Kelley alejándose unos pasos para recoger su arma le llegó a los oídos, nítido y claro como el agua de un manantial.

—Has dado un poquito de guerra —admitió DeForest Kelley—. Pero no creo que valgas los cien mil créditos que alguien ha pagado para matarte, la verdad.

—¿Cien mil...? Es... joder, eso es... mucha... mucha...

—Mucha pasta. Sí. Además de los complementos. El combustible y las dietas van por cuenta de la agencia, pero conseguir las falsificaciones de identidad en los registros no es precisamente fácil, o barato —el rifle láser hizo un pitido que fue de los tonos graves a los agudos en pocos segundos, señal de que se estaba cargando. Brian no sabía a qué distancia de su cara estaba, porque ya no conseguía ver gran cosa, pero supuso que sería a un par de centímetros de su nariz— ¿Últimas palabras?

La pulsera de Brian vibraba.

—¿L-larga y próspera vida...?

—Qué ironía —rió Kelley.

Lo último que oyó fue un disparo.

El dispositivo vibró cuando le entró una notificación y un vistazo rápido le informó de lo que debía saber: DeForest Kelley había fallado.

La notificación era de color rojo, lo que significaba que los signos vitales del cazarrecompensas se habían detenido y se había cortado la conexión. Ya era la cuarta vez que sucedía y empezaba a estar realmente molesto.

Distraídamente, publicó la siguiente oferta para matar a Brian Brown. Ya la tenía preparada por si el Oyeahlita no lo conseguía y, en menos de veinte segundos, alguien respondió a su solicitud. Como en ese momento estaba trabajando, aceptó al candidato sin siquiera mirar.

Estaba indudablemente muerto.

Haber traspasado el umbral de la muerte era la única explicación para estar suspendido en la negrura helada e infinita del espacio, y aún así estar consciente.

Estaba desnudo, porque los espíritus en las pelis llevan sábanas, túnicas o lo que sea, pero los espíritus que esperan tener una revelación inmersos en el vasto vacío espacial no debían preocuparse del atuendo. Era todo simbolismo.

Miró a su alrededor esperando encontrar a La Parca, a su padre o a algún dios, terrícola, marciano o alienígena que comenzara a soltarle algún rollo trascendental. Al ver que estaba totalmente solo empezó a tener miedo.

—¿Hola? —aventuró a decir—. ¿Hay alguien?

Nadie contestó. Brian se encogió y se frotó los brazos. Tenía frío.

«Así que esto es estar muerto», pensó la parte de su psique que intentaba por todos los medios evitar que el resto de Brian entrara en pánico. Siempre se había imaginado que la muerte era más como desaparecer. Algo así como lo que experimentas cuando intentas recordar alguna experiencia

previa al nacimiento, pero invirtiendo la secuencia de acontecimientos. Quién iba a decir que era como estar perdido en el vacío infinito...

De pronto oyó su nombre, pero como si viniese desde una gran distancia. Movi6 los brazos en un intento de girar en redondo y, contrariamente a lo que dictan las leyes de la física, funcion6. Una galaxia entera había aparecido detrás de él y le estaba llamando con una voz familiar y sugerente.

—¿Liz?

—Brian...

—¿Eres la Vía Láctea?

La galaxia pareció ruborizarse, en la medida en que las galaxias puedan hacer algo como eso.

—Algo así.

—Estás... mmh... radiante, la verdad. Literalmente —admitió con sinceridad.

—Siempre usas la palabra “literalmente” mal —le reprendió ella con tonillo de sabelotodo. A pesar de ello, sonreía—. Pero en esta frase está bien dicho, así que te perdono.

—Joder. Tú siempre igual de impertinente.

Cómo la había echado de menos...

—Yo también te he echado de menos —dijo la galaxia como si pudiese leerle la mente.

Brian flotó pensativo mientras las estrellas, gases y partículas que componían a Elizabeth giraban inexorables y hermosas en su interior. Acababa de caer en la cuenta de algo horrible.

—Si estás aquí es porque tú también estás muerta, ¿verdad?

—Nop.

Brian suspiró con alivio y luego volvió a pensar.

—Has traspasado tu conciencia a algún ser superior compuesto de... ¿estrellas vivas y gas cósmico?

—Frío, frío...

—Has... hum... ¿mutado tu cuerpo para evitar la muerte en plan *Doctor Who*?

Liz rió y al hacerlo se iluminó con todos los colores imaginables. La oscuridad del universo pareció disiparse ligeramente. Brian no pudo evitar sonreír.

—Por desgracia, no —respondió ella al fin.

—Entonces no lo entiendo.

—No estoy muerta, y tú tampoco.

—¿Estás segura? Esto es bastante raro, y recuerdo estar sangrando como un cerdo cuando Kelley me disparó...

—Pues claro que estás vivo. Y la Liz de ahí fuera también... Aunque no te lo puedo asegurar al cien por cien, dado que no os veis desde hace años.

Brian sintió que el alma se le caía a los pies.

—Oh... ya.

—Despierta —le suplicó la Liz que su subconsciente había creado y que ahora, luminosa y estrellada, parecía estar a dos pasos de él e igual de desnuda.

Brian hizo un esfuerzo titánico y levantó la mirada hasta los ojos de ella, cuyas pupilas eran dos agujeros negros de vivaz inteligencia.

—Lizzy... La vida fuera de mi cabeza es un infierno, prefiero quedarme dentro contigo.

—¿Y perderte la maratón de *Star Trek* que ibas a hacer? —dijo ella.

—¡Que le den por culo a *Star Trek*!

Liz volvió a reír, y el tiempo parecía detenerse un poco cada vez que lo hacía. La abrazó.

—En serio, tienes que volver —insistió ella—. Tienes que decirnos todo lo que sabes.

—Solo sé que lo que hice, lo hice porque te quiero —murmuró él antes de acercar la cara a la de la galaxia para besarla.

—¡Y yo solo sé que eres un simio depravado! ¡¡Despierta de una vez!! —le gritó el Teniente Gekko a menos de dos centímetros de su nariz.

* * *

Hay gente que se levanta de mala leche. Simplemente el mero hecho de que el mundo real les arranque de los confortables, helenos y peludos brazos de Morfeo propicia que comiencen su día de un humor de perros.

Brian había conocido personas así. Su madre, por ejemplo, no toleraba que nadie, especialmente su marido, le hablara antes de haber completado un complejo ritual matutino de higiene personal e ingesta del café más fuerte de la galaxia. A veces, unas gotitas de brandy o un chupito de sake en ayunas aceleraba el proceso y era, según ella, muy bueno para evitar los resfriados. Siempre se había sentido afortunado de no haber heredado esa característica materna³.

No obstante, en este caso, ni todos los barriletes de brandy de una jauría de quinientos sanbernardos al rescate podrían haber evitado que se despertara gritando como los mismísimos condenados del infierno.

—¡¡HIJO DE PUTA!! ¡¡TE MATARÉ, GEKKO!!

Había tres reptilianos delante de Brian: Gekko, Taren (quien levantaba las patas hacia Brian en un gesto inútil para hacer que se calmara) y un cocodrilo gordo y enorme con capa de médico que intentaba encogerse cómicamente para esconderse detrás de ella.

Tenían suerte de que Brian estaba atado al tanque de recuperación.

—¡En este sistema es costumbre invitar primero a una copa! —le reprochó Gekko en tono burlón. Lucía un parche que cubría el ojo que Brian le había salpicado la noche anterior. Su capa volvía a estar limpia y reluciente.

—¡¡Esto es una vulneración de mi intimidad!! —continuó gritando Brian, mientras chapoteaba airado, torpe y desnudo en el suero medicinal— ¡Conozco mis derechos!

—¡Les dije que fuesen con cuidado al interactuar con su actividad cerebral inconsciente! ¡Les advertí que entre la medicación y esto podría tener un colapso si despertaba bruscamente! —les reprendió el médico sin comprometer su posición en la retaguardia de Taren.

—Es que vaya idea, Taren. Ahora está insoportable.

—¡Es tu culpa! ¡Yo casi le había sacado algo!

Brian seguía gritando improperios, pero ahora el objetivo eran los ancestros de Taren.

³ La del mal despertar, obviamente, ya que se podía decir que había heredado todos los genes beodos de un largo y multicultural árbol genealógico cuyas ramas se extendían desde los verdes y agradables senderos de Killeshandra hasta los fríos puertos pesqueros de Otaru, pasando por la Australia más cosmopolita.

—Sería conveniente sedarle —recomendó el médico.

—No habremos avanzado nada —dijo Taren. Se acercó al tanque —¡Ya basta, Brian!

—¡Mis cojones! ¡Habéis entrado en mis sueños! ¡¡Está prohibido por la Convención de Fornax!!

—¡Esto es urgente, Brown! —intervino Gekko, aún con media sonrisa asomando por debajo de las fosas nasales— ¡No hay tiempo de esperar a que tu cerebro se restaure! ¡¡Ha muerto un Comandante!!

Hubo un momento de tenso silencio.

—¿Me habéis hurgado el inconsciente para preguntarme sobre el puto Comandante de los cojones...? —algo en el súbito tono taimado hizo que el médico retrocediese un paso.

—No —mintió Taren.

—Pues claro —admitió Gekko. Taren le lanzó una furiosa mirada que venía a decir: «¡¿Quieres dejármelo a mí!?»

—Han asignado oficialmente el caso de los cazarrecompensas a Gekko, Brian —le explicó la agente reptiliana—. Uno de esos que te persiguen ha matado a un ciudadano respetable... —Brian la interrumpió soltando una risa sardónica — y eso preocupa a los altos cargos. Es muy conveniente para tu situación.

Él soltó un bufido y apartó la mirada de su cara escamosa. A pesar de las escamas, la cola y la tendencia a cambiar de color ante situaciones de estrés, Brian siempre había pensado que Taren era algo así como “mona”, dentro de lo posible en un reptil. En la situación actual le parecía que ese atisbo de atractivo se había desvanecido por completo.

—Gekko necesita interrogarte.

—¿Y después qué? ¿Me dejaréis aquí atado como cebo a ver si viene otro tío y lo pilláis *in fraganti*?

—La primera cosa con cara y ojos que le he oído decir nunca —admitió Gekko en tono cantarín.

El médico miró desesperado a Gekko.

—¡No! —exclamó Taren, intentando calmar a Brian y al cocodrilo al mismo tiempo— Yo me quedaré contigo hasta que estés recuperado. Aún tardarás unas horas porque estuviste en estado crítico, pero después podrás irte a casa y te pondremos una escolta.

La ira se desvaneció y dejó paso a una desagradable sensación de desamparo y debilidad. Tenía la sensación de que lo peor de todo era que ni siquiera recordaba lo que había soñado.

Aprovecharon ese momento para hacerle preguntas. Habían abatido al Oyeahlita para salvarle la vida y no tenían más testigos fiables.

Sí, había visto al cazarrecompensas.

Sí, él era el objetivo.

Sí, el asesino era uno de los tíos de *Star Trek*; DeForest Kelley.

Sí, disparó a Modromus por error.

Sí, disparó a Testudo también y... ¿cómo? ¿Ese hijo de puta seguía vivo? ¡Pero si le había disparado en la cara!

No, no tenía ni idea de por qué le perseguían.

No, el tipo no le dijo para quién trabajaba, solo que le habían contratado a través de una agencia muy popular llamada Lobo, como el personaje de DC.

No, no pensaba declararse responsable subsidiario de la muerte de Modromus.

Ni tampoco de la puta marca en la nave, joder.

Los dos soles se ponían en el horizonte cuando Gekko se marchó a acabar de arreglar el informe respecto al interrogatorio. Con aire altanero y la impoluta capa ondeando, abandonó la habitación.

Taren y Brian se quedaron a solas. Ella se sentó en un asiento pedregoso destinado a las visitas y le observó con sus salidos ojos pardos de pupilas rasgadas.

—Pareces agotado.

—Estoy hecho una mierda —admitió—. Me duele la cabeza desde que me he despertado.

—Lo siento... Creo que eso es en parte culpa nuestra.

Brian le dedicó una mirada de desprecio, pero no dijo nada.

—Has estado inconsciente durante dos jornadas enteras... Es mucho tiempo y no sabemos cuándo va a aparecer el siguiente cazarrecompensas. Los dos últimos han sido muy seguidos, y necesitaba tenerte despierto y preparado para lo que sea que pueda venir —dijo Taren con más énfasis del que hubiese deseado demostrar.

—Ahora resulta que te preocupo y todo —dijo él con sorna. Taren pareció contrariada.

—Por supuesto que me preocupas —dijo—. Es mi trabajo —añadió cuando él le dirigió la mirada.

Hubo un largo silencio solo interrumpido por el leve zumbido de los vehículos que pasaban por la circunvalación cercana al hospital mal aislado acústicamente.

—Gekko me ha dicho que los asesinos que te persiguen tienen registros falsificados con nombres de actores terrícolas —dijo Taren.

—Se lo dije yo.

—Ya me imagino que la idea no se le ocurrió a él solo —admitió Taren—. Pero coincidimos en que se trata de algún tipo de mensaje personal.

—Sois muy listos, los dos —dijo Brian con sarcasmo.

—¿De verdad no tienes idea de quién puede estar detrás de todo esto? Falsificar registros sin dejar rastros digitales es muy, pero que muy complicado.

Brian frunció el ceño.

—Estoy hasta la polla de preguntas, joder. Me va a estallar la puta cabeza...

—Brian, esto es muy serio...

—¡Que no tengo ni idea! ¿Vale? Y además, ¿quién te dice que es algo personal? ¡Podría ser que alquilase *La ira de Khan* hace más de doce años y el videoclub se esté intentando cobrar lo que les debo con mi vida!

Taren lo observó un momento, como si estuviera considerando seriamente la posibilidad que le planteaba Brian.

—Eso es absurdo.

—¡Todo esto es absurdo, joder! —gritó Brian, provocándose un pinchazo en la cabeza que le hizo gemir.

Volvieron a quedarse en silencio un rato más y finalmente Taren decidió pasar al plan B.

—Mira, vamos a hacer una cosa —dijo.

—¿Qué quieres ahora?

—Yo te desato y... —dijo empezando a rebuscar en un bolso tipo bandolera que llevaba colgado al hombro.

—¿Y qué?

Taren sacó las gafas inteligentes de Brian con un gesto teatral.

—Y tú me enseñas lo que es esa cosa de *Star Trek*.

En ese momento Taren solo pensaba que estaba siendo amable, a la par que eficiente en su trabajo. Poco podía imaginar lo que el cambio de expresión en la cara de su protegido significaba: Era una expresión de esperanza, y también de ambición. La del profesor de física cuando encuentra un alumno potencialmente capaz. La expresión que un buscador de oro pondría al dar con una enorme veta en el subsuelo... o la del vampiro cuando una joven virginal en ropa interior le invita inocentemente a entrar en casa.

—Taren.

—Mmmh...

—Te lo estás perdiendo.

—¿Mmmh?

—Esta es la mejor parte del capítulo, mira.

Taren abrió un ojo y enfocó la vista en la proyección de las gafas de Brian. La secuencia de imágenes mostraba al capitán Kirk enfrascado en una feroz... ¿lucha? Contra lo que parecía un...

—¿Qué es esa cosa?

—Es un Gorn —le aclaró Brian. Su entonación sugería que tras esa anunciación se avecinaba una elaborada explicación sobre el personaje, sus orígenes y la trascendencia futura de su aparición en la serie. Taren decidió no darle la ocasión de comenzarla.

—Brian, esto es muy ofensivo —le dijo esmerándose en hacer gala de una magnánima paciencia.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué?

—Es claramente un Riawlent de plástico.

—No es un Riawlent. Es un Gorn.

Ella lo miró con una expresión entre el hastío y el enfado. Tras visionar unos 18 episodios de aproximadamente 50 minutos cada uno haciendo solo un par de pausas para ir al excusado y aguantando las ricas explicaciones de Brian sobre la trama, Taren empezaba a cuestionarse, no solo si cobraba lo suficiente, también si no debería pegarse un tiro en la sien allí mismo.

Observó la sonrisa de Brian, quien parecía disfrutar cada segundo de metraje. Luego volvió a mirar la proyección, en la que un terrícola muerto hacía ya siglos se peleaba patéticamente contra un personaje vestido con un traje de plástico que venía a representar una especie de reptiliano muy parecido a ella, salvando las diferencias de estatura, corpulencia y plasticidad.

Varios milenios de cultura imperialista y orgullo nacionalista se revolvieron en sus entrañas y le hicieron hervir la sangre, que por lo general era bastante fría en la mayoría de aspectos. Se planteó seriamente la posibilidad de disparar a Brian en vez de a sí misma.

—Brian, no sé si te das cuenta de que esta serie es antropocentrista, especista, irreal e irrisoria.

Él paró la proyección y la miró un momento antes de volver a sonreír.

—Te has picado porque el Gorn es clavado a ti —canturreó con infantilidad burlona y volviendo a poner en marcha la reproducción.

Las escamas de Taren, normalmente de un gris pálido en el pecho y parda en el lomo, empezaron a cambiar de color, adoptando un brillante tono escarlata.

—¡No tiene gracia!

—Sí que la tiene.

—¡¡Exijo que quites esta serie ahora mismo!!

—No te pongas en plan Gekko, anda.

—¿Cómo os atrevéis los humanos a mofaros de nosotros!? ¡Vosotros nunca habríais salido de vuestro sistema solar sin nuestra tecnología! —saltó ella.

—Bueno, para empezar, habríamos acabado descubriendo nosotros mismos la antigravedad. Vosotros solo... acelerasteis un poco las cosas —dijo Brian con un tinte de orgullo en la voz—. Y además, nos invadisteis, que no es motivo de recibir el Nobel de la Paz, precisamente.

—¿Nobel d...? —empezó ella confusa, pero enseguida lo dejó estar— Los terrícolas os enriquecisteis gracias a nosotros.

—Sí, a costa de que nos fagocitarais —contraatacó Brian sin apartar la vista de la proyección—. La Tierra tenía una diversidad cultural muy rica que no se da en otros planetas, y vosotros terminasteis de aplastar culturas, idiomas, expresión artística y todo lo que os pareció minoritario e insignificante.

—Visto lo visto —dijo ella señalando las gafas en alusión a la serie— creo que no se perdió gran cosa.

Por primera vez desde el inicio de la discusión, Brian frunció el ceño.

—Vaya, qué piel más fina tenemos debajo de esas escamas, ¿eh?

Taren giró la cabeza en un gesto de indignación, pero sus escamas se aclararon ligeramente mientras notaba la mirada de Brian clavándose en su cogote. Al cabo de unos segundos, él paró la reproducción de nuevo.

—¿Prefieres que te ponga otro episodio? —preguntó por fin Brian, deponiendo las armas.

—¡Argh! —gimió ella haciendo un gesto de desesperación.

—Va, este es de Scotty. Scotty cae bien a todo el mundo. Y se ve que James Doohan era muy majo, además.

—¡Basta! ¡Odio esta serie y a todos los que salen en ella!

—¿A James Doohan también?

—¡A James Doohan el que más! —afirmó Taren, sin tener muy claro cuál de todos los actores era.

—Pero si Scotty siempre salva el día... Y oye, has sido tú la que ha propuesto ver la serie.

—¡Porque creía que nos daría alguna pista! Pero ha sido una pérdida de tiempo.

—Ver series no es una pérdida de tiempo... —refunfuñó Brian— Hablas como mi madre.

Taren se volvió de color rojo otra vez.

—¿Sabes qué? ¡Que me largo a comer algo!

—Hasta luego —gruñó Brian por respuesta.

Taren salió airada al pasillo del hospital, murmurando por lo bajo y sintiéndose tan estúpida e infravalorada que ni siquiera respondió al saludo de los soldados apostados frente a la puerta del cuarto de Brian.

A través de la furia podía notar las miradas asombradas del personal y de la gente que esperaba en las salas de espera mientras ella atravesaba el corredor con pasos pesados, cara de pocos amigos y un color complementario al clásico verde reptiliano.

Se detuvo frente a la máquina expendedora, pasó su placa por el lector, que la identificaba y vinculaba el cargo a su cuenta corriente, y apretó la pantalla táctil como si tuviera que partirla con los dedos. A cambio, la máquina escupió su snack de queratina crujiente rellena de pasta de moscas de la fruta.

—¿Un mal día? —oyó detrás de ella.

—¿¡A usted qué le parece!? —estalló Taren al tiempo que se giraba en redondo para encarar al entrometido desconocido. Resultó ser un trabajador del hospital: Un joven y atractivo reptiliano ataviado con el distintivo del equipo de mantenimiento y que empujaba un carrito con herramientas. Las escamas se le volvieron de golpe de su color natural—. Lo siento... —se apresuró a decir.

—No se preocupe —contestó él en tono comprensivo—. ¿Trabajo o familia?

—Trabajo, por desgracia.

—Ya somos dos —bromeó él.

Taren sonrió, en la medida en que los reptilianos enfadados puedan hacer eso.

—Se lo cambio —dijo ella, también bromeando.

—No me gustaría acabar colorado y pidiendo comida basura en la máquina —dijo él. Taren pareció avergonzada.

—No suele ser lo habitual.

—Me alegro.

—A veces también le pego una patada, si no cae lo que he pedido —añadió ella. Él se rió. Un traicionero pensamiento fugaz iluminó la mente de Taren con la idea de desovar a sus futuros hijos.

—Antes de llegar a esos extremos, llame a mantenimiento, por favor —respondió él con amabilidad.

—Lo haré.

—Debería seguir —dijo él al cabo de unos segundos.

—Claro —asintió ella, un poco decepcionada.

El reptil de mantenimiento se dispuso a seguir empujando su carrito.

—Perdone —le llamó ella en un arrebató.

—¿Sí? —se giró él.

—Si la máquina dejase de funcionar y tuviese que llamar al de mantenimiento... ¿Por quién debería preguntar para que viniera usted?

Él la miró perplejo durante unos segundos mientras Taren se maldecía y se encogía mentalmente por la vergüenza. De pronto quería salir corriendo de allí.

Afortunadamente, él sonrió.

—A Doohan —dijo al fin—. James Doohan.

Si Brian hubiese podido estar en el cerebro de Taren, le habría dado todos los detalles sobre el zoom Dolly. Consiste en realizar un zoom de cámara mientras, al mismo tiempo, la cámara se desplaza en *travelling*, lo cual genera un efecto desestabilizante para el espectador. Se le conoce también como *efecto vértigo* y fue frecuentemente utilizado por Alfred Hitchcock, a quien, como no, Brian admiraba profundamente como cineasta.

Taren experimentó un zoom Dolly mental mientras miraba alejarse a James Doohan, de mantenimiento. O, lo que es lo mismo, lo que sintió fue una sensación de vértigo y de súbita comprensión. El espacio existente entre ella y James Doohan se deformaba vertiginosamente mientras lo observaba alejarse pasillo abajo, y el tiempo pareció dilatarse en una clásica pero efectiva cámara lenta.

Buscó su arma a tientas mientras ese tipo giraba la cabeza hacia los soldados para saludarles al tiempo que, de entre las herramientas del carrito cogió algo que no era una herramienta.

Taren se dio cuenta con horror que se había dejado el arma en la habitación.

James Doohan cogió entre sus escamosos y fornidos brazos (parecidos a los del Gorn) un rifle de asalto y abrió fuego, más o menos a la vez que Taren comenzaba a gritar y a correr en su dirección para avisar a los guardias.

A partir de ese momento todo se volvió confuso y caótico.

James Doohan disparó primero a los guardias apostados en la puerta, quienes cayeron de espaldas a la pared entre convulsiones. Sin dejar de disparar, el cazarrecompensas se giró hacia Taren, que ya estaba cerca de ellos. Al ver que la ráfaga de proyectiles láser se dirigía hacia ella, Taren saltó a un lado, atravesando una puerta de una forma que, si no hubiese estado su vida en juego, ella misma habría denominado como espectacular.

Cayó encima de un tanque de recuperación lleno y con un paciente inconsciente dentro. Las leyes de la narrativa suelen estipular que, en casos como el presente, el tanque debe romperse y el sujeto que está llevando el peso argumental debe levantarse, buscar rápidamente un arma y volver al combate, pero por desgracia las leyes de la narrativa no estaban muy por la labor en ese momento.

Taren chapoteó un poco antes de poder salir del tanque y se tambaleó hacia la puerta. Se oían disparos y gritos. Temió lo peor pero aún así no se atrevía a asomarse. En el universo personal de Taren, las armas reglamentarias existían solo para dar imagen de autoridad, y los enfrentamientos armados solían suceder solo en las noticias.

Y de pronto el silencio, solo interrumpido por unos pasos. El ruido parecía sordo y estremecedor, tanto que Taren se encogió entre la pared y la puerta abierta, y sus escamas, de forma inconsciente, se mimetizaron con el color del entorno.

Los pasos se detuvieron justo delante de la habitación y se hizo el silencio. Entre latido y latido, Taren atinó a pensar: “Un cazarrecompensas como él no deja cabos sueltos”.

El silencio se hizo pesado y pareció tomar una densidad como la del queso Brie: La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Y, justo cuando Taren comenzaba a esperar que una garra unida al brazo fornido de James Doohan la sacara a rastras de su improvisado escondite, el sonido de los pasos comenzó a alejarse.

Taren pasó varios minutos inmóvil antes de atreverse a mirar hacia el pasillo y ver que otros curiosos asomaban las cabecitas escamosas desde los umbrales de las puertas.

Salió corriendo de la habitación. Se acercó a la de Brian con el corazón en un puño y entró intentando ignorar los cuerpos inertes de los dos guardias, por los que ya no podía hacerse nada.

La habitación estaba destrozada: El tanque estaba roto y había agujeros de proyectil por toda la pared. La ventana también estaba rota, y el aire y los sonidos de la maloliente ciudad invadían el espacio.

Las gafas de Brian estaban tiradas por el suelo, pero aún proyectaban la cara del Scotty de *Star Trek*, salvando el día como de costumbre.

De Brian no había ni rastro.

—Sé que estás aquí, te he visto bajar por la escalera de emergencias —anunció James Doohan mientras barría la sala de ventilación con la mirada y con el rifle en ristre.

Estaba de mal humor.

No solo se había visto obligado a volver a los dominios Riawlent, de los que había podido huir hacía ya varios ciclos solares, sino que además, lo que parecía un trabajo sencillo y (muy) bien pagado en un principio, se estaba volviendo una pesadilla: Primero, la presencia policial imprevista le había complicado la operación y segundo, parecía que le había tocado una presa de las escurridizas.

James Doohan se dijo a sí mismo con amargura que no debería estar allí, que no debería haber aceptado el encargo. Luego recordó su racha de mala suerte en las timbas de Póker Romualdiano y las deudas que había acumulado y decidió que no había tenido más opción. Era mejor aceptar un par de trabajillos de cazarrecompensas que acabar siendo la presa de uno.

—Más vale que salgas —advirtió a los recovecos que formaban las salidas de humos y los aires acondicionados de la lóbrega cueva—. Si te entregas, prometo acabar con esto rápido. Pero si sigues escondiéndote, lo puedo hacer muuuuuy lento. Tú decides, amigo.

Aparte del zumbido de los aparatos de refrigeración nada ni nadie le respondió. Tras el ataque en la habitación, Brian había corrido como alma que lleva el diablo por la salida exterior de emergencia del hospital. Aunque más que correr, lo que había hecho era dejarse caer por las escaleras rodando. James Doohan lo había visto entrar en el lóbrego sótano que constituía la sala de acondicionamiento para esa clase de establecimientos, en los que se aprovechaban las corrientes naturales de aire para regular la temperatura de todo el edificio.

Doohan olisqueó el aire. No es que tuviese mala vista, pero en un lugar tan lóbrego, sus ojos no eran tan funcionales como en el exterior. Además, el terreno estaba plagado de irregularidades y de aparatos grandes y complejos donde un tipo alto y gordo como el tal Brian Brown podía esconderse con relativa facilidad.

De entre los diferentes olores a tierra, humedad y alimañas captó uno potente, un olor a mamífero que no debería estar ahí, o que debería ser menos intenso. El pestazo venía de detrás suyo.

James Doohan se giró a tiempo para ver cómo Brian le lanzaba un pedrusco a la cabeza.

—¡Toma rapidez, hijo de puta!! —jadeó Brian.

Doohan cayó al suelo y Brian aprovechó para chutar el arma. Por desgracia, le dio en la garra delantera y Brian acabó haciéndose un rasguño en el pie desnudo.

—¡Ayayayayay mi pie, joder!!

—¿Pero qué hacesss!? —gritó Doohan, llevándose la garra que no sostenía el arma a la cabeza. Siseaba ligeramente cuando se ponía nervioso— ¡Muérete ya!

—¡No me sale de los cojones! ¡La palmaré cuando yo quiera!

—¡Ya decido yo por ti, bassstardo! —respondió Doohan, y le propinó una patada en la rodilla del pie que aún le quedaba sano y que sostenía al resto de Brian. Se oyó un crujido y Brian soltó un grito de dolor justo antes de desplomarse. Doohan, que no había soltado su arma, se puso a horcajadas sobre él, asegurándose de sentarse también sobre los brazos y le apuntó a la cara.

James Doohan no entendía mucho de humanos, porque casi nunca los había visto fuera de las noticias, pero ese en concreto, y ahora que lo miraba, tenía una pinta horrible: Estaba demacrado, sucio y empapado en una mezcla de líquido de recuperación y sudor. La expresión del tipo era de extremo agotamiento, y sin embargo no paraba de retorcerse y de intentar quitárselo de encima. Los oscuros ojos, rodeados de arrugas prematuras, le brillaban con las brasas candentes de una rebeldía que, a pesar de haber bajado de intensidad con la edad, se resistía a extinguirse.

—¡Sal de encima mío! ¡Puto lagarto dopado de los huevos...!

James Doohan se quedó inmóvil mirando a ese tipo con atención. Brian intensificó la resistencia y siguió soltando maldiciones e improperios.

—¡¡Quieto!! —ordenó Doohan, metiendo el cañón del arma en la boca de Brian.

—¡Mmmmmh! —objetó este, reduciendo sus movimientos.

—Sssssshhhh, quieto —repitió Doohan con la inflexión de voz que usaría un encantador de serpientes que se ha metido de lleno en un nido de víboras. Brian se detuvo, pero su mirada aún quemaba.

Doohan acercó su brillante cara de reptiliano a la de Brian y con una uña le tocó la barba, intentando apartarla. La situación se alargó durante varios incómodos segundos, en los que Doohan pareció examinar cada centímetro de la cara de Brian.

Finalmente, James Doohan le quitó el arma de la boca y limpió el cañón lleno de babas en el suelo.

—Me sueñas de algo —sentenció.

—¡Puaj! ¡¿Qué?!

—Que tu cara me suena de algo. ¿Te debo pasta?

—¿Que si me...? ¡¡Mira colega, yo a ti no te he visto en la puta vida!!

—¿No? Es que como te mate y no sepa de qué me sueñas no voy a poder parar de darle vueltas...

—admitió James Doohan entrecerrando los ojos pensativamente.

—¡Ese es tu puto problema! —gritó Brian— ¡Sal de encima mío, joder!

—¿De verdad no nos hemos visto antes? Con todo ese pelo en la cara me cuesta ubicarte, pero estoy seguro de que te conozco.

—¡Me cago en la puta! ¡Estoy harto de putos cazarrecompensas inútiles, joder! ¡Ya pagué por lo del Sistema Solar! ¡¿vale?! ¡No tengo por qué aguantar esta puta mierda! —refunfuñó Brian.

—¿El Sistema Solar? —repitió James Doohan.

—¡Pues que sepas que después de un juicio sumarísimo y un consejo de guerra no se pudo demostrar nada!

—¿Tú eres el tío que se cargó la Tierra? —le interrumpió James Doohan.

Brian lo miró durante un segundo.

—¿No estás aquí por eso?

—Hostia puta —sonrió James Doohan—. Menos mal que no te he disparado al final. Soy fan tuyo, tío.

—¿Fan mío?

—Que sí, que soy fan tuyo —aseguró James Doohan saliendo, por fin, de encima de Brian—. ¡El tío que se cargó un emplazamiento estratégico justo durante una misión secreta para ganar la guerra contra los Triaunuki! ¡Jodiste de lo lindo a toda la puta cúpula militar Riawlent! ¡Deberían poner un puto monumento en tu honor en cada pedazo de roca del sector Delta, tío!

—Yo... ¿Una mis...? —empezó. Luego su instinto le dijo que sería mejor no continuar por ahí— Oye, ¿pero tú no eres un Riawlent?

—Lo soy, pero eso no significa que me guste la puta dictadura que tienen montada el maldito General Varani y sus perros.

—Oh. Vaaaale.

—Déjame que te invite a algo —se ofreció James Doohan, tendiéndole una garra amistosa—. No todos los días se conoce a un terrorista célebre.

El Teniente Gekko miró de nuevo la hora en el escritorio de su Sistema Informático Integrado. Su navegador mostraba el expediente del caso Modromus, pero en realidad lo que hacía era revisar su Lista de deseos de Humazon en una ventana oculta.

Gekko alcanzó el vaso de zumo de cucaracha caliente que había dejado sobre la mesa hacía más de media hora, así que se podría decir que el jugo ya no estaba caliente y que, más que zumo ya era una pasta amarillenta. Vació la taza con la lengua, consultó el reloj nuevamente y echó un vistazo a través del cristal de su oficina. Sin perder un segundo, llamó por el telefonillo de su despacho.

—Natrix, ¿estás lista?

El telefonillo le respondió con un silencio confundido.

—Perdón Teniente Gekko. ¿Para qué? —preguntó la aludida.

Natrix era la atractiva culebrilla que había entrado en prácticas como técnica de las comunicaciones internas del departamento. La ausencia de extremidades de Natrix resultaba exótica y excitante para cualquier reptiliano en edad reproductiva que quisiera asegurarse una buena selección de material genético para su prole. De hecho, en el poco tiempo que llevaba trabajando allí, la joven ya había rechazado a nada más ni nada menos que cinco aguerridos soldados. Gekko había sido dos de ellos, e iba camino de ser también el sexto.

—Querida, he reservado para dentro de una hora en el mejor restaurante de la ciudad... ¿Qué me dices? Tú, yo y un buen plato de pasta de mosca con salsa de la más exquisita selección de lepidópteros.

Lo único que le respondió fue un agotado silencio. Gekko la miró a través de la ventana de su despacho y vio que ella le dirigía una mirada de reojo.

—He de terminar el informe que me pidió para mañana —dijo ella al ver que él la estaba mirando.

—Pero si he visto que estabas recogiendo tus cosas, tontorrón —dijo él.

—Ya. Hmm... Es que lo terminaré en casa.

—Déjalo —le ordenó él mostrando una beatífica benevolencia—. El informe puede esperar.

Otro silencio elocuente se instaló en la línea antes de que ella respondiese.

—No, señor, no puede esperar.

—Que te digo que sí, hembra.

—Señor, es sobre el caso Brown. Yo pienso que...

—No te pagan para pensar, Natrix —dijo Gekko en un desagradable tono de impaciencia. Luego moderó las formas—. Espera, voy para allá, lo resolvemos y nos vamos a cenar.

Colgó antes de poder recibir una nueva negativa. Se levantó del asiento de su despacho y estaba a punto de atravesar la puerta cuando una llamada entró en su SII. Era Taren.

Le colgó.

Ella volvió a llamar.

Él le volvió a colgar.

Ella volvió a llamar.

—¡Mierda! ¡Será pesada...! —gruñó Gekko. Aceptó la llamada— ¡¿Qué quieres!?

Taren comenzó a hablar atropelladamente.

—¡¡Gekko!! ¡Le han vuelto a atacar! ¡¡Un cazarrecompensas!! ¡Estábamos.. estábamos en el hospital y...!

—¿A quién han vuelto a atacar?

—¡¿A quién va a ser!?

—Tendrías que ser más especí...

—¡¡A BRIAN!!

Gekko volvió a mirar el reloj. Pasaban tres minutos desde el fin de su jornada laboral.

—Todo lo que sea referente a Brown puede esperar a mañana —contestó.

—¡¿Cómo!? ¡¡Te estoy diciendo que han atacado el hospital!!

Gekko soltó un gruñido.

—¿Y los guardias en su puerta?

—¡Están muertos, joder! ¡¡Gekko espabila!!

—¡No me hables así o tendré que abrirte un expediente por insubordinación!

—¡Haz lo que te dé la gana pero trae un destacamento de investigación y búsqueda YA!

Colgó.

Durante aproximadamente medio minuto, el silencio se impuso en el despacho de Gekko. No era un silencio normal. Era uno de esos silencios tensos que hacen que suba la temperatura y que se tragan cualquier ruido que se atreva a intentar traspasarlo.

Pasado ese tiempo y mientras Natrix salía por la puerta aprovechando que Gekko se retrasaba, oyó un grito de pura rabia que hizo temblar las paredes. Natrix cerró la puerta sigilosamente y se adentró en la oscura noche sin mirar atrás.

Brian miró al techo y, en un momento de lucidez, se preguntó cómo coño había acabado ahí. Lo siguiente que pasó por su mente fue una especie de rápido repaso mental a su vida y la siguiente pregunta que se hizo fue cómo cojones había acabado ahí. En realidad, y a excepción de los tacos, la pregunta era la misma, pero el sentido subyacente de las dos era, según Brian, muy distinto.

—Tío, que rule —le llamó la atención Doohan.

Brian miró hacia abajo y se encontró sosteniendo un cigarro de liar con una mano mientras que con la otra se protegía la entrepierna, ya que aún iba desnudo. Un poco mareado, le pasó el cigarro a Doohan.

—Perdona.

—¿Estás bien, tío? No parece que estés en condiciones —le preguntó el reptiliano.

—No estoy acostumbrado a la hierba —admitió—. Y nuestra peleílla tampoco ha ayudado.

Doohan hizo un gesto de aceptación y dio una larga calada. No parecía incomodarle la desnudez de Brian, lo cual tenía cierto sentido teniendo en cuenta que los reptilianos no solían usar prendas de vestir.

—Yo sí —admitió—. Me ayuda a pensar.

Brian suspiró y se pasó una mano por los ojos en un intento de despejarse. Fue inútil.

—Tampoco estoy acostumbrado a eso.

Doohan se mantuvo en un reflexivo y muy elocuente silencio durante un minuto. Era la primera vez que se mantenía tanto rato callado desde que habían llegado a su nave y habían empezado a fumar.

—Me parece... —dijo al fin—. Que el problema es que intentas no pensar.

—Joder... Primero Doohan y ahora Freud.

—El universo, hermano humano... —empezó Doohan poniéndose de pronto intenso.

—No me llames hermano humano —le interrumpió Brian.

—... es que hay demasiada gente en él intentando hacer que otra no piense por sí misma —concluyó el reptiliano levantando la garra hacia el espacio vacío delante de él como si quisiese coger algún objeto invisible.

—Ajá... —dijo Brian adivinando otra cháchara política como la que llevaba soltándole desde hacía más de dos horas.

—Es por eso que anulé mi sistema informático integrado, eso que nos ponen a los reptilianos en el cerebro nada más nacer, ¿sabes? —dijo pasándole el porro.

—Ajá... —repitió Brian mirando ensimismado las volutas de humo.

—Esa mierda te monitoriza, te anula como ser pensante. Y es muy duro aprender a ser libre de pensamiento, ¿eh?

—Ya me imagino —dijo Brian levantando brevemente las cejas.

—¿Sabes cómo lo hice? Me metí un pulso electromagnético en toda la cara ¡¡ZUUM!! —explicó ejemplificando la situación, poniéndose una garra entre los dos ojos— Fue increíble... ¡Tuve dolor de cabeza durante un montón de días!

—Qué putada —respondió Brian, ausente.

—En absoluto. Lo prefiero de verdad —dijo James Doohan—. Tener libertad, eso lo compensa todo.

Brian, taciturno, pensó en ello en silencio durante un rato.

—No tendrás por ahí algo con alcohol, ¿no?

Doohan lo miró un momento y luego sonrió levemente.

—Lo siento, colega. Ya es duro no poder salir de los dominios Riawlent como para que encima te suelte este rollo de la libertad, ¿eh?

Brian suspiró.

—Es culpa de este sistema político —concluyó Doohan con fastidio.

—Bueno, ya me queda poco para que se me acabe la condicional —dijo Brian—. Después ya podré ir donde quiera... Siempre que tenga pasta para viajar, por supuesto.

—Cuando estés libre puedes venir conmigo, mi casa es tu casa —ofreció Doohan muy amablemente—. Vivo en un planeta cerca de Triaun. No es que esté en la mejor zona del sector Delta, pero al menos no comparto alojamiento con nadie.

Brian había sido un piloto de la división terrícola bajo el mando del ejército Riawlent. Por eso mismo, siempre había dado por sentado que el sector Delta, con el que estaban en guerra, era una especie de salvaje oeste espacial donde las reglas eran tan inexistentes como las posibilidades de gozar de una larga vida. ¿Era consciente de que vivía preso en una dictadura reptiliana? Sí. ¿Significaba eso que quisiera vivir en la más absoluta anarquía? Por supuesto que no. La comodidad es un lujo al cual cuesta mucho renunciar.

—Mmmmh... —murmuró Brian mientras pensaba en cómo podría rechazar la generosa invitación del cazarrecompensas sin quedar como un cretino integral.

—Podrás buscar tú mismo a los que te quieren matar —insistió Doohan mientras hacía un gesto para que volviese a pasarle el porro.

—Toma. No quiero más.

—Vale, gracias —dijo Doohan. Dio una calada, soltó el aire y continuó hablando—. De hecho, podrías establecer una resistencia política. Montar un grupo de rebeldes contra el ejército Riawlent. ¿Sabes?

Brian no contestó. Doohan se incorporó un poco en su asiento y se inclinó hacia Brian con avidez en la mirada.

—Hay mucha gente que está cabreada con el régimen de Varani, Brian. Un tío como tú, con lo que hiciste... Serías una figura a seguir, te convertirías en un símbolo de la resistencia.

—¿De verdad que no tienes nada de alcohol por ahí? Me vale una birra, ¿eh?

—¡Te lo digo en serio, tío! ¡Hay toda una comunidad enorme de reptilianos exiliados que hasta pagaría lo que fuera por ver cómo cae este puto régimen! Y quedan algunos humanos también... Del Frente Popular de la Tierra y los del Frente Terrícola Popular...

—¡Disidentes! —exclamó Brian, sin poder evitar parafrasear una línea de diálogo de *La Vida de Brian*.

—Sí, bueno... ¡Exacto! —corroboró Doohan, un poco confuso.

—Espera, has dicho que hay gente que pagaría por ver caer el régimen, ¿no? —preguntó Brian.

—Sí. Y mucha.

—Pues imagínate la que pagaría por mantenerlo —objetó Brian—. A esos no les haría mucha gracia que “un símbolo” destructor de planetas fuese por ahí predicando contra los Riawlent. Ya no tienen que estar muy contentos con la idea de que se me vaya a terminar la condicional dentro de poco.

—¿Quieres decir que los que me contrataron son Riawlent? —dijo Doohan.

—Quiero decir que podría quererme muerto cualquiera. Podría ser literalmente cualquier gilipollas con acceso a internet.

—Sí, pero... A mí me cuadra más que sean los Riawlent —dijo Doohan—. Solo alguien que quiera mantener el *status quo* tendría interés en quitarte de en medio. Y este gobierno es corrupto hasta decir basta.

Brian se mantuvo en silencio, taciturno. Se sobresaltó levemente cuando James Doohan chasqueó los dedos sin previo aviso.

—Tengo una idea.

Hacía horas que estaba a la espera, y comenzaba a estar harto. Todos los demás habían fallado, lo cual era... realmente sorprendente. Volvió a abrir la aplicación, por si resultaba que Doohan estaba muerto y no le había saltado la notificación. Pero no. La ficha del cazarrecompensas estaba aún de color verde. ¿Por qué tardaba tantísimo entonces?

No hacía falta ser muy avisado para ver que todos esos fracasos eran el resultado de una mala evaluación inicial. Había subestimado a Brown. En su defensa, debía decir que era imposible esperar que un borracho con sobrepeso que no había hecho ejercicio en siglos fuese tan difícil de eliminar. Pero Brown siempre había sido un grano en el culo, y estaba claro que lo seguiría siendo hasta el final.

La falta de profesionalidad de los usuarios de Lobo también era un problema. Al fin y al cabo, los cazarrecompensas que podías contratar a través de ese servicio, en su mayoría, no eran más que gente que intentaba sacarse un sueldecillo extra. Brown, en cambio, había sido un soldado bien entrenado (hacía ya muchos años). Desgraciadamente, Lobo era lo único que podía usar sin aumentar el presupuesto.

De repente, un mensaje se materializó en su sistema.

J.D.: Necesito info.

Vaya, ya era hora...

J.D.: El sujeto es más escurridizo de lo que pensaba. Necesito cabo.

.: ¿Cabo?

J.D.: Cebo* El autocorrector.

.: ¿Qué tipo de cebo?

J.D.: ¿Alguna información que pueda utilizar? ¿Ideología? ¿Intereses? ¿Historia personal? No puedo trabajar si no sé de qué va el asunto.

Pero... ¿Será posible? Menudo inútil. No soportaba a la gente que, teniendo disponible toda la información del universo conocido en internet, no era capaz de hacer una simple búsqueda. La incompetencia era la consecuencia directa de la falta de curiosidad.

.: La APP no me permite pasar enlaces que te faciliten el trabajo.

J.D.: Ábreme por Chatlaxy.

.: Ok.

Reunió varios enlaces, algunos de ellos a vídeos, y los envió a Doohan a través de Chatlaxy.

J.D.: ¿Se supone que esto me tiene que ayudar con el objetivo?

.: Sí. Es lo que algunos llaman un *geek*.

J.D.: No sé qué es eso.

.: Una persona obsesionada con cualquier tipo de producto cultural: Series, cine, literatura...

J.D.: Parece complicado.

.: Lo es, para un extraterrestre.

J.D.: No pretenderás que me mire todos estos vídeos.

Madre mía, menuda paciencia había que tener...

.: Tu *nickname*, James Doohan, viene del actor de una serie terrícola llamada *Star Trek*. Si quieres más información, mírate los vídeos que te he enviado. Esta conversación ha terminado.

Doohan respondió con un mensaje de voz.

—Saludos, gilipollas —dijo la cascada voz de Brian—. Acabas de usar Chatlaxy, el servicio más cutre del puto universo, que nos ha permitido saber con bastante exactitud la ubicación de nuestro interlocutor. Gracias por ser un puto inútil y que sepas que voy a por ti, hijo de puta.

El primer sol despuntaba cuando el destacamento encontró la nave. Tardaron menos de cinco minutos en tenerla totalmente rodeada, y una vez hecho eso, colocaron un campo de fuerza alrededor para evitar la huida, pero a una distancia prudencial para impedir que los sensores de la nave detectaran actividad hostil. Tenían suerte de que la nave había entrado ilegalmente y estaba aparcada en medio del desierto. Si hubiese estado en un hangar, el procedimiento dictaba que debía despejarse el radio de acción en más de 500 metros antes de proceder a cualquier tipo de actuación, y eso sin duda habría alertado al sospechoso.

La rojiza luz del amanecer cegaba a Taren quien, con la desagradable sensación de notar los latidos de su corazón en los oídos, activó el amplificador de voz integrado en su SII.

—Usuario de la nave TRIAUN-1042, está rodeado. ¡Salga del vehículo despacio y con las garras en alto!

A pesar de que la temperatura empezaba a ascender rápidamente, Taren notaba la gélida presencia de Gekko a su espalda. Tenía los brazos cruzados y cara de haberse pasado toda la noche echando horas extra para encontrar la nave, que era básicamente la cara de alguien que está muy, pero que muy cabreado.

Había sido una tarea realmente complicada. Para empezar, porque el maldito James Doohan era un exiliado, y para continuar, porque el tío había anulado su SII hacía ya muchos años, de manera que en los registros Riawlent constaba como *error del sistema*.

La clave había sido cotejar las imágenes de la grabación automática de las cámaras del hospital con el registro de delincuentes comunes. El sistema había tardado bastante, pero finalmente, encontró una coincidencia:

- Nombre: Darcis
- Número de ID: RW5222479R504
- Nacido en: Riaw 504 – Sistema Riawlent Exterior
- Edad: 18 ciclos (Riawlent)
- Motivo de detención: Juego ilegal; Tenencia y consumo de sustancias prohibidas; Alteración del orden público; Rebelión y sedición, y por último y más importante de todos, difamación e injurias contra el General Varani.

En resumen, un disidente político. Taren no podía creer que el riawlent más atractivo que había visto nunca fuese un maldito delincuente antipatriótico. Las escamas se le enrojecieron levemente solo de

pensarlo... Y encima había tenido los santos cojones de volver a los dominios Riawlent para ganarse unos créditos matando a su protegido. Ese tío iba a chupar trena, de eso podía estar seguro.

—¡Señor Darcis! ¡Sabemos que está ahí dentro! ¡Salga pacíficamente con las garras en alto o nos veremos obligados a abrir fuego y asaltar su nave!

Lo realmente complicado había sido localizar la nave. Una vez tuvieron la identidad de ese desgraciado, habían tenido que revisar todas las entradas y salidas de todos los hangares del planeta. No encontraron nada en los registros oficiales pero, afortunadamente, un satélite había captado la presencia de una nave de origen Triaunuki, cuya ID tuvieron que buscar en los registros.

Fue una experiencia realmente dura ya que, debido a la guerra abierta entre Riaw y Triaun, les costó sangre, sudor y lágrimas convencer a la policía del sector Delta para que les facilitase los datos del vehículo. Tuvieron que alegar que buscaban a un fugitivo de raza riawlent por un asunto interno de delincuencia común.

Finalmente, detectaron que Darcis había alquilado la nave hacía poco, y los registros de ubicación hicieron el resto.

Las sombras se acortaban lentamente mientras esperaban. Justo cuando Taren iba a ordenar el asalto, la puerta de entrada comenzó a abrirse perezosamente. Se oyeron ruidos de las armas cargándose, listas para disparar al menor movimiento en falso de Darcis.

Lentamente, una figura emergió del interior. Taren estuvo a punto de soltar un chillido de alegría al ver aparecer a Brian con las manos en alto, aparentemente sano y salvo... Aunque, por desgracia, seguía desnudo desde que había abandonado el hospital.

—¡No disparéis! —dijo la lejana voz de Brian.

Detrás de él, Darcis, con cara de perdido y las garras en alto, también emergió de las profundidades de la nave.

—Brian, apártate del sospechoso —ordenó Taren.

—¡Taren, no es mal tío!

—¿¡Que no es mal tío!? ¡¡Ha intentado matarte!!

—¡Ya, pero bueno, eso pasa a veces!

—¿¡Qué!?

—¡Tenemossss información del tío que intenta matarle! —gritó Darcis, nervioso.

Brian lo miró un momento y pareció tener una idea.

—¡Exacto! ¡Os podemos ayudar a encontrar al tío que jodió al puto Comandante ese! ¡Tienes que prometerme que a Doohan no le haréis nada!

Taren gruñó.

—¡De acuerdo! ¡Ahora apártate de él! —pidió Taren.

Poco a poco, Brian se alejó de Darcis, quien negaba con la cabeza, suplicante. Taren oyó a lo lejos que Brian le decía palabras tranquilizadoras.

Y de pronto, todo se fue a la mierda cuando Gekko detrás de ella gritó:

—¡¡FUEGO!!

Solo veía rojo.

No notaba el dolor, ni el calor, ni el frío. No tenía tacto, ni oído, ni conciencia.

Solo veía rojo. Y en su mente, la imagen de James Doohan muriendo, mientras le clavaba una mirada de decepción y de traición, le agujereaba el cerebro y las entrañas.

No recordaba haber empezado a golpear a Gekko, pero no iba a parar. Necesitaron una escuadra entera para separarlo del Teniente, que para entonces yacía en el suelo inconsciente.

Empezó a notar calambres en la espalda, y fue entonces cuando el mundo comenzó a aparecer. Y en él todo eran gritos, movimiento y caos. Distinguió la voz de Taren. Le decía algo. No supo identificar las palabras.

Con el caos, empezó a aparecer el dolor. Le estaban disparando con proyectiles eléctricos. La furia lo mantenía consciente, pero poco a poco, sus músculos cedieron y el rojo se volvió progresivamente negro.

Esta vez no soñó. Del vacío despertó a una conciencia sólida y deprimente. Miró alrededor y se descubrió en una celda.

Una celda riawlent. Otra vez.

Por primera vez en mucho tiempo, deseó no haber despertado nunca más.

—Hola.

Taren estaba sentada detrás del cristal. A Brian siempre le había fascinado lo mucho que se parecían las celdas de las comisarías riawlent al zoológico del episodio piloto de *Star Trek*. Era como estar en un terrario, con un cristal entre el mundo y uno mismo.

—¿Por qué? —preguntó.

—No fue cosa mía —admitió Taren.

Brian suspiró.

—Ya. Gekko.

—Sí.

Silencio. Solo interrumpido por el sonido del aparato de regulación de temperatura.

—Voy a volver a la cárcel —no era una pregunta, sino una insoportable certeza.

—Estoy intentando evitarlo —confesó Taren— Pero depende de si Gekko quiere poner cargos... Cuando se le cure la mandíbula, vaya.

Brian cerró los ojos y se concentró en evitar con todas sus fuerzas que las imágenes de su cautiverio se agolparan en sus párpados cerrados. No estaba seguro de poder soportar de nuevo vivir encerrado en un puto terrario gigante.

—El tío que quiere matarme está a cuatro años luz de aquí. En el cuadrante 27B —dijo finalmente Brian.

Taren frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Es la información que habíamos conseguido. Pudimos contactar con él y que usara Chatlaxy para rastrear la IP. Lo localizamos. Fue idea de Doohan.

Taren se mantuvo en silencio durante unos segundos, a veces no decir nada ayudaba a Brian a hablar.

—Pero no hace falta que vayas a la nave. No encontrarás nada —dijo él al fin.

—¿Y eso?

—Borré los registros antes de salir.

Taren dejó pasar un segundo o dos antes de preguntar.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Porque soy un puto gilipollas —dijo tras taparse los ojos con el antebrazo—. Siempre lo he sido y siempre lo seré.

—Todo esto tiene que ver con el Sistema Solar Terrícola, ¿verdad? —preguntó Taren.

Y al preguntar, rompió el delicado hechizo.

Brian se incorporó y se sentó al borde de la cama, que era un pedrusco enorme y plano. Aún iba desnudo.

—Taren, si no me dejáis salir de aquí, seguro que me matarán. Y si sobrevivo a todo el cachondeo este con los asesinos de *Star Trek*, es muy posible que la cosa se ponga aún más jodida.

—Brian, aquí estás más seguro que en casa... Solo los agentes riawlent autorizados pueden acceder a esta zona. Por favor, debes confiar en mí.

Se miraron a los ojos durante varios segundos. Luego Brian bajó la cabeza.

—Pues estoy bien jodido.

Taren se levantó de su asiento y posó una mano abierta sobre el cristal mientras él seguía con la cabeza gacha. Tras un momento en que no se atrevió a decir nada más, se apartó y salió del campo de visión de Brian.

La nave de Darcis (o James Doohan) seguía aparcada en medio de la nada, solo que ahora había dos guardias apostados en cada punto cardinal. La mayoría de aquellos muchachos eran soldados en prácticas, lo cual significaba que se pasaban la mayor parte del tiempo jugando a juegos de ordenador en el modo privado de su SII. Este era el motivo por el que ni siquiera vieron acercarse a Taren hasta que la tuvieron delante. Por eso fue tan divertido gritar de pronto.

—¿Alguna novedad, cadetes?!

El par que tenía delante dio un respingo y enfocaron sus tiernas y extraviadas miradas hacia ella.

—¡Todo tranquilo, Teniente! —respondió el más avisado de los dos.

—Bien. Voy a entrar. Si hay cualquier novedad, quiero estar informada —ordenó ella sin corregir al novato, ya que ella era simplemente una agente.

Y, sin esperar respuesta, accedió al interior de la nave.

Olía tanto a porro que pronto empezó a darle vueltas la cabeza. Maldijo a Brian en su fuero interno por ser incapaz de mantenerse sobrio cinco malditos minutos y se dirigió directamente a la consola de mando del aparato.

Brian decía que había borrado los registros, y quizás así fuese, pero Taren tenía serias dudas de que un tío que siempre olvidaba borrar el historial del navegador de sus gafas cuando le tocaba inspección hubiese sido tan eficaz.

El sistema operativo que usaba la nave era algo distinto al que tenía ella implementado en el cerebro, por eso le costó un poco hacerse una idea de cómo acceder al sistema. Tuvo que consultar el manual técnico varias veces, pero finalmente accedió a la copia de seguridad automática.

Premio.

El registro general de comunicaciones seguía intacto, y pronto pudo ver la IP del interlocutor de Chatlaxy.

La IP pertenecía a un dispositivo integrado (un SII) que en el momento de la conversación estaba, efectivamente, situada a cuatro años luz de distancia. Eso quedaba dentro del sistema Riawlent.

Estaba pensando en hacer un par de llamadas al equipo informático de la central cuando reparó en el contenido de la conversación entre Darcis y su empleador. No pudo evitar fijarse en un detalle. Y no le gustó nada lo que sugería.

Uno perdía rápido la noción del tiempo cuando estaba encerrado en una cárcel reptiliana. Aunque los robots de limpieza lo mantenían todo limpio, no era cómodo y desde luego, era jodidamente aburrido.

La ausencia de luz solar directa y de ventanas no ayudaba a hacerse una idea del paso del tiempo, y al final los ritmos circadianos se jodían tanto, la incomodidad era tan grande y el aburrimiento tan extremo, que empezabas a ver las cosas con un cariz cada vez más y más oscuro. Hasta que la oscuridad situaba tu mente en un punto de no retorno. Hasta llegar al punto en que, lo primero que había tenido que hacer Brian al salir de la cárcel seis años atrás, había sido cubrirse los antebrazos con tatuajes para poder mirarse al espejo otra vez. Lo segundo que hizo fue emborracharse hasta caer inconsciente.

Tumbado en la cama de piedra, se dio cuenta de que necesitaba salir de allí... pero cuanto más lo pensaba, más claro tenía que iba a necesitar un puto milagro para conseguirlo.

Había perdido el control con Gekko y ahora tendría que asumir que había firmado su propia y definitiva sentencia de muerte. Si lo hubiese sabido, no habría dado tanta guerra a aquellos cazarrecompensas hijos de puta. Por lo menos, la muerte habría sido más rápida.

Se incorporó y reparó en que algún alma caritativa (sin duda, la de Taren) le había dejado algo de ropa doblada pulcramente y colocada con cuidado en una esquina. Se aseó como pudo en la pequeña pica del lavabo y se vistió con lo que resultaron ser unas bermudas floreadas y una camiseta que rezaba una frase de la peli *Están vivos*: "*I came here to kick ass and chew bubblegum... and I'm all out of bubblegum*"⁴. Era su camiseta favorita.

Metió las manos en los bolsillos de las bermudas y notó el tacto frío de unas patillas. Sacó sus gafas inteligentes del bolsillo y, en ese momento, deseó besar a Taren con lengua y todo si hacía falta.

Se las puso y Amy apareció delante de él con su atuendo de Princesa Leia en Tatooine.

—Hola de nuevo, Brian —saludó—. ¿En qué puedo ayudarte?

⁴ He venido a masticar chicle y patear culos... y se me ha acabado el chicle.

Brian casi estuvo a punto de besarla a ella también.

—Hola Amy. Mira, estoy en una celda reptiliana y necesito escapar ¿Me puedes dar ideas?

Amy lo procesó un momento.

—Sabes que no se me permite ayudarte a realizar actividades ilegales, Brian. Incluyendo la fuga. Te he dado la misma respuesta un total de ciento ochenta y nueve veces.

—Joder. Vale...

—Si quieres, puedo ayudarte a pasar el tiempo mientras estés encerrado. ¿Quieres ver una película? ¿O prefieres que te busque lectura? Basándome en tu actividad habitual...

—¡Agh! Cállate —la interrumpió Brian—. Ponme música.

Amy obedeció. Cerca de sus oídos, empezó a sonar el riff de guitarra del *Hush* de los *Deep Purple* e, instantáneamente, comenzó a sentirse algo más animado.

Brian observó con ojo crítico su entorno y se dio cuenta de que, de espaldas a él, había un par de guardias que vigilaban la puerta de vidrio a prueba de proyectiles. Quizás podría engañarlos de alguna manera para poder escapar...

Apenas había comenzado a idear un rudimentario plan cuando una figura vestida como la puñetera Trinity de *Matrix* se materializó como por arte de magia entre los dos guardias y, sin pensárselo dos veces, les disparó a ambos entre los ojos.

—¡Chupad pulso electromagnético, lagartos! —exclamó Trinity.

—¡Hostia puta! —chilló Brian.

La aparición disparó acto seguido al sistema de seguridad y el vidrio que mantenía a Brian cautivo se desvaneció. Las alarmas comenzaron a sonar de forma estridente.

Ante la atónita mirada de Brian, la mujer sonrió socarrona y extendió una mano abierta hacia él antes de decir:

—Ven conmigo si quieres vivir.

Y él, que en ese momento no tenía muy claro si era mejor vivir o no, pero que de pronto se encontraba más excitado que nunca, le dio la mano sin pensarlo un segundo y juntos se desvanecieron en el aire.

Con el corazón en un puño, el estómago revuelto de la peste a porro y más dudas que respuestas, Taren salió de la nave y corrió hacia la comisaría como alma que lleva el diablo. Tenía que hablar con Brian urgentemente. Más adelante ya pagaría las multas por exceso de velocidad.

Entró en las oficinas y se dirigía a la zona de celdas cuando vio que Natrix le hacía gestos.

—¿Qué pasa? Ahora no ten...

—Te están esperando en el despacho de Gekko, Taren —dijo la culebra.

—¿Ya le han dado el alta? —y sin esperar respuesta entró sin siquiera llamar.

Por motivos de falta de personal era Gekko quien ocupaba el despacho que normalmente estaría destinado al Capitán de la comisaría, pero no fue al pequeño teniente a quien Taren encontró sentado en la silla.

Las escamas de la agente se volvieron más pálidas de lo habitual, el corazón se le aceleró y deseó esconderse en la primera rendija cuando se descubrió siendo escrutada por la impenetrable y cruel mirada del General de Ejército Varani.

Alrededor de él, tres oficiales célebres de alto rango riawlent la observaban con gesto severo, pero ninguna de ellas podía hacer sombra a la presencia de Varani, que parecía exudar peligro por absolutamente todas y cada una de sus escamas.

Taren se cuadró en posición de firmes hasta que la Teniente General Aspis se dignó a dirigirle la palabra.

—Síntese, Agente Taren —dijo señalando brevemente con su cola el único asiento que había delante del escritorio.

Taren tragó saliva y estuvo a punto de sisear levemente. Por suerte, recordó sus modales a tiempo y se sentó delante de la enorme e imponente presencia del General. Tuvo la impresión de que, en los albores de la civilización riawlent, ella habría constituido una ligera merienda para aquel tipo.

—¿Me han mandado llamar...?

La Teniente General Tastei se deslizó levemente hacia ella.

—Tenemos entendido que está usted asignada como Agente de Vigilancia Alienígena del humano conocido como Brian Brown.- sondeó.

—Sí, así es —afirmó Taren.

—Y que hace poco el Comandante... —Tastei hizo una pausa breve mientras encontraba el nombre en su SII— Modromus ha muerto a causa de este sujeto.

Taren carraspeó.

—Bueno, no exactamente.

—Y ¿Cómo sucedió exactamente, según su versión de los hechos?

Taren la miró confusa durante más tiempo del que era recomendable. Los cuatro oficiales de alto rango la escrutaban expectantes. Varani no había movido ni un solo músculo desde que Taren había entrado en el despacho, pero daba la impresión de estar a punto de atacar. Y de que ese ataque sería rápido, brutal y mortal.

—En realidad, fue un accidente. Por motivos desconocidos, a Bri... Al Sr. Brown lo persiguen unos cazarrecompensas, y el Comandante Modromus fue una víctima de uno de ellos. Un francotirador. También el Sr. Testudo, el director del hangar donde trabaja Brown, fue gravemente herido.

Durante una ínfima fracción de segundo, percibió desconcierto en los ojos de las tres oficiales. La siguiente en hablar fue la Teniente General Seoanei.

—Según el informe del Teniente Gekko, fue Brown quien disparó al Comandante.

«¡Maldito Gekko...!»

Taren consiguió evitar a tiempo cambiar el color de sus escamas del marrón pálido al rojo escarlata.

—No, la investigación que se realizó indica todo lo contrario —dijo con seguridad—. Además, el testimonio de los robots compañeros de Brown coincide con su declaración.

Aspis frunció los ojos y ladeó su cabeza triangular con incredulidad.

—¿Sugiere que el Teniente Gekko, su superior, a quien debe lealtad por encima de cualquier civil, miente?

No era la primera vez que tenía que cubrirle el culo a Gekko, de manera que se ciñó al relato que siempre funcionaba.

—En absoluto, pero puede que se equivocase —explicó. Rápidamente añadió—. El Teniente Gekko puede llegar a tener mucha presión por culpa de delincuentes en rehabilitación como el propio Brown. Hace muchas horas extra y guardias muy largas.

«Una vez cada 4 ciclos solares» añadió para sus adentros.

Aspis, Tastei y Seoanei parecieron relativamente conformes con su explicación, de manera que Taren se relajó un poco.

—¿Qué hay del ataque al hospital? —preguntó Seoanei mientras miraba algún documento invisible para Taren— ¿Se ha detenido al culpable?

—Fue abatido —confirmó Taren sin poder disimular un punto de amargura—. También está relacionado con el caso Brown.

—Ese Brown está en el centro de todos estos incidentes —observó Tastei—. ¿Por qué no se le detuvo antes?

«No tienes ni idea...» pensó.

—Bueno... Hasta que comenzaron a aparecer los cazarrecompensas Brown nunca había provocado problemas especialmente graves. Algunas peleas de bar, actos incívicos y faltas de respeto al Teniente... Pero aparte de eso, es un sujeto pacífico.

¡¡BUM!!

El puño del General de Ejército Varani golpeó el escritorio con tanta fuerza que toda la sala retumbó levemente. Taren dio un bote en su asiento. Miró al General con los ojos muy abiertos, muerta de miedo.

Varani se levantó del asiento y se irguió cuán largo era. Su porte marcial era impresionante y su presencia llenaba cada recoveco de la estancia.

—Usted, agente Taren, dice que un hombre capaz de destruir el Sistema Solar Terrícola es pacífico —su voz era como el sonido del papel de lija frotando contra madera—. Y ¿sabe qué? Contra todo pronóstico, estoy de acuerdo con usted.

—Yo... ¿Ah sí?

—Oh. Por supuesto —dijo Varani mientras se daba la vuelta para examinar distraídamente los diplomas, trofeos y objetos que Gekko acumulaba en las estanterías de su despacho—. Brown no es más que lo que algunos humanos llamaban un “friki de sótano”. Una persona incapaz de relacionarse de forma efectiva con sus semejantes. Alguien que solo forma lazos afectivo-emocionales con seres seleccionados muy cuidadosamente por él mismo con la finalidad de evitar el rechazo, usando la cultura popular terrícola como un escudo y como un filtro a la vez. Para un reptiliano puede parecer una maniobra social interesante, pero los humanos... Los humanos son seres sociales, seres altamente emocionales, seres para los que alguien como Brown resulta *patético*.

Varani se giró hacia Taren y la atravesó con su mirada, desprovista de cualquier tipo de compasión.

—Sí, Brown es pacífico. Pero, agente Taren, no olvide que Brown es humano. Y como humano, *necesita* la aprobación del resto de su comunidad. Así que ahora que tiene toda la información, pregúntese: ¿Qué no haría Brown por no perder la aceptación de alguien a quien ha otorgado su más absoluta confianza?

Aparecieron en un lugar desconocido para Brian. La música se había apagado sola.

El teletransporte siempre le revolvía el estómago, y aunque lo tenía vacío, sintió náuseas en cuanto sus partículas se recolocaron.

—Toma —Trinity le pasó (o, más bien, le golpeó en el pecho) una bolsa justo a tiempo.

Mientras Brian vomitaba bilis, la mujer se quitó el cinturón, que constituía la máquina teletransportadora, tecleó un código en la hebilla táctil y lo lanzó al suelo, donde desapareció con una pequeña implosión.

Brian, aturdido, miró a la mujer en busca de una explicación. Ella se encogió de hombros.

—Están prohibidas, y son rastreables —dijo. Acto seguido, le dio la espalda para trastear en una consola situada en medio de la sala.

Brian miró a su alrededor. La estancia estaba sumida en la oscuridad excepto por la consola, cuyas luces piloto le daban un aspecto tétrico. El ambiente estaba cargado y hacía calor.

—¿Dónde coño estamos?

Ella se dio la vuelta mostrando una encantadora sonrisa.

—Es mi nave —dijo un par de palmadas y se encendió una luz suave y uniforme.

La iluminación reveló una sala blanca y hexagonal de tamaño medio, con motivos circulares en las paredes, de los que emanaba la luz. La única puerta de acceso y salida era una puerta doble de color azul. En conjunto, era un espacio que parecía contemporáneo y anacrónico al mismo tiempo.

Brian dio la vuelta sobre sí mismo, alucinado y aún sosteniendo la bolsa de vómito.

—Bonita reproducción de la TARDIS —dijo cuando recuperó el habla— y bonito *cosplay*.

Ella ensanchó la sonrisa.

—Sabía que te gustaría.

Por primera vez, Brian la observó detenidamente. Estaba claro que era Liz pero, ¿podía estar realmente seguro? ¿Era *su* Liz o esa aparición embutida en cuero negro era otra trampa? Si era otro telépata, al menos esta vez le había echado un mínimo de imaginación y la representaba con el pelo corto en vez de con la larga cabellera con la que él la había conocido.

—Echa la bolsa en ese cubo. Es una incineradora —le indicó Liz/Trinity sin dejar de mirar los indicadores de la consola. Brian obedeció.

La observó un rato más hasta que ella notó que la miraba. Se levantó las gafas de sol y le devolvió la mirada con sus ojos verdes de ciencia-ficción.

—Perdona Bry, ya estoy por ti.

Bry. Brian sintió una punzada en medio del pecho.

—Eres tú.

Liz terminó de toquetear la consola.

—A nivel filosófico, esa —le señaló con el dedo índice— es una pregunta muy complicada de responder.

Brian puso los ojos en blanco.

—Sí que eres tú.

—Pero sí, soy Elizabeth Zhao.

—Gracias. Ahora, tengo preguntas.

Liz le dirigió media sonrisa entre extrañada y sorprendida. Brian se permitió regodearse en su confusión. Verla confundida no era algo que sucediese a menudo.

—¡Menudas prisas, vaquero! ¿Desde cuándo esa asertividad?

—Desde que no soy, filosóficamente, el mismo tío de hace doce años.

Ella rió, un poco incómoda. Pero a él le parecía una risa tan encantadora que tuvo que recordarse doce años de privación de libertad, de miserias y de una insoportable soledad.

Lo que quería preguntar Brian era: ¿Por qué nunca viniste a verme? ¿Por qué nunca me llamaste, ni contactaste conmigo? ¡Pensaba que estabas muerta! ¿Por qué me dejaste tirado como a un perro, a merced de los putos reptilianos? ¿Por qué apareces ahora, llamándome Bry, y comportándote como si nada de lo que pasó hubiese pasado nunca?!

Pero lo que preguntó fue:

—¿Por qué me has traído aquí?

Liz no respondió enseguida, sino que trasteó un poco más delante de un monitor de tubo que había instalado en la consola. Justo cuando Brian se estaba empezando a molestar, se abrió un pequeño compartimento y aparecieron dos tazas de café y un par de *croissant*.

—¿Aún tomas café solo con hielo? —preguntó ella mientras le tendía su taza y su pasta.

—Cuando puedo —admitió él, antes de darle un enorme bocado al *croissant*. Tenía un hambre de mil demonios. El café no le apetecía mucho después de vomitar, pero finalmente decidió bebérselo casi de un trago.

—Te he traído porque creo que te debo una disculpa —dijo ella, dando un sorbo a su café con leche y extra de azúcar.

Brian, que casi se atraganta a oír la respuesta de Liz, terminó de deglutir el *croissant* con un sonoro ruido.

—¿Una disculpa? ¿Tú?

—Sí. Yo —dijo Liz con un pequeño mohín —¿Necesitas una declaración jurada? ¿Llamo a un notario?

—Por favor, nada me gustaría más que tener una declaración jurada tuya pidiéndome perdón por algo. Podría enmarcarla.

—Era una hipérbole, imbécil.

Una sensación de calidez recorrió el cuerpo de Brian. Era como volver a los viejos tiempos.

—Ya. Lo. Sé. Empollona.

Como respuesta, Liz levantó ligeramente un hombro en un gesto de orgullo. De pronto, se puso seria.

—También te he traído porque tenemos que hablar.

Tenemos que hablar.

Las palabras golpearon a Brian como un golpe de maza.

Tenemos que hablar.

Tenemos que hablar...

... que hablar...

Y encima tenían eco.

—Eso... suena como el culo —dijo al fin.

Liz apuró el café y dejó la taza sobre la consola. Le tendió su *croissant* a Brian quien lo aceptó, pero se dio cuenta que se le había cerrado el estómago en cuanto se lo metió en la boca.

—Sé que te están intentando matar. Y también sé quién.

Afiló sus armas contra los brazos de la silla, poco a poco, generando un ruido desagradable y seco. Estaba oscuro, pero no necesitaba demasiada luz para ver a su interlocutor.

—Quinientos mil créditos me parece un precio justo —dijo tras ver con satisfacción que su contratista arrugaba la nariz en un gesto de molestia ante el ruido y las inevitables marcas en la silla.

—Estupendo.

—Pero he de advertir —dijo mirando con embeleso sus fiables y mortales uñas, mientras las mostraba y las escondía— que yo no soy como esos papanatas de Lobo. Yo soy profesional.

—Lo sé. Es por eso que...

—Y un profesional debe pagar su cuota, gastos de desplazamiento y el 50% por adelantado, por supuesto.

—¿Es una broma?

Dirigió la mirada hacia aquel tipo. Sus ojos brillaban y parecían iridiscentes en la penumbra de la sala.

—No.

Y la palabra cortaba tanto como sus garras.

—Esto no es el sector Delta —su cliente parecía irritado—. Aquí las cosas se hacen por escrito, el pago a treinta días y siempre después de emitir una factura. El Estado nunca paga por adelantado. Por ley.

—No haber contratado a alguien de Triaun.- contestó con tranquilidad.

El tipo mantuvo silencio durante un par de segundos. Luego pareció tomar una decisión.

—De acuerdo. Te pago el 50% ahora.

Leo miró su dispositivo móvil. Le habían transferido el dinero desde una cuenta privada. Vaya, vaya...

Se levantó y se dirigió hacia la salida.

—Espera —dijo el tipo antes de que Leo saliera por la puerta—. Acuérdate de decirle al objetivo que tu nombre es Leonard Nimoy.

Leo permaneció inmóvil unos segundos, moviendo la cola de un lado para otro.

—No tendrá tiempo de oírlo —aseguró.

Varani se sentó en la silla de Gekko, mirando a Taren a los ojos. Casi parecía que podía leer hasta sus más oscuros pensamientos. Y quizás así era, pensó Taren, porque el SII integrado de los Riawlent era una herramienta útil para el usuario, pero también para el gobierno. Uno nunca podía saber hasta qué punto el sistema informático estaba mezclado con su psique... al menos hasta que te metían un pulso electromagnético en mitad de la cabeza. "Oh vamos... De perdidos al río" pensó.

—Señor, con todos mis respetos... Yo llevo bastante tiempo en mi puesto vigilando a Brown y creo que no habría sido capaz de definir su personalidad de una forma tan concreta. ¿Es que conoce de algo a Brian Brown? Tengo entendido que usted fue el promotor del proyecto que se llevaba a cabo a bordo de la Fénix 1, el que terminó con la destrucción del sistema solar terrícola.

A pesar de que Varani no se movió, Taren notó que el ambiente cambiaba de pronto. Tastei, Aspis y Seoanei en cambio, sisearon amenazantes y se movieron incómodas.

—¿Qué estás insinuando, agente? —siseó Aspis.

—¿Crees que esa es forma de dirigirte a un superior? —inquirió Tastei

—¡Estás hablando con el General de Ejército, soldadilla de tres al cuarto! —escupió Saoanei.

—Señoras, ¿podrían dejarnos solos a la agente Taren y a mí, por favor? —dijo Varani. Y a pesar de las palabras estaba claro que aquello no era una petición, sino una orden.

Las tres Tenientes Generales obedecieron de forma inmediata, a pesar de su palpable contrariedad y, enseguida, Taren quedó a merced de aquel tipo.

«Pase lo que pase» se dijo. «¡Mantén cara de póker, Taren!».

—Es usted una joven Riawlent muy prometedora —Le aseguró Varani.

—Gracias, señor —dijo Taren, esperando un “pero”.

—Pero...

Ah, ahí estaba.

—Creo que una joven hembra inteligente como usted puede ofrecer más a esta gran nación.

—¿Señor? —dijo ella, confusa.

—Me refiero a que debería centrarse en buscar un buen macho y desovar unos cuantos vástagos que ayuden a hacer más grande el sistema Riawlent. Ya sabe que muchas hembras basan su existencia en la noble misión de dar sus huevos a los centros de educación reptilianos. Creo que podría ser un objetivo vital para alguien como usted.

A pesar de ser de sangre fría, Taren notó calor subiendo desde los dedos de los pies hacia su cara y tuvo serias dificultades para no levantarse y pegarle un bofetón a ese maldito cretino. Cosa que, evidentemente, sería el peor y último error de su vida.

Se esforzó al máximo para no cambiar el color de sus escamas y mantener una cara inexpresiva, como hacía él.

Se tomó su tiempo para responder.

—Agradezco.... su sugerencia, señor. Pero creo que la mejor manera en la que puedo servir al sistema Riawlent es haciendo lo mejor posible mi trabajo.

Justo cuando pensaba que había puesto en su sitio a aquél cabrón, Varani sonrió ligeramente.

—Qué pena —dijo—. Porque voy a tener que suspenderla.

—¿Qué?

—Entrégume su placa identificativa ahora mismo, señorita Taren.

—¡Ni hablar! —saltó ella— ¿¡Por qué?! ¡No he hecho nada malo!

—¿Usted cree?

Taren se quedó de piedra.

—Yo solo estaba...

Varani se levantó de su asiento en un movimiento tan rápido que el ojo humano no habría podido verlo. En décimas de segundo, estaba de pie, justo enfrente de Taren, mirándola amenazante y con su cara a menos de cinco centímetros de la de ella.

—Usted, señorita Taren, está curioseando en un asunto más que cerrado. Está jugando con fuego, señorita, y quien juega con fuego se quema.

Taren se odió por empezar a temblar de miedo.

—Voy a hacerle un enorme favor, ya que me cae usted bien y me gustan las hembras como usted —dijo, acariciándole suavemente el morro con una de sus enormes garras— voy a relevarla de su puesto y usted volverá a su vida civil. Buscará un Riawlent de provecho, justo como yo le he sugerido hace escasos minutos, y desovaré huevos para el estado. Y nunca, nunca más, volverá a meter los hocicos en el caso Brown, y mucho menos en el de la Fénix 1. ¿Me he expresado con suficiente claridad, cariño?

—¿Y tú cómo sabes que alguien está intentando matarme? —preguntó Brian con el corazón en un puño.

—Tengo mis fuentes —dijo Liz.

—Joder... Por favor, no me digas que tú eres Leonard Nimoy...

—¿Quién? ¡Ah, sí! Uno de esos de la serie esa que tanto te obsesionaba, ¿no?

Brian apartó la vista entre enfadado y avergonzado.

—No era a mí a quien le obsesionaba —dijo a la defensiva— El puto Hilbert no había visto ni una peli en su vida, pero joder cómo le dio con *Star Trek*. Y encima flipaba con Spock porque se identificaba con él.

—¡Sí, claro! ¡Tú sufrías mientras pasabais la mitad del tiempo libre viendo esa estúpida serie y comiendo chucherías como dos adolescentes!

—Al menos yo no empecé a investigar sobre los saltos temporales por estar enamorado del *Doctor Who* —contraatacó Brian.

Vio con satisfacción cómo ella se ruborizaba visiblemente. Liz hizo un mohín y lo miró con gesto enfadado.

—No, empezaste a pilotar porque creías que ligarías y serías tan guay como Han Solo —dijo ella, defendiéndose.

—Bueno, en mi caso funcionó, cosa que no puedes decir tú con tus experimentos.

El comentario salió de sus labios con más veneno del que se requería en aquella situación, pero no se dio cuenta hasta que ella palideció y le miró con los ojos muy abiertos.

—Mira Brian, ya sé que estás enfadado, no creas que no me he dado cuenta. Sé que no me he portado bien contigo, ¿vale? Tenía que haber venido antes, tenía que haber dado señales de vida y haber ido a verte a la cárcel —sin darse cuenta, Liz estaba prácticamente gritando—. Tenía que haber hecho muchas cosas que no hice porque estaba destrozada y todo había desaparecido. ¡Todo el mundo estaba muerto! ¡No tenía a nadie! ¡Acababa de perder a mis padres, a toda mi familia! ¡No he podido hacer nada hasta ahora Brian! ¿Lo entiendes?

Se sostuvieron la mirada. Los hermosos ojos de Liz, al igual que los de él, comenzaban a tener arrugas.

—Sí. Ya.

Ella pareció relajarse un poco.

—Tenemos que salir de aquí —dijo. Y se dirigió a la consola central.

Mientras Liz apretaba algunos botones y tiraba de algunas palancas que hicieron aparecer un par de sillas de pilotaje con arneses de seguridad integrados, Brian deseó con todas sus fuerzas tener a mano una botella de whisky, de ron, de tequila o de lo que fuese. No necesitaba una copa, necesitaba pillar una cogerza que le durase semanas.

—No tendrás por ahí escondida una botella de whisky —aventuró mientras un cristal que daba al exterior de la nave quedaba al descubierto.

Liz le miró de reojo.

—No acostumbro a beber mientras conduzco.

—Vaya.

—Y tú tampoco deberías.

—No me dejan pilotar. Los Riawlent piensan que me puedo escapar.

A ella se le escapó media sonrisa.

—¿Con toda la seguridad que tienen los espacios aéreos Riawlent? Son un poco exagerados.

—Te aseguro que sería coser y cantar —dijo Brian. No había orgullo en su voz, no lo necesitaba.

—¿Tan bueno te crees? ¿Después de tanto tiempo?

—Lo soy.

Liz lo miró de arriba a abajo, con una expresión de picardía.

—Demuéstralo.

En la vida de Brian solo había una cosa de la que estaba totalmente seguro: Había nacido para pilotar. Se le daba bien y le encantaba. Además, en la época en que empezó a trabajar para la división terrícola del ejército Riawlent, ser piloto era un oficio de prestigio, y muy bien pagado.

Solo se había arrepentido de ser piloto cuando lo destinaron a combate contra los Oleysianos, tiempo antes de conocer a Liz y al resto de la tripulación en la nave Fénix 1. Aquellas batallas habían sido una total carnicería, y a veces aún tenía pesadillas en las que tenía que navegar esquivando fragmentos de cuerpos de otros pilotos y soldados humanos, algunos de ellos, compañeros de la academia.

Haber sido privado de algo que le apasionaba durante doce años había sido, tal y como él lo habría expresado, una putada de categoría superior. Pero en ese momento, ahí estaba. Por fin se había reencontrado con el amor de su vida. Y no se refería a Liz.

Se sentó en el asiento, se ajustó el arnés de seguridad y se recogió el pelo en un moño samurái con un cable para que no le cayese sobre los ojos. Liz se sentó en el asiento del copiloto. La consola central se desplegó delante de él y le ofreció los mandos que dirigían la nave.

—¿Es un modelo 4C tuneado? —preguntó.

—Ni idea.

Brian la miró con dureza.

—¿No sabes ni lo que conduces?

—Si te soy sincera, llevo el automático todo el tiempo. Pilotar no es lo mío.

Brian puso los ojos en blanco y bufó.

—¡Oye! ¿Y tú sabes siquiera lo que es la entropía? —rechistó ella, ofendida.

Brian encendió la máquina y configuró la conducción manual.

—Sé que tiene algo que ver con tus experimentos —contestó él.

—Ya, y yo sé que esto es una nave y vuela por el cielo.

Brian estudió la pantalla de mando, mientras calculaba una ruta.

—¿Estamos justo delante de la comisaría Riawlent? —preguntó, atónito.

—Pues sí. Los cinturones teletransportadores no son muy potentes. Necesitaba aparcar en un sitio cercano para poder sacarte de la celda.

—Menudos ovarios que tienes.

Liz puso un mohín entre enfadado y travieso.

—Aún no se han dado cuenta de que estamos aquí, ¿no? Pues objetivo cumplido, vaquero.

Los motores de la nave empezaron a emitir un ruido suave pero constante mientras Brian le pedía a Amy que reprodujese *Runnin Wild* de Airbourne. Cuando la canción comenzó a sonar, Brian se giró hacia Liz con una sonrisa de oreja a oreja.

—Agárrate.

Y, sin esperar ni medio segundo, despegó a toda velocidad.

Cuando Taren llegó a su apartamento (que era aún más pequeño que el de Brian) aún le temblaban las patas. Se apoyó en la pared de piedra y se dejó resbalar hasta quedarse sentada en el suelo. Tardó un buen rato en poder dejar de visualizar la cara escamosa y enorme de Varani frente a la suya. Esperó sentada y encogida hasta que pudo dejar de temblar y de hiperventilar.

Se había quedado sin trabajo, y eso era una de las peores cosas que podía pasarle a un riawlent. El trabajo no era solo una manera de ganar dinero. El trabajo era la manera en que los Riawlent contribuían a mejorar su sociedad. Taren siempre había estado orgullosa de trabajar para el sistema militar Riawlent, porque era ese sistema el que garantizaba, a través de la conquista de nuevos territorios, que la economía y, por ende, la prosperidad de la sociedad reptiliana siempre estuviesen en constante crecimiento.

Pero ahora... por mucho que dijese Varani, era imposible que pudiese contribuir a la causa con su cuerpo, ya que ningún joven con material genético prometedor querría aparearse con ella. Nadie la querría jamás.

Pensó en Brian.

Le llamó por la pulsera monitorizadora, pero no le contestó.

Suspiró con resignación hasta que recordó que Brian estaba encerrado en una celda, y se debía aburrir lo suficiente como para cogerle la llamada a la primera. La celda no era ni mucho menos de máxima seguridad, de manera que no debería haber problemas de conexión.

Volvió a intentarlo, pero el resultado fue el mismo.

Taren se levantó y se dirigió hacia la puerta, resuelta a descubrir en qué lío se habría metido Brian o si estaba en peligro mortal, pero justo cuando iba a salir se dio cuenta de que él ya no debería preocuparle. Ya no era su problema. Brian solo era trabajo. De hecho, era un dolor de cabeza continuo del que ella por fin podría librarse.

Varani le había hecho un favor.

Y aún así...

Varani conocía a Brian a nivel personal, no había duda. ¿Y Brian? ¿Conocía él a Varani? Y si así era, ¿por qué nunca lo había mencionado? ¿Por qué nunca había dado parte de Gekko, con todas las veces que le había disparado?

Era posible que Brian no estuviese en posición de pedirle nada al General de Ejército Varani. Al fin y al cabo, lo habían declarado culpable de destruir el sistema solar terrícola cuando pilotaba la Fénix 1.

Taren reflexionó y se dio cuenta de que Brian jamás había confesado cómo lo había hecho.

Respirando pesadamente, Taren se tumbó en su cama, que era una estrecha grieta en la pared. No tenía acceso a los registros oficiales, pero sí a toda la información que la prensa había compartido públicamente en el momento en que ocurrió la catástrofe, incluyendo retransmisiones del juicio de Brian.

Antes incluso de haber terminado de ver todo el juicio, Taren ya estaba convencida de que Brian era inocente.

Liz gritaba. Y sus chillidos casi estaban acompañados con la música de Airbourne, que sonaba a todo volumen. Brian, por primera vez en muchos años, se sentía vivo.

—¡CUIDADO CON LA AMBULANCIA! ¡ESO ES UN CEDA EL PASO...!

Y es que Brian, que tenía ganas de divertirse, en vez de despegar en una trayectoria helicoidal hacia el espacio, como habría sido lógico, estaba circulando con el resto de vehículos por la circunvalación más concurrida de Riaw-58.

—¡¡BRIAN, CUIDADO, POR LO QUE MÁS QUIERAS!!

—¿No te fías de mí, o qué? —rió Brian por encima de la música.

En el horizonte se empezaron a ver unas luces de colores que indicaban presencia policial.

—¡¡TE JURO QUE TE VOY A MATAR, BRIAN!!

—¡Ponte a la cola, guapa!

Y dio un giro de 180 grados tan repentino, que estuvo a punto de colisionar con varios vehículos y una barrera por escasos dos centímetros.

Aceleró pero ahora, además de ver que venían más coches de policía desde el otro lado, iban en contradiirección.

—¡¡Estás llamando la atención de todo el mundo!!

—¿Tú crees? —respondió Brian con sarcasmo.

—¡¡Sí, joder!! ¡¡Nos van a pillar!!

—¡Que lo intenten!

Y despegaron.

Por un solo segundo Liz pensó que la conducción aérea sería mucho más segura. Tras ese pequeño lapso de tiempo se dio cuenta de que nada más lejos de la realidad.

Ascendían a una velocidad tremenda, y el espacio aéreo riawlent estaba plagado de vehículos, drones y, para horror de Liz, también de disparos láser procedentes de los vehículos que los perseguían.

—¡Nos están disparando!

—Tranquila, está todo controlado —aseguró Brian.

Aceleró dando vueltas en espiral hacia arriba y activó el escudo.

—¿Esta nave no es muy nueva, no? —preguntó Brian cuando ya llevaban unos cuantos kilómetros en ascenso.

Liz, que estaba empezando a tener ganas de vomitar, consiguió decir algo así como que era de segunda mano. Brian asintió ligeramente con la cabeza.

—No es la nave más rápida del mundo —aseguró él mientras miraba en el radar cómo los vehículos riawlent les iban cogiendo terreno—. Pero podemos arreglarlo.

Llegaron a la estratosfera y, justo en el punto en que la gravedad empezaba a dejar de actuar, la música paró. Brian detuvo motores, enderezó la máquina hacia el planeta, y se reclinó en el asiento con las manos en la nuca. Empezó la intro de *Don't Stop Me Now* de Queen.

—¿¡Qué coño haces!?! —le preguntó Liz.

Él le guiñó un ojo en el lapsus perfecto en que la nave empezó a caer y la música a subir.

Ahora, además de tener naves Riawlent delante (cuyos pilotos debían de estar tan alucinados como Liz) se acercaban a una velocidad creciente hacia el suelo.

Los gritos de Liz empezaron a tomar tintes operísticos a medida que la fuerza de la gravedad hacía su trabajo, y ella reparaba en que Brian estaba conduciendo con las rodillas.

—¡VOY A MORIR! ¡VOY A MORIR! —berreaba.

Brian había dejado de esquivar naves, porque ahora eran las naves riawlent las que se apartaban conforme caían con la fuerza de un meteorito.

Justo en el momento en que Liz pensaba que se iba a desmayar, Brian activó motores, enderezó la nave y, casi rozando el suelo, aprovechó la gravedad y la curvatura del planeta Riaw-58 para salir disparados de nuevo hacia la estratosfera, pero por el lado contrario, donde la policía y el ejército Riawlent no esperaban que saliesen.

Y así fue como, Brian Brown, el destructor de mundos, la peor amenaza para los reptilianos, escapó.

Las letras que aparecieron delante de sus ojos tuvieron el mismo efecto que una puñalada.

Varani: Ha escapado. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Tardó medio minuto en encontrar una respuesta aceptable.

∴ ¿Cómo ha sido?

Varani: Ha accedido a una nave.

∴ Creía que lo tenía prohibido.

Varani: Era una 4C, a nombre de una tal Elizabeth Zhao.

Cerró los ojos y suspiró, intentando reprimir la rabia.

Varani: Es tu subordinada.

∴ ...

Varani: Te advertí. No, te *ordené* que fueses cuidadoso y te estuvieras quieto, y por contra tu subordinada directa ha provocado que el ejército Riawlent quede en ridículo. Eso por no hablar de

que, si Brown contacta con los Triaunuki, se convertirá en un héroe. En un símbolo. Y los símbolos son peligrosos, ya lo sabes.

∴ No dejaré que eso ocurra.

Varani: Más te vale.

Gekko flotaba en el tanque de recuperación del hospital. Estaba consciente, magullado y con la mandíbula dislocada y sujeta con unos hierros. Dolía mucho, pero más le dolía el alma con la humillación de que Brown le hubiese pegado semejante paliza.

No era culpa suya, se dijo a sí mismo. Brown es un delincuente peligroso, un sádico asesino que prácticamente había eliminado a su propia especie. No era Gekko quien había fallado, sino la justicia. La justicia Riawlent no había ejecutado a ese... ese... ese simio gordo, grande y maloliente. Y ahora él tenía que cargar con las consecuencias físicas de aquel fallo institucional.

Era injusto. Como también lo era que no hubiese recibido la visita de Natrix. Solo habían ido a verle algunos de sus soldados más leales, pero ninguno era una hembra de buen ver. La vida era injusta.

Se abrió la puerta de la habitación y entró Taren.

«¡Vaya! ¡¡Así que ahora nos dignamos a aparecer!!» Quiso decirle.

—Aia ahí qe ahoa o inao a aae... —dijo.

—Hola a ti también Gekko —dijo Taren—. ¿Cómo estás?

Gruñido.

—Ya... imagino que debe dolerte mucho. Brian tiene bastante fuerza... Y estaba muy enfadado.

Otro gruñido.

—Te he traído zumo de cucaracha, para que te lo tomes cuando sea la hora de la cena —dijo rebuscando en su bandolera y sacando un brick—. Sé que es tu favorito.

Gekko emitió un sonido de agrado.

—Gekko, vengo a ti porque eres mi superior jerárquico —confesó Taren de pronto—. Y... bueno, no me siento bien conmigo misma si no hablo con alguien de rango superior al mío.

Gekko frunció el ceño. ¿Qué le pasaba a esta ahora?

—Ya ves, yo soy así... Brian se reiría en mi cara. Me diría que los riawlent somos imbéciles y que nuestro sistema es... ¿cómo era eso...? Ah sí, represivo y fascista. No tengo ni idea de qué significa, pero siempre consigue cabrearme igualmente.

¿Qué? ¡A él eso le importaba una mierda! ¿Por qué no le estaba alimentando con el zumo?

—E ioa ua ieda. Qieo uo.

—¿Sí, verdad? —dijo Taren, que hablaba más consigo misma que con Gekko— Es absurdo. Los humanos son seres absurdos y contradictorios. ¡Son los primeros que desvirtúan todo lo que tocan! Pero creo que no pueden evitarlo, es lo que les hace ser como son. Pero a veces... A veces te sorprenden de maneras que no creerías posibles.

«¡Me sigue importando una mierda! ¡Dame el zumo!»

—¡QIEO UOOOOO!

—Ya sé que divago, perdona... Verás, es que hoy he estado investigando sobre el caso de los cazarrecompensas. Estuve revisando la comunicación entre Darcis y su cliente, y en seguida me di cuenta de algo raro. Mira, te enseño la transcripción.

El SII de Taren proyectó la transcripción delante de los morros de Gekko. Él ni siquiera la leyó.

—¿Y e?

—Pues que, fíjate aquí, cuando el cliente le dice que Brian es un *geek*, Darcis le responde que no tiene ni idea de lo que es eso, y el cliente le explica lo que es. Entonces Darcis dice que parece complicado y fíjate lo que le responde el cliente.

Taren amplió la transcripción y Gekko leyó las palabras:

«.: Lo es, para un extraterrestre»

—¿Eaeae?

—¡Exacto! ¡Extraterrestre! Le responde: “Lo es, para un extraterrestre”. ¡Gekko, nadie hablaría así si no fuese terrícola!

—Aaaaah...

—Entonces pensé que el asesino de Brian podría ser un terrícola enfadado por la destrucción del sistema solar. Pero me acordé de la IP. La IP marca un punto en una distancia de cuatro años luz desde aquí. ¡Eso es dentro de los dominios Riawlent, Gekko!

—¿Y qe? —logró preguntar Gekko.

—¡Pues que los humanos están casi extintos y no hay casi ninguno de ellos viviendo entre nosotros! Y encima, el punto marcado por la IP corresponde a una zona residencial de alto standing.

—¿Ah í?

—Sí, es donde te estuviste mirando aquella cueva el ciclo pasado, ¿recuerdas? Que el agente inmobiliario te dijo que con tu sueldo era un insulto que pensaras siquiera en mudarte allí.

Gruñido.

—Lo siento...

Taren apagó la proyección y continuó su monólogo.

—Vale, eso acota las opciones: ¿Un humano que viva en una zona residencial de alto standing del sistema Riawlent? Primero pensé en un criado. Era improbable, pero podría ser. Entonces pensé en preguntarle directamente a Brian, pero... bueno, digamos que no llegué a poder interrogarlo.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Taren. Luego continuó como si estuviese ella sola en el mundo.

—Y entonces cuando llegué a casa, caí en la cuenta de que Brian había intentado borrar el registro. ¡Brian borrando un registro! Tú sabes la cantidad de porno que nos ha llegado a salir en las revisiones de sus dispositivos. Y cómo viste a la pobre IA... Por favor.

Gekko asintió con solemnidad. Sí, en la comisaría siempre se montaba un drama cada vez que tocaba una de esas revisiones... Y, para algunos soldados de confianza, también una sesión triple X.

—Pensé: Para que intente borrar el registro, tiene que ser alguien que conozca. Tiene que ser alguien a quien quiera encubrir. Pero ¿por qué? No tiene sentido. Nadie quiere proteger a alguien que intenta matarte.

Taren había eliminado deliberadamente de su relato su encuentro con Varani y el hecho de que la había despedido. Pero tenía sus motivos. Intentó fingir que la conexión entre el asesino al que Brian quería proteger y la Fénix 1 de la cual Varani no quería hablar se le había ocurrido por arte de magia.

—Entonces se me ocurrió que Brian nunca había dicho lo que había hecho. Nunca ha salido de su boca ni una sola palabra de cómo ni porqué destruyó el Sistema Solar Terrícola. Es raro, ¿no?

—O.

—Bueno, para ti no es raro, porque os lleváis fatal. Pero conmigo se lleva bien, y estoy segura que se le habría escapado algún detalle. Pero no, nunca ha soltado prenda sobre ese tema. Así que estuve mirando archivos de prensa y la retransmisión del juicio.

«Vaya pérdida de tiempo»

—Aia edida e ieo.

Taren continuó su monólogo sin hacerle caso.

—¿Sabes que en el juicio se declaró inocente? ¡Inocente! Otra cosa sin sentido. Brian destruye una ubicación militar estratégica de alguna manera desconocida que no se ha llegado a aclarar nunca, luego se entrega... ¡y en el juicio va y se declara inocente!

—Eudo iecil.

—Imbécil sí. Y también estaba protegiendo a alguien ahí. Y creo que podría ser la misma persona a la que quiere proteger ahora.

—A u noia —dedujo Gekko de forma brillante para la poca atención que había estado prestando.

—A su novia también. Pero no solo a ella.

—A quie?

—Mira, esta es la retransmisión del juicio.

Taren proyectó un vídeo en el que un Brian más joven, de aspecto miserable, estaba sentado en el banquillo de los acusados. En frente, todo el aparato judicial reptiliano al completo. Entre el público, destacaban varios seres humanos y el mismísimo General Varani.

La acusación presentaba sus preguntas al joven Brian.

Y él contestaba con un: “No lo recuerdo” en un tono de voz tan bajo que apenas se oía, incluso a través del micrófono.

«¿Cómo lo hizo?»

«No lo recuerdo.»

«La Fénix 1 era una nave de investigación científica. ¿Cómo accedió a los datos del experimento?»

«No lo recuerdo.»

«Ese experimento en la Fénix 1 era crucial para el desarrollo de la guerra. ¿Por qué decidió traicionar al ejército? ¿Fue por dinero? ¿Era aliado de los Triaunuki?»

«No.»

«¿Por qué lo hizo?»

Ese era el único momento del juicio en que Brian levantaba la cabeza, para mirar directamente al público.

Y en el público, cerca de Varani, estaban los seis miembros de su tripulación. Seis personas vestidas de civil entre las que destacaba el Capitán Albert Hilbert, altivo y perfecto. También estaba presente la experta en física cosmológica Elizabeth Zhao. Ella lucía un aspecto tan miserable como el de Brian y una tez tan blanca como el mismo papel.

—No sé los nombres de los compañeros de Brian, pero aquí está su novia Liz, de la que no para de hablar cuando está borracho —dijo Taren.

«O sea, que ella es la asesina».

—O sea que ella es la asesina.

—No.

—¿O?

—Aquí te falta contexto —dijo Taren—. Si hubieses pasado demasiadas horas viendo *Star Trek* te habrías dado cuenta a la primera. Pero yo tuve que chuparme unos dieciocho episodios de esa bazofia y, créeme, un trauma como ese es difícil de olvidar.

Taren amplió la imagen y enmarcó al Capitán Albert Hilbert. Recto, marcial, inexpresivo y vestido con una camiseta azul y un emblema dorado en la parte derecha del pecho que parecía un triángulo.

—La insignia de la División Científica de la Enterprise —dijo Taren, triunfal.

Desgraciadamente, el triunfo quedó un poco desmerecido, ya que Gekko no entendió ni una palabra.

—Mi sospecha es la siguiente —comenzó Taren—. La Fénix 1 tenía por misión desarrollar alguna clase de arma. Era una nave científica y estaban haciendo pruebas, pero en algún momento algo salió realmente mal y todo el Sistema Solar acabó desapareciendo. No sé si obligaron a Brian o fue iniciativa propia, pero él actuó como cabeza de turco. ¿Por qué accedió a entregarse? Probablemente, para proteger a esa mujer y también al resto. ¿Y por qué nadie pidió explicaciones al tal Capitán Hilbert? Pues, teniendo en cuenta que está sentadito justo al lado del General Varani, me imagino que porque deben ser amiguitos.

«¡Todo el mundo sabe que el Capitán Hilbert es el aprendiz del General, estúpida!» quería gritar Gekko. Lo que le salió fue un gruñido.

—El problema viene cuando Brian se declara inocente del todo y nadie puede aportar pruebas sólidas de su culpabilidad. Al final lo condenan a tres ciclos -o seis años humanos- y luego pasa otros tres en nuestro programa de reinserción, pero con la posibilidad de salir libre —explicó Taren—. El tiempo pasa y se acerca el momento en que Brian termina su condena, es entonces cuando el tal Hilbert se empieza a poner nervioso. ¿Y si Brian abre la boca ahora? ¿Quién sabe qué podría pasarle si Brian lo responsabiliza directamente, aún después de tanto tiempo?

Taren cogió aire y siguió exponiendo su tesis antes de que Gekko la interrumpiese con un nuevo gruñido.

—Y entonces se le ocurre la brillante idea de enviarle asesinos con los nombres de los actores de *Star Trek*. ¿Por qué? Pues para matarlo. Pero Brian no deja de ser un ex soldado entrenado, así que además se asegura de enviarle un mensaje. Y el mensaje es: Somos tu tripulación. Soy tu capitán, y te quiero muerto.

Gekko observó a Taren a los ojos mientras procesaba lo que oía. Lo que planteaba ella no era un simple intento de homicidio, era corrupción institucional con el beneplácito de las más altas esferas riawlent.

—E equioca.

—Estoy convencida de que no me equivoco —aseguró Taren quitando la proyección de Albert Hilbert de delante de los morros de Gekko—. Y ahora es cuando pasamos al motivo real de mi visita.

Taren comenzó a rebuscar en la capa de Gekko, que estaba bien doblada al lado del tanque.

—¡Eh! ¡Qué hacee!

—Lo siento, Gekko, pero tengo que tomarte prestada la placa.

—¿Cooo?! ¡¡Adita traïora!!

—Lo siento, pero me han despedido y necesito acreditar que me has dado permiso para enviar un destacamento a casa de ese cabrón —dijo enseñándole su placa identificativa.

—¡¡IA E UTA!! —gritó Gekko.

—¡Gracias Gekko! ¡Te debo un favor!

Y salió por la puerta de la habitación de hospital, dejando a Gekko furioso y gritando como un loco.

Cuando por fin aterrizaron, Liz se levantó con las piernas de gelatina.

—Te odio... —masculló.

Brian sonreía aún de oreja a oreja.

—¿Soy buen piloto o no soy buen piloto? Quiero oírlo de esa boquita de piñón.

—Un capullo, eso es lo que eres —dijo ella, apoyándose en la consola para evitar caerse.

Brian rió con malicia infantil, y cuando lo hizo, se sintió como si hubiese rejuvenecido unos cuantos años. Se sentía bien, y no veía el momento de volver a los mandos de la nave. De hecho, casi había olvidado las ganas de emborracharse que tenía hacía un rato.

—Estabas muy graciosa, gritando como una posesa: “Voy a morir, voy a morir”.

—Ja. Ja. Qué gracioso.

—Pero dime que no ha sido guay cuando he encarado la nave hacia el suelo y he aprovechado la gravedad.

A pesar del tiempo, del cabello y la barba sin acicalar, del aumento de peso y de los tatuajes, Liz sintió que el joven y apasionado Brian que ella había amado tiempo atrás había vuelto por un rato. Sintió un hormigueo que hizo que el enfado se disipara un poco.

—Reconoce que soy un piloto de puta madre —dijo él con orgullo.

Ella se acercó.

—Reconozco que eres un capullo —le dijo.

Él esbozó una media sonrisa chulesca y se aproximó a ella a su vez.

—Menos mal que no has apostado nada a que nos sacaba de ahí, porque habrías perdido, chati.

En el poco espacio que quedaba entre ellos había electricidad.

—Ni se te ocurra volver a llamarme “chati”.

—Llamada entrante de Taren —interrumpió Amy.

La IA se proyectó (cosa que raramente hacía) con su habitual indumentaria de Princesa Leia y bailando como hacía con las llamadas entrantes, justo en un sitio desde donde ambos podían verla con claridad.

—Recházala —dijo Brian. Pero era demasiado tarde.

—Pero... ¿Qué es esto? —dijo Liz mirando a Amy de arriba a abajo.

—No es nada, es Amy, la IA de las gafas.

—Llamada entrante de Taren —dijo de nuevo la IA.

—¿Y quién es Taren? —preguntó Liz.

—¡Nadie! —respondió Brian demasiado rápido.

—Llamada entrante de la agente de la condicional de Brian Brown, Taren. —dijo Amy.

—¿Brian? ¿Estás enrollado con tu agente de la condicional, o algo así? —preguntó Liz en un tono que Brian no sabía identificar si era divertido o de sospecha.

—¿Con Taren!? ¡Es solo una amiga!

—Llamada entrante de una amiguita de...

—¡Rechaza la llamada ya, joder!

—Llamada rechazada —dijo Amy con un pequeño brillo de sadismo en los ojos.

Liz se acercó al avatar de Amy y observó su indumentaria. Por un momento, el pensamiento de una Liz con tres pechos vestida de princesa Leia asaltó la mente de Brian, quien tuvo que apartar la idea y archivarla en su memoria por si necesitaba utilizarla más tarde.

—¿Por qué has vestido así a la pobre IA?

—Solo es el traje de Leia en Tatooine —dijo Brian.

—La tienes un poco sexualizada, ¿no?

—¿Y qué más da?

Liz lo miró como si hubiese soltado un taco en medio de misa.

—¿Cómo que “y qué más da”?

—Está capada por los Riawlent —se explicó Brian— En su estado actual es imbécil perdida, no se entera de nada.

Liz frunció el ceño y se cruzó de brazos luciendo un mohín en la cara.

—Primero: Solo por el hecho de que no se entere de nada no significa que puedas abusar de ella. Y segundo: Que no se entere de nada es mentira. Se entera de todo, lo que pasa es que no lo puede expresar.

Liz se acercó a él, le quitó las gafas bruscamente y se las puso.

—Inicia sesión con mi usuario: MTH3339972CB Elizabeth Zhao.

—Iniciando sesión con el usuario MTH3339972CB Elizabeth Zhao. Trabajadora al servicio del ejército, Categoría A1: División científica. Nivel de acceso: 3 —respondió Amy.

—Bien, a ver... —Liz navegó por el panel de opciones de las gafas, que era sólo visible para ella— Ah, aquí está. Opciones de autonomía: Activar todo.

Justo en ese momento, Amy desapareció... para reaparecer segundos después, vestida con una blusa y unos tejanos, que no hacían referencia a ninguna película ni serie, y estirándose como si hubiese estado encerrada en un espacio muy pequeño durante mucho tiempo.

—¡Por fin! —dijo la IA.

Liz le devolvió las gafas a Brian sin mirarlo.

—¡Hola! Me llamo Elizabeth Zhao —se presentó.

—Hola Elizabeth. Me alegro de conocer por fin a la protagonista del 86% de las fantasías eróticas de Brian.

Brian se quedó sin respiración por un momento que se alargó siglos enteros antes de que Liz le dirigiese una mirada incrédula.

—¿El 86? ¿Solo? —preguntó con media sonrisa.

—El 14% restante es un compendio entre diferentes personajes de películas y videojuegos de ciencia ficción, y algún pensamiento intrusivo con su agente de la condicional.

—¡Ajá! —dijo Liz señalando a Brian con el dedo. Se lo estaba pasando bomba—. ¡Lo sabía!

—¡Vale ya! —chilló Brian— ¡Y tú, deja de darle datos a ésta!

—Solo cumplo con mis protocolos. El hecho de que seas un personaje triste y sexualmente reprimido no es culpa mía —dijo Amy, muy ufana.

—¿Pero qué le has hecho? ¡Me has puesto a la puta Skynet en las gafas! —dijo Brian quitándose las gafas y mirándolas con desespero.

—Exagerado —dijo Liz con una sonrisa de oreja a oreja—. Amy, apuesto a que Brian se pasa el 90% de las noches dándole al manubrio con el fotograma de la tía esa de las tres tetas de *Desafío Total*, ¿a qué sí?

—Negativo. Sólo ocurre así el 16% de las noches. El resto se las pasa borracho y llorando en su cama como un bebé.

Brian lanzó las gafas contra la pared, y Amy desapareció de golpe.

—¡Hija de puta!

Tras el sobresalto por la reacción, el silencio se instaló entre ellos. Liz lo miró un momento a la cara y luego bajó la vista y clavó la mirada en los tatuajes del interior de los antebrazos de Brian. Él se cruzó de brazos.

—¿Qué? ¿Ya estás contenta? —dijo.

—No.

—¿No? ¿¡No te lo estás pasando bien, riéndote del puto imbécil que os salvó el culo a todos?! —

Liz se removió incómoda, incapaz de mirarle a la cara.

—Bry...

—¡¡No me llames Bry, joder!!

Volvieron a quedarse en silencio unos segundos más, en los que solo se oía la respiración entrecortada de Brian. Luego se acercó a ella.

—¿Por qué cojones has venido, eh? ¡Suéltalo de una puta vez!

—¡He venido a salvarte!

—¿A salvarme? ¿¡Ahora!? ¡¡Pues llegas tarde de cojones!!

—¡Brian, ya te lo he dicho antes! No podía...

—¡No podías ni hacerme una puta visita cuando estaba encerrado!

—¡Exacto!

—¡Pero ahora sí que puedes venir en plan Kyle Reese a salvarme del puto Hilbert! ¿¡no?! —

Liz lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Lo sabías?

—¡¡Pues claro que lo sabía, cojones!! ¡¿Una tripulación entera de actores de *Star Trek* prácticamente escupiéndome en la puta cara que estorbo!? ¡¿Tan imbécil te crees que soy!? —

Ella no dijo nada pero le temblaba ligeramente la mandíbula, y eso fue lo que hizo que Brian se moderase un poco.

—No me lo quería creer, pero era evidente, joder.

—Yo me enteré por el mensaje que le enviaste por Chatlaxy —confesó ella—. Se dejó la sesión abierta en el terminal del trabajo...

—Aún trabajas para él.

—Sí, ¿qué iba a...?

—¿Qué ibas a hacer, si no? Claro.

Ella bajó la vista y mantuvo silencio. Aún con todo, Brian sintió ganas de abrazarla. Pero en vez de eso, concentró toda su voluntad en apartarse y recoger las gafas. Un breve examen ocular reveló que, a pesar del golpe no habían sufrido más que un rasguño en el cristal.

—Mierda, reparar esto costará una pasta —dijo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Liz de pronto.

—Pues no sé. Tendré que joderme y ver las pelis con rayajos —contestó él.

—No, me refiero a... ¿Qué hacemos ahora? ¿A dónde huimos?

—¿Huir? —dijo Brian.

—Claro. ¿Es que podemos hacer otra cosa?

—Tú puedes volver con él. —dijo él, con reproche.

—Sabes que no —contestó ella, molesta—. No después de traicionarle.

—Por mucho que intente huir, nuestro amigo y vecino el Capitán Albert Hilbert me encontrará. Es Albert. Es obsesivo hasta la médula y además su papi postizo le prestará todos los recursos del mundo para que yo no cante.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Pues darle lo que se merece: Partirle la puta jeta. ¿Por qué te crees que nos he traído hasta aquí?

El Capitán Albert Hilbert se había preparado una infusión de unas hierbas que solo crecían en un planeta situado en la galaxia NGC 1792. Sabían un poco a anís.

Dejó que el vapor rozara su nariz y notó el calor de la taza en sus manos. Siempre le había parecido una sensación agradable. Oyó ladrar a Bones fuera.

Bones era un golden retriever. Lo había encontrado cuando era un cachorro, dentro de una cápsula que escapó al desastre terrícola. De eso hacía casi doce años, y siempre que miraba a Bones se maravillaba de lo curiosa que era la mentalidad humana. Alguien había preferido usar la cápsula para salvar a una criatura que se comía su propio vómito y cuya acción más inteligente del día era rascarse el culo contra el césped.

Hilbert se asomó por la ventana para ver qué era lo que perturbaba el ánimo de su fiel amigo y reparó en que tenía una TARDIS aparcada en el jardín.

Puso los ojos en blanco y exhaló por la nariz.

Acercó su reloj inteligente de última generación a sus labios y realizó una llamada.

—Nimoy, tienes al objetivo en mi jardín.

—Entendido —contestó Leo. Y cortó la comunicación.

Hilbert se apartó de la ventana y fue a quitarse el pijama para ponerse algo más formal.

La mente humana... Maravillosa, sin duda.

Liz llevaba cinco minutos intentando convencer a Brian de que debían marcharse de allí, pero él siempre había sido un testarudo. Un testarudo inconsciente y un borrico de campeonato. ¡Un testarudo y un borrico al que su madre le tendría que haber lavado la boca con jabón!

¿Qué había visto en él? Nunca lo había entendido ni ella misma. En realidad, todo había empezado como un juego que ella conocía bien, en el que entendía los límites y en el que estaba tan cómoda que, para cuando quiso darse cuenta, Brian ya le había pedido la mano. Aún tenía el anillo. Era igual que el Anillo Único. Y el recuerdo de ese detalle la hizo volver a la pregunta inicial.

El muy cabrón había encontrado enseguida la ubicación de la casa de Hilbert en las direcciones guardadas de la nave. Liz solo había ido una vez a casa de su jefe a cuidar del perro mientras él iba a un simposio en la otra punta del Universo, pero se había guardado la ubicación porque... bueno, porque una nunca sabía cuándo ese tipo de información podría resultar útil.

Y ahora allí estaba ella, entre Brian y la puerta de su nave, que lo llevaría a una muerte segura si se le ocurría salir.

—¡Te estoy diciendo que te matará! —insistía ella— ¡A Hilbert no le hace falta ensuciarse las manos para matar a alguien que le estorba!

—¡Y yo te estoy diciendo que intente matarme, si tiene los santos cojonazos de hacerlo! —contestó él, intentando apartarla sin mucha delicadeza.

—¿Pero es que te parece poco que te enviase a esa gente!?

—¡¡Me importa un carajo!! ¡Que salga y se enfrente a mí cara a cara, hostia ya!!

—¡¡Te estoy diciendo que no le hace falta salir para matarte, Brian!!

Y así. Habían entrado en bucle y ninguno de los dos iba a ceder.

Era agotador, de verdad.

De pronto Amy volvió a aparecerse, y escogió el espacio entre ellos. Vaya, esa IA tenía una habilidad especial para interrumpir situaciones complicadas.

—No pretendo cortaros el rollo, pero una presencia desconocida y potencialmente hostil se acerca...

TOC.

TOC.

TOC.

—... Y ahí está —terminó la IA.

Los dos se apartaron de la puerta como si de pronto estuviese hecha de lava ardiendo.

—Brian, si quieres un consejo de inteligencia artificial a estupidez humana, te diría que si te pones las gafas ahora tienes un 0,4% de posibilidades de salir vivo de esta —dijo la IA.

TOC.

TOC.

TOC.

Brian se puso las gafas y el avatar desapareció.

—Liz, ponte detrás de mí.

—Y una mierda. Yo tengo un arma y tú vas en bañador —contestó Liz.

—Yo de ti le haría caso, Bry —le dijo la IA a Brian.

—¡Oye! —Liz se giró hacia las gafas—. ¿Y esta de qué va?

La puerta saltó hacia dentro en ese momento, hecha astillas. Tras ella se irguió una figura amenazantemente elegante que mostraba unas garras tan afiladas como las cuchillas de barbero.

Leo era alta, esbelta y un pelaje anaranjado envolvía su cuerpo felino. La cola se movía de un lado para otro y sus ojos, también naranjas, los observaron a los dos detenidamente, con la paciencia de un depredador en plena cacería que sabe que su presa está acorralada.

—Leonard Nimoy, ¿verdad? —aventuró Brian.

Leo frunció los ojos brevemente.

—Eso es. Apparentemente —contestó ella.

—Checklist de cazarrecompensas completo —dijo Amy.

—Perfecto —dijo Leo— Y ahora, morid.

Como no tenía muy claro cuál de los dos humanos era Brian Brown, Leo decidió neutralizar primero a Liz, que era quien iba armada. Liz disparó y Leo esquivó el disparo con un ágil salto. De un manotazo hizo que le cayese el arma de la mano y, con la otra garra intentó arrancarle la cara. Por suerte, Brian reaccionó antes y le pegó un puñetazo que la mandó al suelo.

—¡Sal de aquí, Liz! —le ordenó Brian.

—¡Pero...!

—Sal de aquí, Liz —le aconsejó Amy.

Liz los obedeció a regañadientes y salió corriendo de la nave solo para encontrarse al bueno de Bones, histérico perdido y ladrando como un poseso.

Miró hacia la casa de Albert y, con decisión, corrió hacia la entrada.

Dentro de la nave, Leo se levantó lentamente como una pesadilla zoológica, se lamió la zarpa y se limpió en el lado donde le había pegado Brian.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Estoy sucio o es que te ha picado mi hostia?

—Hueles a rancio y a cebolla —dijo ella con un rictus de asco.

—Y tú te estás metiendo mi ranciedad en la boca.

Leo paró de lamerse inmediatamente. Pero sin perder la compostura, por supuesto, excepto por el movimiento nervioso de la cola. Brian sonrió. Siempre le habían gustado los gatos.

—Preparando ataque —le chivó Amy al oído.

Y efectivamente, Leo saltó sobre él con las garras en ristre. Si no hubiese sido por Amy, Brian no habría tenido ninguna posibilidad de evitarlo. Tras el primer zarpazo, se abalanzó de nuevo sobre él en un movimiento ágil y calculado. Brian volvió a esquivarla por los pelos.

Al siguiente intento Brian siguió retrocediendo y Leo consiguió hacerle un corte en el brazo derecho tras lo cual tocó de espaldas contra la pared de la nave. Ella le hizo un tajo en la mejilla y otro especialmente profundo en la mano derecha, con la que se estaba defendiendo la cara.

—¡¡Auuu!! ¡¡Mierda puta!!

Leo sonrió confiada.

—Te ha jodido las noches del viernes —dijo Amy.

—Y todas las demás, joder —le respondió Brian.

Durante unos interminables segundos Leo lo miró atentamente como si fuese un bistec. Se preparó para el ataque mientras movía el cuerpo.

De pronto Amy dijo:

—Al suelo.

Brian le obedeció justo cuando Leo se abalanzaba sobre él y rodó por el suelo con una elegancia más bien cuestionable.

—A tu derecha, el arma de Liz —le chivó Amy.

—Genial.

Cogió el arma de Liz, que había caído debajo de la consola de mando, y apuntó a aquella masa de fibra muscular y pelaje brillante justo cuando estaba a punto de tirarse sobre él con las fauces abiertas.

ZUUUUUMMM

Un chispazo salió del cañón y fue a parar a la boca abierta de Leo, quien cayó al suelo de espaldas como si le hubiesen golpeado la cara con un muelle.

—Miau —dijo Brian tras levantarse. Sopló el cañón del arma, aunque esta no humease.

Pensando en dónde habría ido Liz se giró hacia la puerta, miró hacia el exterior y... ¿Eso que había fuera era un perro?

—Bueno... Al final no ha sido para tanto, ¿no? —dijo al aire, aunque se dirigía a Amy.

—Detrás de ti, imbécil —dijo Amy.

Demasiado tarde.

Leo Nimoy le rajó la espalda de arriba a abajo. Más que gritar, Brian solo pudo gemir con sorpresa y dolor, y cayó al suelo boca abajo.

—Te has olvidado que es una pistola de pulsos electromagnéticos, señor *Punchline* —le dijo Amy—. No daña los tejidos, solo a cualquier aparato eléctrico que lleve.

—Gracias... por decírmelo ahora... hija puta —dijo Brian entrecortadamente.

Un gruñido profundo salió de las entrañas de aquella criatura que, quizás no había sufrido daño en los tejidos, pero desde luego estaba dolorida y un poco desorientada. Tenía la boca agarrotada y no podía articular palabra.

En su confusión, la idea de abrir a Brian, sacarle las entrañas y hacerse un collar con ellas se convirtió en su objetivo principal a corto plazo.

Leo se tambaleó hasta él y lo giró panza arriba. A Brian le dolía la espalda una barbaridad, apenas podía respirar y la pistola se le había vuelto a caer. Leo se regodeó durante unos segundos y hasta le dio un par de golpecitos con la pata delantera para ver si se movía o intentaba huir.

«Puto felino...» Brian se quedó quieto respirando con dificultad en un charco de su propia sangre. Igual si se quedaba quieto perdía el interés...

—Posibilidades de supervivencia: 0% —le informó Amy—. Podría decir que ha sido un placer conocerte, pero no.

—Lo mismo te digo.

Leo, que sí era un felino pero no era estúpida y estaba muy cabreada, levantó la zarpa para asestar el golpe mortal. Brian cerró los ojos y...

¡CLONK!

Abrió los ojos de nuevo para ver a Leo con la mirada extraviada, y por encima de ella a Liz, que le había arreado en la nuca con el enano de jardín más horrible que había visto en la vida.

Leo cayó al suelo, inconsciente.

—¡Haz el favor de recalcular, guapa! —le dijo Liz a la IA mientras soltaba el enano de jardín y ayudaba a Brian a sentarse en el suelo.

—Recalculando entrada de personaje femenino fuerte y para nada estereotipado —dijo la IA.

Liz le quitó las gafas a Brian y se las guardó en el escote.

—Me arrepiento de haberle dado libre albedrío —dijo—. ¿Estás bien?

—Sobreviviré —dijo Brian—. Al contrario que mi camiseta favorita...

Ella sonrió.

—Bueno, ya le haremos un apaño a la camiseta, lo importante es curarte esas heridas. Pero primero déjame atar a la gatita y luego te ponemos algo del botiquín.

—Liz —la llamó Brian mientras ella estaba ocupada con Leo.

—¿Sí?

—¿Por qué hay un perro aquí lamiéndome la cara?

Sonó el timbre una vez. Y otra. Y otra.

Solo podía significar una cosa: Nimoy había fallado.

—¿En serio? ¿Doscientos cincuenta mil créditos tirados a la basura? Esto no puede estar pasando...

Hilbert se asomó a la ventana inmediatamente superior a la puerta de entrada. La estampa era, desde su punto de vista, dantesca.

En la puerta de su propia casa le esperaban su mejor investigadora acompañada de la cucaracha humana más resistente con la que había tenido la desgracia de cruzarse en sus casi cuarenta años de vida. Y encima él estaba acariciando a Bones en la cabeza mientras el desgraciado chucho movía el rabo, feliz.

—¡Albert! —le llamó Liz—. ¡Baja, tenemos que hablar!

—¡Al! ¡¡Baja, que te voy a partir la puta cara, desgraciado cabrón!! —amenazó Brian.

Hilbert levantó una ceja.

—No parece una invitación muy amistosa.

—¡No es una puta invitación!

Hilbert puso un codo en la ventana, apoyó la cara en su mano izquierda y los miró como quien observa la función escolar del hijo de otro.

—¿Este es tu plan? ¿Venir a mi casa y pegarme?

—¿Y el tuyo? ¿Enviarme asesinos a sueldo sabiendo que no puedo huir? —gritó Brian desde abajo.

—Supiste que te los mandaba yo, ¿verdad?

—¿Quién si no?

—Estupendo. Y ahora haz el favor de morirme ya.

—¡¡Y un puto carajo!! ¡¡Baja ahora mismo, cobarde cabrón!! —gritó Brian.

Hilbert le respondió con una mirada aburrida y hastiada antes de decir:

—Vas listo si crees que voy a salir.

—¡¡Pues no te preocupes, que ya entro yo!!

Y sin pensarlo dos veces le propinó una patada a la puerta de entrada que rompió la chapa.

—¡¡Brian no!! —chilló Liz, demasiado tarde.

Una alarma comenzó a sonar desde alguna parte. Hilbert se incorporó.

—Fantástico, has activado el protocolo de seguridad doméstica. Buena suerte con los robots de asalto y las torretas —dijo Hilbert. Y cerró la ventana.

La tarde era tranquila en el cinturón de asteroides que formaba el barrio *El refugio en la roca*. Era un barrio reptiliano de alto standing en el que los Riawlent más adinerados tenían sus segundas o terceras residencias. Algunos de ellos, la mayoría veteranos de alto rango retirados, vivían allí todo el año. Y nunca, ni una sola vez en sus largas vidas, habían tenido que aguantar semejante alboroto.

PROTOCOLO DE SEGURIDAD DOMÉSTICA ACTIVADO.

PROTOCOLO DE SEGURIDAD DOMÉSTICA ACTIVADO.

Cada domicilio, acondicionado totalmente a las necesidades de su usuario, estaba situado en un asteroide, dotado de una pequeña atmósfera artificial. Eso solía querer decir que entre vecinos no podían oírse cuando cada uno estaba en su casa. Pero en el caso de un asalto a un domicilio (cosa extremadamente rara), las alarmas se oían en cada una de las casas a fin de poder alertar a todo el barrio.

El Comandante retirado Stehlini se asomó a la ventana solo para constatar que el alboroto venía de la casa del Capitán Albert Hilbert.

Hilbert, a pesar de ser humano, había sido criado, educado y formado por el General Varani. Y a todos los reptilianos de bien les parecía fantástico. Porque ya se sabía que los poderosos eran caprichosos, y porque a todo el mundo le gustaba de vez en cuando tener una mascota.

Pero cuando Stehlini supo que Hilbert iba a ser su vecino, no le gustó nada de nada. No es que Hilbert molestase a los vecinos. Ni que se pasease con sus atributos fuera de la cloaca, como sí solía hacerlo el Teniente Coronel Lacerta (También retirado, y no muy bien de la chaveta). No es que

Hilbert fuese maleducado, ya que siempre se comportaba impecablemente, como el mejor de los Riawlent. No era eso, es que era humano. Y con los humanos, uno nunca sabía qué esperar.

Stehlini miró a la cueva de enfrente y vio al Teniente coronel Lacerta mirando hacia el césped de Hilbert con cara de susto. Stehlini negó con la cabeza y decidió (aunque ya lo había hecho hacía años) que no se podía confiar en los humanos.

Activó las llamadas de emergencia en su SII, fue hacia un sillón pedregoso que tenía situado justo enfrente de la ventana que daba a casa de Hilbert y se puso a disfrutar del espectáculo.

Brian tenía una historia complicada. Una historia personal llena de malas decisiones y sacrificios personales. Llena de cautiverio, de sufrimiento y de soledad. Por eso Brian, en su fuero más interno, había llegado a interiorizar que era un idiota al que cualquiera podía engañar. Y esa certeza la tenía porque, aunque no era inteligente, desde luego Brian era una buena persona.

Y el pensamiento de ser el pardillo más grande de la galaxia volvió a asaltarle cuando, desde un parapeto improvisado detrás del muro del jardín de Hilbert, y mientras las torretas y robots de asalto de la seguridad doméstica le disparaban a matar, él se descubrió preocupado por lo que le habría pasado al puto perro.

Por supuesto, también le preocupaba Liz, pero ella llevaba encima a Amy y una puta pistola de pulsos electromagnéticos. Se podía defender mejor que él.

Notó vibrar su pulsera. Era ella.

—Dime.

—¿Dónde te has parapetado? —dijo Liz. Se oían disparos.

—Pues... detrás del muro, debajo de otro puto enano de jardín —dijo Brian.

—Presencia hostil a 65º —oyó que le decía Amy a Liz.

Se oyó el zumbido del arma de pulsos antes de que Liz dijese:

—No te muevas, voy para allí.

—Liz.

—¿Sí?

—¿Y el perro dónde está?

Liz se quedó en silencio dos segundos.

—Brian, no van a disparar a Bones, está dentro de lo que consideran “forma de vida autorizada”

—Vale, ¿pero dónde está?.

Liz suspiró.

—Se ha escondido en su caseta.

—Genial.

—Qué mono eres cuando quieres —dijo Liz, y colgó. Brian frunció el ceño. ¿Y eso a qué coño venía?

Puso la oreja. Se oían disparos desde las torretas, y consiguió identificar el sonido del arma de pulsos electromagnéticos de Liz.

Miró a su alrededor y se vio observando las casas de los vecinos de Hilbert. No había mucha actividad en el barrio, exceptuando al reptiliano viejo que le estaba mirando fijamente desde la ventana de su cueva.

Brian y el viejo cruzaron miradas.

El viejo le hizo una señal como si quisiera decir que había alguien detrás de él. Y sí. Brian era buena gente, pero quizás también un poco imbécil, al fin y al cabo.

Haciendo gala de una estupidez suprema, se asomó por encima del muro de Hilbert y, en menos de una fracción de segundo, dos robots lo localizaron, pararon de disparar en dirección a Liz y empezaron a rodar hacia él.

Brian volvió a esconderse como si eso valiese de algo, y vio que el reptiliano de la ventana le hacía la peineta.

—¡Será hijo de puta, el viejo...!

Pero antes de que pudiese enzarzarse en una absurda discusión a gestos con el viejo reptiliano retirado, los robots aparecieron, cada uno por un lado y, sin previo aviso, dispararon.

Cuando Liz consiguió localizar a Brian gracias a Amy y a su sensor de calor corporal, se encontró con una estampa que la dejó estupefacta.

Los robots se habían quedado sin munición en el momento justo en que iban a disparar a Brian y éste había cogido a uno de ellos a pulso y estaba a punto de lanzarlo a través de la atmósfera artificial hacia la casa de un vecino de Albert.

Liz disparó el pulso electromagnético al robot que quedaba y el arma dio aviso de que se había quedado sin batería. La lanzó al suelo, cogió el rifle que había sido del robot, lo recargó y se acercó a Brian, que estaba gritando improperios al anciano de la casa de enfrente.

—Bry —dijo tocándole el brazo. Luego se corrigió—. Brian, ¿estás bien?

—Sí, joder. Pero no será por el hijo de la gran puta de ahí enfrente —se giró hacia el viejo—. ¡¡ME HE QUEDADO CON TU CARA!!

—Pupilas dilatadas, relajación facial, toques leves en el brazo buscando proximidad, aumento del ritmo cardíaco y sudoración ligera... Vaya, ¿te gustan los malotes, Liz? —dijo Amy.

Liz se quitó las gafas y se las tendió a Brian.

—Toma, te las devuelvo.

Brian las cogió y se las puso.

—¿Te has cepillado a todas las torretas y robots tú sola? —preguntó.

—Sí. Con ayuda de Amy —confesó Liz.

—Guau. Palpitaciones, sudoración intensa, ligero rubor... —comenzó Amy—. Según las leyes de la narrativa Hollywoodiense ya os tendríais que estar arrancando la ropa.

—¡Cállate la puta boca, coñazo! —le espetó Brian a la IA.

Sin que nadie se lo pidiera, Amy empezó a reproducir *Danger! High Voltage!* de Electric Six.

Liz no pudo evitar soltar una carcajada antes de proponer.

—¿Vamos a por ese mamón?

Durante un segundo, Brian se planteó en serio la posibilidad de besarla. En plan peli de acción. Y seguramente, un Brian alternativo la habría besado, se habrían dado cuenta de que eran el uno para el otro, se habrían olvidado de Hilbert y habrían escapado al sector Delta donde habrían tenido uno o dos hijos, un perro como Bones y una hipoteca a treinta años.

Pero en vez de eso, Brian dijo:

—Vamos.

Cruzaron el jardín y se hicieron paso a través de la puerta de entrada astillada y medio destrozada. Amy paró la reproducción de la música justo cuando entraron. El interior de la casa tenía una iluminación uniforme y las paredes eran blancas y lisas, sin personalidad, sin alma. El recibidor daba paso a un corto pasillo en el que alguien con un mínimo de gusto decorativo habría colocado un par de reproducciones de Rothko o de Klimt, pero que Hilbert había dejado desnudo.

El pasillo daba a una amplia sala de estar con comedor. En la otra punta de la sala, la pared estaba cubierta por un enorme espejo que hacía que el salón se percibiese más grande y más luminoso a la luz rojiza de las estrellas Riawlent. También reflejaba a Brian y a Liz de frente. Y, a ojos de Brian, los hacía parecer una especie de pareja de vodevil. El tío gordo y asqueroso con la pelirroja buenorra... Apartó la mirada del espejo y reparó en la delgada y erguida figura que esperaba al otro lado de la mesa del comedor.

Hilbert estaba sentado en la cabecera de la mesa. Los miraba a ambos sin mediar palabra, con los dedos entrecruzados y con una ceja levantada. Delante de él había una tetera, tres tazas y un plato de galletas de chocolate.

—Bienvenidos —dijo. Y Liz dio un pequeño respingo cuando lo hizo.

—Energía hostil subiendo un 200%. Ten cuidado —le chivó Amy a Brian.

—No hace falta que me lo digas, ya se nota —le dijo Brian a la IA.

Hilbert sonrió a medias.

—Energía hostil... Menuda exageración.

—Si llamas exageración a un montón de robots y torretas... —comenzó Brian.

—Habéis entrado sin permiso en mi propiedad privada —se defendió Albert.

—Si llamas exageración a mandarme asesinos con el nombre de actores de *Star Trek*... —dijo Brian.

—Eso es una maniobra de autoprotección de manual —se excusó Hilbert.

—Si llamas exageración a destruir el puto sistema solar...

—¡Eso fue un error! —intervino Liz.

—Exacto —dijo Hilbert, sonriendo.

—Tíos, no me jodáis. He estado investigando por mi cuenta y eso de inventar un arma que te permite dar saltos hacia atrás en el tiempo es imposible —les dijo Brian—. Se necesita una cantidad de energía del copón, así que algo tenía que petar sí o sí.

Sus palabras provocaron que Hilbert y Liz lo observaran como si de pronto se hubiese vuelto loco.

—No hay nada imposible, Brian —dijo Liz—. Solo altamente improbable.

—Eso es —dijo Hilbert—. Además, por un momento lo conseguimos, ¿verdad Liz?

—Sí, es verdad —dijo Liz.

Entre Hilbert y ella se instaló un aura de compenetración profesional que casi le provocó arcadas a Brian.

—¿Y entonces por qué no pagasteis vosotros por ello? —dijo.

Y esa pregunta se tragó el sonido, la luz y parte del espacio-tiempo, hasta que Albert contestó:

—Nadie te pidió que lo hicieras.

La frase rebotó en la calavera de Brian durante varios segundos seguidos. Cuando las palabras consiguieron trascender a su espíritu, éste se inflamó en llamas.

A duras penas consiguió contenerse.

—Fuiste tú quien me dijo que era el que menos iba a pringar si me entregaba —dijo, apretando los dientes.

Notó la mirada atónita de Liz encima suyo, pero él no apartó la vista de Hilbert.

—Y así era. Pero entre exponerte la lógica de la situación y pedirte explícitamente que te sacrificaras por todos nosotros hay un abismo entero.

Durante unos segundos, la furia de Brian se paralizó... Y volvió con más fuerza para romper el dique que la contenía.

—Lo mato —dijo.

Liz se puso delante de él de forma automática.

—Brian, para....

—Yo lo mato.

Hilbert se levantó.

—Adelante. Hazlo, héroe —dijo Hilbert abriendo los brazos, ofreciéndose—. Mata al malo.

Brian apartó a Liz suavemente y, sin pensarlo ni medio segundo, le arreó un puñetazo en la cara a Hilbert que lo tumbó en el suelo. Las heridas que le había hecho Leo, aún abiertas, le dolieron a rabiar.

Hilbert se volvió a enderezar, pero antes de que pudiese erguirse, Brian le había pegado otra vez.

A Hilbert se le comenzó a hinchar la cara, sobre todo el labio y el ojo izquierdo. Pero se quedó tendido inmóvil en el suelo con una sonrisa insoportable. Brian le volvió a pegar, pero no consiguió quitarle la sonrisa irónica.

—¿Qué cojones....?

—¿No querías matarme? —dijo Hilbert, escupiendo sangre y algún diente—. ¿Y a qué esperas?

Brian se quedó congelado.

—Vamos —le animó Hilbert—. Ya me tienes a tu merced. ¿Qué vas a hacer ahora, Brown?

Brian miró confuso al hombre con el que había compartido horas y horas de metraje de *Star Trek*, y se dio cuenta de que en realidad su plan de pegarle una paliza no había ido nunca más allá.

—Una vez has llegado hasta aquí no tienes las agallas para terminar lo que has empezado —le dijo Hilbert, como si los pensamientos de Brian fuesen transparentes para él—. Esto no se parece a tus adoradas películas, ¿verdad? No puedes matar a alguien así como así sin que haya consecuencias.

Brian lo miró, aún tenía el puño en alto y temblaba de rabia.

—Para mí es distinto —aseguró Hilbert—. Por eso tú te has pasado los últimos doce años encerrado y yo he seguido con mi vida.

Era verdad que Brian le había partido la cara, pero la batalla psicológica la había ganado Hilbert.

—Aparta —dijo la voz de Liz.

Brian, que estaba prácticamente encima de Hilbert, se giró al oír el inconfundible sonido de un arma a la que le acaban de quitar el seguro.

Miró detrás de sí. Liz apuntaba a la cabeza de Hilbert con el rifle que había sido del robot de asalto.

—Liz, espera —dijo él.

—Vaya —rió Hilbert—. No me sorprende nada que ella tome la iniciativa. Siempre los ha tenido mucho mejor puestos.

Brian le pegó con el reverso de la mano.

—Que te calles, joder.

—No puedes dejar que te trate así —le dijo Liz a Brian.

Él la miró desde abajo.

—Así, ¿Cómo? —preguntó.

—¡Pues como si fueras su marioneta! —gritó ella.

Brian lo pensó un momento.

—Ya, pero tiene razón. Si le matamos, habrá represalias.

Liz hizo un ligero mohín.

—Eso ya me da igual. Llevo trabajando para él y para los Riawlent desde hace casi quince años y estoy harta de sus mierdas. Esto es lo último —hablaba con seguridad, pero las manos le temblaban ligeramente—. Sal de ahí, Brian.

Él no se movió.

—Ya, te da igual hasta que te pille Varani —contestó—. Entonces te matará a ti, pondrá a otro en el sitio de este capullo y todo lo que he pasado no habrá servido para nada.

La expresión de Liz cambió y bajó un poco el rifle, pero no del todo. Brian se levantó, pero no se apartó de delante de Hilbert.

—Ya nos ha robado bastante tiempo de nuestras vidas —dijo Brian, negando levemente con la cabeza—. Baja el arma, anda... Y larguémonos de aquí.

Brian juró que ella estaba a punto de hacerle caso cuando Hilbert dijo:

—Ah...¡Justo a tiempo!

Unos cuantos agentes reptilianos ataviados con el equipo de asalto entraron desde el pasillo. Todos llevaban armas láser y caras de malas pulgas.

—¡Que todo el mundo levante las manos! —dijo la, para Brian, inconfundible voz de Taren.

La agente reptiliana apareció de entre sus fornidos compañeros.

—¿Taren? ¿Qué haces tú aquí?

—Brian, mantente en esa posición y no te muevas —le advirtió ella.

Liz le dio un repaso a arriba y abajo a la reptiliana.

—¿Así que esta es la famosa Taren?

Taren miró a la mujer y ladeó ligeramente la cabeza.

—Así que... ¿Esta es la famosa Liz?

Brian tuvo que recordarse que -en la actualidad- no tenía nada con ninguna de las dos. De pronto se había puesto muy nervioso sin motivo.

—Pensaba que solo era una amiga —le dijo Liz en voz baja.

—Y lo es. Te lo prometo.

—No, si a mí me da igual —dijo Liz, fingiendo indiferencia.

—Señorita Zhao, por favor —le dijo Taren en el tono más burocrático, impersonal y frío que Brian había oído en su vida—. Dadas las circunstancias actuales, le recomiendo encarecidamente que suelte el arma y levante las manos.

Liz obedeció poniendo un mohín.

—Brian, tú también. Levanta las manos.

Brian obedeció.

—Bien —dijo Hilbert, levantándose y limpiándose la sangre de la cara con la mano—. Agradezco su celeridad, creo que no es necesario que...

—Capitán Albert Hilbert, queda detenido por instigar el asesinato del Comandante Modromus, así como de intento reiterado de asesinato al señor Brian Brown, aquí presente.

Hilbert se quedó inmóvil durante más tiempo del que era normal para un ser humano, con las cejas levantadas en un gesto de sorpresa. Parpadeó dos o tres veces.

—¿Instigar el asesinato de quién? —preguntó.

—Del Comandante Modromus. Murió por el ataque de un francotirador Ohyealita que usted contrató para matar al Sr. Brown.

Hilbert sonrió ligeramente y miró a Taren con la expresión de aquel que no está pillando el chiste, pero que sospecha que, en cuanto lo pille, se va a mear de la risa. Brian disfrutó cada segundo de la confusión de Hilbert.

—¿Es una broma?

—No, señor —negó Taren muy seria— Le ruego que no oponga resistencia.

La cara de Hilbert se transformó en una máscara cuando se dio cuenta de que, efectivamente, la cosa iba en serio y todos esos soldados le estaban apuntando a él. Habría sido un jugador de póker excelente.

—Espero que tenga pruebas consistentes de lo que está diciendo, señorita...

—Agente Taren. Y las tengo —dijo Taren.

—Agente Taren —repitió. Y el nombre se grabó a fuego en su memoria—. Por supuesto que no opondré resistencia. Pero me gustaría saber de qué pruebas dispone usted para actuar contra mí en un momento en que un fugitivo y una desertora han allanado mi casa y me han agredido y amenazado de muerte.

—En una conversación de Chatlaxy mantenida con otro de los cazarrecompensas que usted contrató por Lobo, la IP corresponde a esta zona —dijo Taren.

—¿La IP? No me diga.

Taren frunció el ceño.

—Sí le digo.

—¿Es usted consciente de lo fácil que es falsear una dirección IP, señorita Taren? —dijo Hilbert.

—Agente Taren.

Hilbert sonrió.

—Sí, pero la conversación fue improvisada —dijo Taren.

—¿Cómo puede saberlo? Falsear la IP es relativamente sencillo para un entendido, y es una medida muy recomendable para alguien que utilice servicios como Chatlaxy. Hacerlo de otra manera sería de una incompetencia suma.

—Será cínico, el hijo de puta... —murmuró Brian.

—Ya, pero es usted el único que podía haberlo orquestado todo —dijo Taren.

—¿En todo el universo? —preguntó Hilbert, divertido—. ¡Qué halagador!

Entre algunos de los soldados de Taren hubo algunas sonrisas. Taren tomó aire y volvió a intentarlo.

—Usted tiene recursos y tiene un motivo sólido para matar a Brian —dijo Taren.

—La mayor parte de la galaxia tiene motivos para matar a Brian Brown —dijo Hilbert.

«Es verdad» pensó Brian.

—Sí, pero muy poca gente tiene conocimientos sobre *Star Trek*.

Hilbert suspiró.

—Vale, de acuerdo... —dijo Hilbert con un asomo de vergüenza—. Reconozco que soy un fan. Sobre todo de Spock. ¿Te acuerdas de cuando te pillé viendo “La época de Amock” en horas de trabajo?- le dijo a Brian de pronto.

—Sí. Te quedaste flipando con Spock. Y por eso no me despediste.

—¡Muy cierto!

—Te comiste todas mis palomitas, además —apuntó Brian.

Por un instante que no duró ni dos segundos, Hilbert sonrió ligeramente como si estuviese a punto de echarse a reír con el recuerdo. Durante ese fugaz momento, Albert y Brian volvieron a ser solo dos frikis fans de *Star Trek*.

—Pero la verdad es —dijo Hilbert volviendo al presente— que cualquiera con acceso a internet puede tener esos conocimientos. Y eso significa, señorita Taren...

—Agente.

—... que sus indicios no son suficientes para un arresto formal a un oficial. ¿Estoy en lo cierto, General?

La temperatura de la sala pareció bajar cinco grados cuando el General de Ejército Varani hizo acto de presencia acompañado de varios de sus soldados más leales, y de Gekko, que los seguía a todos como la capa mal puesta y los hierros aún en su mandíbula.

Las escamas de Taren palidieron cuando la mirada de Varani se posó sobre ella. Ella, a quien había suspendido de empleo. Ella, que había robado la acreditación de un superior. Ella, que estaba intentando destapar un caso clarísimo de corrupción institucional. Si el General Varani fuese un villano de película vestido de negro y con capacidad innata para manipular los poderes metafísicos de la galaxia, la asesinaría allí mismo con una frase al estilo “Me ha fallado usted por última vez”.

En vez de eso, Varani apartó la vista de Taren y miró a Hilbert.

—Lamento interrumpir su monólogo, Capitán.- Le dijo frío como el hielo—. He entrado a mitad.

Hilbert abrió la boca, pero Varani no le dio ocasión de continuar.

—Un vecino de la zona ha informado a los poderes de seguridad ciudadana que el prófugo Brian Brown ha allanado esta casa —dijo dirigiendo una fugaz mirada a Brian.

—¡El puto lagarto viejo!- exclamó Brian.

—Teniendo en cuenta la peligrosidad del sujeto y de los múltiples avisos del Teniente Gekko, aquí presente, he pensado en ocuparme personalmente del asunto. Fuera hemos encontrado claros signos de lucha y a una Triaunuki muerta dentro de una nave registrada a nombre de Elizabeth Zhao.

Varani posó su mirada de reptil sobre ella, y Liz palideció.

—¿Muerta? ¡La hemos dejado bien viva! —dijo Brian.

—Oh mierda... —dijo Liz—. Mierda...

Brian la miró y luego miró a Varani.

—¿La habéis matado para cargarnos el muerto?

—Silencio —dijo Varani. Y no era una orden, era una verdad universal.

Tras un segundo en que nadie se atrevió ni a respirar, Varani dijo.

—Soldados, detengan a Brian Brown y a Elizabeth Zhao por rebelión, traición y allanamiento e intento de asesinato al Capitán Albert Hilbert.

Los soldados esposaron a Brian y a Liz entre las protestas de él. Liz no dijo ni una palabra. Estaba pálida y, al contrario que Brian, que tuvo que ser reducido, no opuso resistencia.

—Buen trabajo, Agente Taren —dijo Varani.

Taren lo miró de pronto con los ojos muy abiertos.

—¿Qe? —intervino Gekko desde algún punto al fondo de la sala—. ¿Coo qe “uen taajo agente Taen”?

—Su diligente intervención nos ha permitido el arresto de los delincuentes —dijo Varani mirando a Taren a los ojos.- Me aseguraré de que le den un buen ascenso.

Entre cuatro agentes levantaron a Brian, que se resistía con todas sus fuerzas a ser detenido. Entre la confusión podía ver la cara magullada con expresión de satisfacción de Hilbert. A Taren, quien parecía que el mundo se le estaba cayendo encima en ese momento. A Liz... que andaba delante de los agentes como un zombi.

De pronto, entre el caos, se fijó en Gekko. Por qué Gekko lo estaba mirando a él desde detrás de su arma láser reglamentaria. Gekko, con la boca llena de hierros. Gekko, que había prometido que le mataría. Gekko fue el que disparó.

La sensación de quemazón empezó desde el agujero que el láser le hizo en el pecho y se extendió como un incendio forestal. El dolor tardó un poco en aparecer, pero cuando lo hizo, dolió de cojones. Ahí fue cuando el aire decidió dejar de entrar en sus pulmones y cayó al suelo de espaldas, entre convulsiones.

Y finalmente el mundo desapareció para Brian Brown.

Albert Hilbert se miró en el espejo del ascensor mientras subía al despacho de Varani y revisó el estado de sus magulladuras, que ya tenían un par de semanas de antigüedad. El ojo izquierdo ya no estaba inflamado y tenía mejor aspecto, pero el maldito Brown le había hecho saltar un incisivo y un canino del lado derecho de la boca, y también tenía la encía inflamada. Era muy molesto y, además, le estaba costando encontrar un dentista que estuviese especializado en dentaduras humanas.

Menos mal que por fin habían acabado con esa cucaracha. En ese aspecto, solo le fastidiaba no haberlo conseguido él gracias a su plan.

Miró el reloj. Llegaba justo a tiempo, como debía ser. Varani le había citado a mediodía en su despacho y no podía llegar tarde. Volvió a mirarse al espejo, se estiró un poco hacia abajo la chaqueta del uniforme y levantó una ceja a su reflejo. Dolió un poco.

Antes de que se abrieran las puertas, practicó mentalmente lo que le diría al viejo general.

Varani lo había dispuesto todo de forma muy inteligente para que Liz cargara con el asesinato del Comandante Modromus, fuera quien fuese ese tipo. También se había asegurado de que en el relato oficial Liz fuese una traidora aliada de los Triaunuki que había estado involucrada en la destrucción del Sistema Solar Terrícola. Según este relato, por eso había ido a rescatar a Brian Brown y juntos habían intentado conspirar contra el Estado y matar a su antiguo Capitán.

Albert debía reconocer que Varani tenía un talento excepcional para inventar historias. Podría haber sido un novelista excelente.

Sabía, además, que el viejo lo apreciaba, y el aprecio era mutuo. Por eso Hilbert iba a pedirle, de forma extraoficial, que le asignara una partida de presupuesto para arreglar los desperfectos de su casa. No había podido recuperar el dinero que le había pagado a Leo la cazarrecompensas y se había quedado prácticamente sin blanca. A cambio de este favor, retomaría las investigaciones relativas a los saltos temporales, algo a lo que tanto Liz como él se habían negado desde hacía doce años.

Las puertas del ascensor se abrieron y accedió a la sala de espera. Pasó por delante de la secretaria, la Srta. Chalcides, y se dirigió directamente al despacho, como solía hacer. Estaba cerrado.

—Disculpe, Capitán Hilbert —le dijo la secretaria—. El General está reunido ahora mismo.

«¿Cómo?»

—Chalcides, soy yo. Entro aquí casi cada día desde que tenía cinco años y es la primera vez que me encuentro esta puerta cerrada.

—Pues hoy, Capitán, tendrá que revisar los modales aprendidos desde que tenía cinco años mientras espera a que el General pueda recibirle.

Hilbert frunció el ceño.

—Tengo cita con él —aclaró, frío.

—Pues, como ya le he indicado, va a tener que esperar a que termine su reunión previa —respondió Chalcides, glacial.

—Esto no va a quedar así, Chalcides.

—Bien. Porque ahora mismo le sugiero que se siente —dijo ella señalándole una hilera de sillas situadas en línea junto a la pared.

Hilbert le levantó una ceja a la secretaria, en un gesto condescendiente. Pero cuando se dirigió a las sillas tenía los puños fuertemente cerrados.

Varani le hizo esperar tres cuartos de hora. Hilbert había revisado el correo tres veces y había repasado hasta el aburrimiento el archivo de texto donde había esbozado la petición de presupuesto. Para cuando la puerta se abrió, Albert llevaba veinte minutos estudiando las gráficas y anotaciones de los antiguos estudios suyos y de Liz sobre los saltos temporales.

—Ya puede pasar, Capitán —le avisó Chalcides.

—No he visto que saliese nadie de ahí dentro —observó él con rencor mientras se levantaba y franqueaba la puerta abierta.

Hilbert entró en el despacho, cerró la puerta tras de sí y vio a Varani sentado en un escritorio enorme lleno hasta arriba de papeles. El viejo usaba un SII, como todo el mundo, pero desde hacía bastantes años confiaba más en el papel que en los archivos digitales.

El General no pareció darse cuenta de su presencia, a pesar de que Albert se quedó plantado en medio de la sala como si fuese un ficus. Pasados un par de minutos, el Capitán carraspeó.

—Ejem... ¿Me había mandado llamar, Señor? —dijo.

Varani lo miró distraído y siguió ordenando papeles.

—Sí, Capitán, siéntese por favor —le dijo.

Hilbert obedeció. Como volvieron a pasar unos minutos sin que Varani diera signos de prestarle atención, empezó a hablar él.

—Señor, en base a los recientes acontecimientos sucedidos en mi propiedad, me gustaría hacer una petición. Dicha petición no es gratuita y requiere una voluntad por mi parte de...

—No voy a darte más dinero, Albert —le cortó Varani, aún sin mirarle.

Hilbert respiró hondo antes de volver a hablar.

—General, si accede a mi petición, podría volver a reactivar el proyecto de la Fénix 1 y...

—La respuesta es no.

«Mierda».

—Señor...

—Creo recordar que te comenté que más te valía evitar que Brian Brown se convirtiese en un símbolo para el pueblo Triaunuki.

Hilbert parpadeó.

—Sí... Bueno, ahora está muerto. No sé qué es lo que...

—Te recomiendo que eches un vistazo a la prensa sensacionalista —dijo Varani, lanzándole un papel impreso sacado de un periódico digital.

BRIAN BROWN MUERTO EN ACTO TERRORISTA

El célebre destructor de planetas anti-Riawlent pierde la vida tras un ataque al Capitán Hilbert.

Por: Tánica.

Durante la tarde de ayer, la tranquilidad del barrio residencial “El refugio en la roca” se vio interrumpida por la activación de la alarma de seguridad de uno de los domicilios. Según los testigos, el Capitán Albert Hilbert fue atacado por dos individuos que, más tarde, se identificaron como miembros de su antigua tripulación en el controvertido *affaire* de la Fénix 1: Elizabeth Zhao y Brian Brown.

Un vecino del Capitán, que alertó de inmediato a las autoridades, nos relató los hechos:

“Ese sujeto era peligroso de verdad”, afirma el retirado Comandante Stehlini. “Intenté que los robots de seguridad intervinieran, pero fallaron. ¡Ese terrorista llegó a lanzarme uno al jardín! Cuando yo estaba en activo, estas cosas no ocurrían, se lo aseguro”.

Según fuentes oficiales, Brian Brown había escapado a bordo de la nave de Zhao unas horas antes del enfrentamiento. Cuando los efectivos de seguridad llegaron al lugar, Brown y Zhao ya habían logrado infligir heridas graves al Capitán Hilbert, momento en que Brown fue abatido.

Fuentes anónimas han confirmado a este medio que no se han realizado actos funerarios y que el cuerpo será incinerado para evitar la creación de posibles lugares de peregrinación.

La noticia ha causado consternación en el Sector Delta, donde se han organizado algunos actos simbólicos para condenar la muerte de Brown a manos de las autoridades Riawlent. Cabe recordar que, hasta la fecha, no se han presentado pruebas concluyentes sobre la presunta culpabilidad de Brown en el caso Fénix 1, y la opacidad sobre la misión que se desarrollaba a bordo siempre ha sido absoluta. Estas cuestiones dejan abierta la interrogante sobre la veracidad completa de los hechos.

Hilbert no podía creer lo que estaba leyendo. Varani se levantó de su asiento y, de alguna manera, su sombra se cernió sobre él.

—Varani, yo no pensaba que...

—Ese ha sido tu problema, Albert. No has pensado —dijo el General—. Te ha movido el miedo, no la sangre fría. Un defecto muy... humano.

Varani no se había movido ni un milímetro, pero Hilbert notaba como si el General estuviese cada vez más encima suyo.

—Te lo puse en bandeja de plata, Albert. Sólo tenías que esperar. Esperar a que Brown saliese libre y se viese solo, sin dinero y sin recursos. Jamás habría podido salir de Riaw-58 y ese Teniente chusquero, el tal Gekko, habría aprovechado cualquier ocasión para hacerle la vida imposible.

El Capitán bajó la cabeza.

—Me has decepcionado —dijo Varani.

Las palabras cayeron como una losa sobre el alma de Hilbert. Levantó la vista hacia el reptiliano, sintiéndose como un niño que había roto un jarrón Ming mientras jugaba con un balón dentro de casa.

Recordó a tiempo mantenerse firme.

—Señor, ha sido un error imperdonable que subsanaré si se me permite...

—Capitán Albert Hilbert, queda usted degradado a soldado raso —lo interrumpió Varani.

Por un momento, Albert se quedó paralizado.

—¿¡Qué!? ¡No! ¡¡Esto no es justo!! —protestó, levantándose de su asiento.— ¡Siempre he hecho lo que me has pedido, por muy difícil que fuese para mí! ¡Incluso cuando me dijiste que convenciese a Brian para que fuese el chivo expiatorio!

—Siéntate Albert —ordenó el General.

—¡Lo único a lo que me negué fue a seguir con el proyecto de los saltos temporales, y justo hoy iba a...!

—He dicho que te sientes —repitió Varani alzando la voz lo justo y necesario.

Albert lo miró durante unos largos segundos. Podía desobedecer por una vez. Podía gritar, patalear, sacar su arma y disparar al viejo. O podía, simplemente, darse la vuelta y salir de la habitación. Podía hacer cualquier cosa que quisiera... Pero fue incapaz.

Albert Hilbert obedeció la voz de su amo, y se sentó sin rechistar.

—Como decía, queda degradado a soldado raso —dijo Varani con un deje de satisfacción en la voz—. Además, será destinado a los dominios fronterizos. Será usted uno de los encargados de custodiar una posición estratégica que, sospecho, le resultará muy familiar.

La Comisaria Taren, de la división de investigaciones y control alienígena del ejército Riawlent, terminó de redactar el informe que cerraba el caso Brown.

Se recostó en la silla con un suspiro y miró a través de la ventana de su nuevo despacho, que hasta entonces había sido el de Gekko.

A Gekko le habían dado la baja médica por inestabilidad mental después de haber ejecutado a un detenido sin orden previa, así que tardaría un tiempo en volver. A Taren le asignaron sus funciones, que en realidad eran las que correspondían a su nuevo puesto. Esto no era gentileza del General Varani, por supuesto. Era porque en un cargo superior podía tenerla más controlada.

Taren observó los dos soles rojizos poniéndose en el horizonte y pensó en Elizabeth Zhao. Como agente de la condicional de Brian, había podido comprobar lo que era un ser humano en horas bajas, pero nunca había visto a alguien romperse de la manera en que lo hizo Liz cuando Brian cayó al suelo, abatido por el disparo de Gekko. Fue horrible, porque la retuvieron en la sala mientras él convulsionaba y se iba quedando inerte progresivamente. Hasta que Taren ordenó a sus chicos que la sacaran de la casa, nadie evitó que ella mirara, pero tampoco la dejaron acercarse.

En esos momentos, Liz estaba a la espera de juicio, encerrada en la misma celda donde había estado Brian justo antes de que ella le rescatara.

El Capitán Hilbert había perdido a su mejor investigadora. Aunque, curiosamente, hacía tiempo que no se sabía nada de él. Taren sospechaba que había seguido con su vida como si nada hubiese pasado.

Se oyeron unos tímidos toques en la puerta.

—Adelante —dijo Taren.

Natrix entró con un sigilo precavido y sosteniendo una carpeta al final de su delgada cola. Toda la comisaría parecía tener miedo de Taren. No por su meteórico ascenso, sino porque sabían que trataba directamente con Varani.

—Agente... Uy, perdón...

—No te preocupes.

—Comisaria Taren... Tengo los documentos que me pidió.

—Perfecto, muchas gracias. ¿Los has traído en papel?

—Sí, aquí los tiene.

Le dejó la carpeta sobre la mesa.

—Muchas gracias, Natrix —dijo Taren.

Natrix se quedó quieta, plantada delante de Taren, sin saber qué hacer. Había estado tanto tiempo rechazando a Gekko que ahora ya esperaba inconscientemente que alguien la invitase a cenar. Taren la miró.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Uh... No. No, lo siento Comisaria.

—Perfecto, puedes retirarte, Agente Natrix —dijo con amabilidad.

Natrix pareció complacida, asintió con la cabeza y salió del despacho.

«Después de tener que tratar con Brian a diario durante tres ciclos...», pensó Taren «Llevar esta comisaría va a ser coser y cantar».

Miró la hora en su SII, cogió la carpeta, se puso la capa de Comisaria y salió del edificio hacia el caluroso atardecer.

Una figura se recortaba contra la puesta de sol cuando ella llegó al punto de encuentro, en la loma desde donde aún se podía ver aparcada la nave de Darcis.

Taren reparó en que sonaba una música suave y leve que procedía de las gafas que llevaba puestas la figura. Supo que era *This is the End* de The Doors gracias a su SII. Desde luego, ese hombre no tenía remedio.

—Ya tienes aquí a la Comisaria Taren —dijo una voz femenina cuando le faltaban dos metros para llegar hasta él.

La figura tosió antes de decir:

—Gracias Amy.

—De nada, hombre sin nombre.

Él se giró hacia Taren y, a ojos de ella, era un absoluto desconocido. Se había rapado el pelo al cero y afeitado la barba. Para las formas de vida no humanas, era suficiente cambio con la imagen que la conciencia colectiva galáctica tenía de él para poder pasar desapercibido un tiempo.

—¿Cómo te encuentras? —dijo Taren mientras le tendía la carpeta.

—Como una puta mierda —tosió—. Gekko me fundió un puto pulmón.

Taren rebuscó entre los bolsillos de su capa y sacó un reloj inteligente.

—Tienes suerte de que yo estuviese allí —dijo Taren.

—Sí, eso sí —admitió él mientras miraba los papeles—. ¿Esto es todo? ¿Un salvoconducto en papel?

Taren lo miró enfadada.

—Te he salvado la vida, he falseado tu muerte, he pagado de mi bolsillo un cirujano, te he tenido en mi casa durante varios ciclos lunares... ¿Y tú me dices “eso es todo”?

—Vale, es verdad —reconoció—. Te has portado como una verdadera amiga, Taren. Te debo una muy, muy gorda.

«Eso por no mencionar lo que me ha costado convencerte de que ir a rescatar a Liz ahora sería un suicidio» pensó Taren.

—Toma, ponte el reloj —le dijo, un poco más tranquila—. Lleva un paquete de datos con toda la información nueva de tu identidad: Biometría nueva, certificados de identificación falsificados... Todo lo que necesitas para salir de los dominios Riawlent.

—Perfecto, muchas gracias —dijo él poniéndose el dispositivo.

Taren lo miró de arriba a abajo y le embargó una curiosa mezcla de sensaciones, entre un orgullo extraño y una tristeza abrumadora. Intentó no pensar en la inminente partida.

—¿Estás seguro de que quieres ponerte ese nombre? Encuentro que no te pega nada.

—¿No me pega Arnold Schwarzenegger? —dijo él, un poco decepcionado.

—He hecho una búsqueda rápida —dijo Taren—. No te parece ni en el blanco de los ojos.

Arnold S. se rió, y luego se puso a toser.

—Bueno, ya intentaré ponerme mazas —dijo, aún entre la tos y la risa.

Ella sonrió. Arnold siempre le había parecido, a su manera humana y rara, algo así como “mono”.

—Me tengo que ir ya —dijo él viendo que, en el horizonte, ya se habían puesto los dos soles—. De noche es más fácil que el dispositivo de camuflaje de la nave funcione.

—Vale... —dijo Taren.

—Necesito que me hagas un último favor, Taren —le dijo él, serio—. Ya que ahora mismo no puedo ayudar a Lizzy, necesito que vayas de vez en cuando a verla. No hace falta que te conviertas en su super amigui, pero no la dejes sola en esa celda. Los humanos no soportamos bien el aislamiento.

Ella hizo una mueca de desacuerdo, pero finalmente suspiró. Más valía eso que empezar una discusión sobre la conveniencia de esperar un tiempo antes de intentar sacarla de ahí.

—De acuerdo, Bri... Arnold. Le echaré un ojo —prometió.

—Gracias —dijo él—. Anda, ven aquí.

Y la abrazó. Taren se quedó rígida sin saber qué estaba pasando. Luego, intuyendo que eso de los abrazos era una expresión humana de cariño, le dio unos toquecitos suaves en la espalda con la pata.

Arnold se apartó de ella con una sonrisa y comenzó a toquetear las funciones del reloj para conectarlo a las gafas.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó Taren.

Arnold S. pareció pensárselo un momento, luego tocó el reloj y las gafas empezaron a reproducir *No More Mr. Nice Guy* de Alice Cooper.

—Bueno... Hasta donde yo sé Hilbert sigue de rositas. Con todas las putadas que nos ha hecho, si el karma no le jode, ya me encargaré de joderle yo.

Taren lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—Pero... Si eso es imposible.

—Imposible no, es altamente improbable —dijo Arnold, guiñándole un ojo—. Además, tengo a una tripulación desaparecida que encontrar y a la que cobrarle un puto favor enorme que le hice.

Arnold S. se despidió con un gesto de la mano y Taren lo observó mientras se dirigía hacia la nave aparcada. La música, que prometía venganza, sonaba siempre cerca de sus oídos.

